



ESLABONES DEL SILENCIO

OSCAR QUINTANA

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
HISTORIAS DE MI CIUDAD - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

ESLABONES DEL SILENCIO
© Oscar Quintana

Primera edición:
Septiembre 2025

Ilustración de cubierta: Oscar Quintana

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

Prólogo	15
I	25
II	28
III	31
IV	37
V	46
VI	51
VII	57
VIII	64
IX	71
X	80
XI	87
XII	98
XIII	104
XIV	110
XIII	131
XIV	142
XV	152



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

A ún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura — el arte de la palabra escrita — nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

PRÓLOGO

ESLABONES DEL SILENCIO

El recorrido narrativo de Oscar Ley Quintana es, en su complejidad, un entramado que declara sus intereses, experiencias y preocupaciones. Su estilo posibilita la interacción de diversos sectores sociales, realidades culturales y perspectivas. Sin ataduras, como autor se permite explorar más allá de los límites territoriales mientras preserva, en su recreación literaria, las formas más profundas de la sociedad que lo ha formado. Hablamos de un autor que escribe con especial atención a los detalles. En su obra, es posible encontrar el arraigo hacia la urbe que habita, la manera en cómo conoce no solamente las calles de Chihuahua sino la ciudad misma y la identidad chihuahuense como estructura que le permite formar a sus personajes.

En *Eslabones del silencio*, la narrativa presenta un misterio que, capítulo a capítulo, se revela a la par que denota la manera de habitar de aquellos quienes nos desarrollamos en esta región. Los personajes resultan variados y familiarmente cotidianos, lo notamos desde su lenguaje, hasta las

dinámicas en sus relaciones. La atmósfera edificada en la novela nos transporta como lectores a cada una de esas escenas que suceden en Chihuahua. Así pues, la obra expresa cómo aquellas historias, a las cuales a veces percibimos como meramente ficción, son en realidad heridas abiertas.

Cada elemento y detalle que incluye Oscar en el libro resultan esenciales para entender lo que nos busca contar. De la mano de Abel, el protagonista y su primo Hugo, testigo primario de los sucesos a descubrir, nos encontramos con la historia de la familia Díaz Fierro. En la historia, el pasado y el presente se entrelazan, convirtiéndose las palabras en testigos de las formas cíclicas de las familias mexicanas y, particularmente, chihuahuenses.

En sus palabras, el autor remite incluso a una cultura pop contemporánea que, al igual que *Eslabones del silencio*, tiene raíces en la memoria y la tradición. Pese a que el autor confiesa no haber estado al tanto de la referencia; la narrativa habla sobre el estado de la cultura actual, sobre nuestros temores y la forma en que lidiamos con estos generacionalmente. Esta referencia es a la serie de Netflix “La Maldición de Hill House”, simultáneamente basada en la novela homónima de la célebre escritora Shirley Jackson, publicada en 1959, donde el trauma y el duelo toman forma con el terror sobrenatural. *Eslabones del silencio* juega, de igual manera, con las referencias sobrenaturales, sombras y fantasmas que nos llevan de la mano a través de memorias y cicatrices familiares, en una especie de arqueología doméstica, rastreando recuerdos, anclando la narrativa con conexiones emocionales.

Por otro lado, el autor se encarga de apropiarse de los escenarios cotidianos de la vida en Chihuahua para transformarlos en elementos llenos de significado. En la alusión a calles, negocios y demás lugares que cualquiera que habita la región podrá reconocer, Oscar Quintana nos invita a dar

un recorrido no solo en cuanto a la trama, sino que también construye un paseo espacial. Así pues, aquello que pasa inadvertido en tanto su cotidianidad, se transforma en un suceso relevante para comprender la historia como un todo.

Pese a que se trata de una novela que aprovecha los elementos regionales para erigirse, es, simultáneamente, un relato que puede construir afinidad con cualquier tipo de lector en tanto que posee temas universales, temas inherentemente humanos como el amor, la muerte, la familia, y los traumas que se conservan conforme pasan los años. *Eslabones del silencio* nos habla de un día a día en el norte de México, describe a la cultura mexicana, y enfrenta al lector a sentimientos que cada ser humano puede llegar a entender; es así como conecta a la región con una cultura universal, donde en medio del silencio, los secretos, y la aparente soledad, podemos darnos cuenta de que en realidad no estamos solos, que aún podemos volver a conectar, a través del poder de la literatura, acompañados de voces mexicanas, de autores chihuahuenses.

A Julio de 2025, Chihuahua, Chih.

JENNIFER NAVARRETE

DANIELA ORNELAS

ESLABONES DEL SILENCIO

Queridx lectxr, a ti dedico este mundo cerrado en el que nadie se salvó; gracias por ser un fiel observadxr. No eras tú quien realmente quería que nos entendiera, pero probablemente, si llegases a hacerlo, salvarás nuestro corazón.

A ti dedico nuestros últimos momentos ya que, quien yo añoraba que nos entendiera, jamás lo hizo, jamás quiso, pero quizás tú, al leernos, lograrás entendernos.

Ojalá tú puedas resolver el acertijo que soy, ojalá tú puedas ver a través del misterio que somos.

A ti, mi maravillosx lectxr anónimx, ofrezco mi corazón.

TABRIS

Cuando despiertes y te enteres de lo ocurrido, probablemente me juzgarás, quizás me odies, a lo mejor, hasta llegues a culparte. Hagas lo que hagas, quiero que sepas que aquí yace la verdad. La única y absoluta verdad.

Nadie, además de nosotros dos sabremos lo que pasó en realidad. No quedarán ni rastro de los cimientos, todo lo habrá arrasado el peso endeble del fuego, todo lo habrá borrado la marea de llamas con su gravedad luminosa. Solo quedará el silencio de la incertidumbre para el mundo.

A ti que estás leyendo esto, confío la verdad. A ti confío nuestros últimos momentos en los que simplemente nos desvanecemos un día sin dejar huella, ni rostro, ni voz. Nada, ni siquiera una sombra.

A ti que estás leyendo esto, confío la verdad. A ti confío los acontecimientos de aquella noche, los últimos latidos de mi corazón, todo lo demás es mentira, todo lo demás será ficción. A ti, mi más íntimo confidente, entrego mi corazón.

He aquí la verdad.

— HUGO DÍAZ FIERRO.

I

El rumor áspero de sus pasos se detuvo con suavidad, despacio, hasta dejar al silencio asentarse de nuevo sobre aquellas ruinas bañadas por la luz del atardecer rezumando entre los árboles.

Recorrieron, lento, con la mirada, los amplios pasillos abiertos hacia el cielo. El estruendoso susurro de los grillos junto con el tráfico lejano parecían arrullar a la ciudad y entreabrir la puerta a los ecos distorsionados de un pasado lejano. Y, a pesar de que el ruido de la ciudad y el canto atroz de los grillos lo llenara todo, en aquella casa no quedaba nada sino el mutismo dulce de las hojas cayendo soñolientas.

Él parpadeó, luego, miró el terreno atestado de escombros intentando abarcar aquellas ruinas enteras y levantar una vez más sus muros. Alzó la cabeza, como iluminado por alguna epifanía y con sus ojos penetrando en la luz, logró escuchar, sí, escuchó un grito extraviado emerger del polvo flotando en el vacío, una risa lánguida derrumbarse en el escombros recostado entre las plantas crecidas, iluminadas por la luz de los días que transcurrieron desde aquél entonces.

—¿Qué pasó aquí? —oyó, de repente, una voz dulce preguntar a su lado. Entonces, lo vio, escondido entre la maleza salvaje; ahí estaba, apenas visible, acechando entre las doradas briznas inmóviles, un pequeño portarretratos. Titubeó brevemente antes de adentrarse en las ruinas hipnotizado por un recuerdo borroso. Dio el primer paso, lue-

go el segundo y cada que pisaba, creía oír más: más risas, más música, oír y ver, ver y oír. Ver los rostros alegres que apenas podía recordar, oír el alboroto de una casa llena de gente, el jolgorio, ver las siluetas del pasado pasarlo de largo con una sonrisa en sus rostros de sombra sin facciones. Luego, entre el tumulto, se inclinó lentamente para recoger el portarretratos. Tomó aquella foto en silencio, completamente atónito. Y deslizó con tiento las yemas de sus dedos por aquellos rostros tumultuosos congelados en el tiempo. La mujer lo seguía oteando el lugar.

— Nadie lo sabe. La gente dice que nadie vio entrar o salir gente de la casa. Un día sólo desaparecieron como humo, como fantasmas... — por fin respondió; ella también se asomó a la fotografía por encima de su hombro — ... y la casa se cayó a pedazos esperando su regreso.

— ¿Los conocías? — la joven lo pasó de largo adentrándose aún más a las ruinas mudas donde el silencio polvoriento de lo que parecían ser siglos se había asentado en ese abandono.

Silencio. El hombre continuó contemplando aquella fotografía carcomida dentro del cristal agrietado.

— ¿Entonces?

— Sí — y asiente solemne —. Todos ellos eran familiares míos — por fin aparta la mirada de la fotografía para ver a la mujer deambulando entre los escombros —. Los recuerdo a todos: a la tía Sofía, al tío Salvador, a mi prima y sus gemelos, a mis primos: Adrián y a Hugo.

— ¿Hace cuánto que desaparecieron? — la joven se acerca furtiva, toma del brazo al hombre y se recuesta sobre su hombro para mirar la fotografía.

— Creo que hace unos veinticinco años. No lo sé, yo estaba muy chiquito cuando pasó y parece que todo mundo se puso de acuerdo en la familia para no tocar el tema. Es como si nunca hubiesen existido, pero yo lo sé. Tengo estos recuerdos tipo *flashbacks*: hay mucho ruido y mucha luz,

música, casi siempre de noche. Lo sé. Ellos existieron, todos ellos eran reales... —el joven volvió la vista a la foto cuarteada; estaba en blanco. De pronto, no reconoció a nadie y, sin embargo, restos de sus nombres ardían en su lengua como mecha encendida. Entonces, ambos alzaron la mirada con rapidez, perturbados. Oyeron un golpe seco azotar al fondo de la casa. Voltearon a verse por el rabillo del ojo sin despegar la mirada del fondo donde se originaba aquel ruido. El seseo suave de la arena, seguido de otro golpe los tranquilizó. Más escombros cayeron al fondo de la casa, aunque por unos instantes, creyeron que eran pisadas. Otra vez, escombros, ¿o eran pisadas? Ninguno lo sabía con certeza. El ruido áspero avanzó hacia ellos en medio de la luz catastrófica de ese momento hasta detenerse.

—¿Hugo? —murmuró epifánico aquel nombre, pero allí no quedaba nada sino la luz silenciosa rezumando entre las hojas.

—¿Mande? —se levantó. El hombre parecía en trance, absorto en la foto.

—No... no es nada. Se me vino un recuerdo a la cabeza nomás.

—¿De qué te acordaste? —respondió despegándose del hombro del joven.

—Magda... —exclamó con firmeza— ... quiero saber la verdad —y una nota de melancolía pareció oscilar en su voz.

—No creo que seas el único que lo quiera —Magda sacó un papelillo de entre sus dedos—. Mira —y lo puso ante los ojos de ese hombre.

Él no respondió. Se quedó quieto, completamente abortado mirando al papelillo estremecerse entre sus dedos.

“Con cariño: Paulina y familia”.

—Se ve nuevo. Alguien estuvo aquí y trajo flores —explicó Magda palpando los pétalos carnosos con delicadeza.

Una brisa lenta agitó el pasto. El joven dobló el papelillo y lo guardó en su bolsa.

—Ya vámonos. Se hace noche —tomó a Magda de la mano. Salieron de las ruinas dejando todo descansar en la misma tranquilidad en la que lo habían encontrado; pero él todavía podía escuchar la dulce música del pasado sonar y repetirse en aquel jardín en la luz intensa del atardecer.

—¿Qué horas son? —preguntó abriéndole la puerta del carro a Magda quien respondió ofuscada:

—Cuarto para las siete.

—Ya se nos hizo tarde. Tú te formas en la fila de los dulces en lo que yo compro las entradas.

Magda se arregló el cabello mirándose en el espejo y dijo:

—Okay, pero vete con cuidado. Más vale llegar tarde que nunca.

Y el carro se encendió integrándose a la sinfonía cacofónica de la ciudad.

II

—¿Qué tienes? Desde que pasamos por esa casa te siento como raro —estrechó la mano del joven con tiento. El hombre titubeó por unos instantes—. Abel, dime qué te pasa —pero él insistía en el hermetismo—. Amor —exclamó Magda y eso rompió el hechizo que acallaban los labios del joven.

—¿Amor? —abrió los ojos como si esa palabra fuera nueva y no supiera su significado. Magda se agazapó sonrojada sin desprenderse de la mano de Abel.

—Ya, Abel, ¿qué tienes? —Abel rio y besó con alegría a la joven encogida sobre su asiento.

—No es nada. Es que toda la tarde he tenido presente a la familia de mi tía. No pudieron haberse desaparecido, así como así, ¿verdad?

Magda sacudió su cabeza. La luz de la luna hacía destellar su cabellera que semejaba a la superficie de un río estrellado.

—No. Alguien tiene que saber algo.

Se quedaron en silencio antes de volver a besarse. Rato después, Abel bajó del auto y abrió la puerta. “Pase usted”, dijo haciendo reverencia. Magda tomó la mano de Abel y bajó del carro acomodándose el cabello, alisándose la falda. Avanzó unos cuantos pasos y luego dio media vuelta. Abel y ella se miraron.

—Adiós —dijo risueña y, juguetona, le lanzó un beso.

Abel le guiño el ojo con media sonrisa reluciendo en sus labios y devolvió el gesto.

Arrancó el auto en cuanto vio a Magda atravesar el umbral de su casa y la sonrisa en su rostro volvió a extraviarse en la nostalgia del recuerdo.

—¡Qué frío! —Abel se apresuró a abrir la puerta de su departamento—. ¡Pinche llave! ¡Ándale que me estoy meando! —pero parecía que sus manos cobraban voluntad propia sólo para desobedecerlo y fastidiarlo—. ¡Putá madre, ya no aguanto! —oyó el chasquido del cerrojo ceder y abrirse. Entró intempestivo, aventó su chamarra al sillón y se apresuró al baño. El sonido del agua chocar contra el agua le resultó hipnótico. Abel miraba el chorro caer y pintar al agua de la taza.

—Huguito... —pronunció entre dientes, en un volumen apenas audible que semejaba más a un suspiro que a una palabra. Antes de salir, dejó caer sus pantalones, se quitó la playera, apagó la luz y se metió en su cama con gran sigilo, como para no despertar a nadie más, aunque viviera solo. Allí, en el mutismo de purgatorio de las noches otoñales, volvió a oír esa melodía brotando de sus memorias y de un momento a otro, se sintió envuelto por una luz cálida y estrambótica que retumbaba al compás de una melodía melancólica.

Un techo alto derramaba su luz sin empacho y un tumulto de gente caminaba jocosa de un cuarto a otro con platos repletos de comida, con las bocas atestadas de risa y las miradas lubricadas por una alegría que le pareció perdería apenas si despertara.

Allí, entre la multitud pululando de los pasillos oscuros, lo vio asomado. Unos ojos grandes y redondos lo miraron taciturnos desde las sombras, invitándolo a pasar. En su sueño, creyó reconocer aquella mirada profunda, pero no fue capaz de nombrarla. Entonces, el lamento de la música fue reemplazado por un repique agudo, mucho más largo y fuerte que cualquier risa, mucho más penetrante que cualquier mirada y Abel despertó y se incorporó a la realidad. Su visión borrosa se fue aclarando, conforme cobraba conciencia.

—¿Pues qué hora es? —tomó el celular y apagó la alarma—. Está haciendo mucho frío... mejor me baño en la noche —volvió a dormirse, pero esta vez, era un sueño vacío. Nada más lo acompañó la oscuridad azulada de la madrugada filtrándose en sus párpados y el canto incipiente de las aves anunciando la llegada de la mañana. Minutos después se levantó. Abel entró al baño, abrió la llave, metió la mano y, una vez que sintió tibio el chorro de agua, empezó a lavarse la cara. Abel comenzó a lavarse el rostro con pasmosa lentitud, cada vez con menos frecuencia. Se asomó al reflejo de la habitación en el espejo, entrecerró los ojos como buscando algo, pero su desconcierto crecía al ver que ahí no había nada sino su cama, su mesita de noche y su ropa.

—Es la última vez que le hago caso a Magda. No vuelvo a ver una película de terror —cerró la llave, pero seguía inspeccionando sus alrededores por el rabillo del ojo. Antes de salir de su habitación, abrió un poco la puerta, sin hacer ningún ruido e inspeccionó la casa desde ahí. El zumbido repentino del refrigerador le erizó los vellos del cuerpo sin razón aparente. Entonces, sintió un escalofrío recorrer todo

su cuerpo cuando creyó escuchar algo parecido a una risa brotar de la nada. Cerró la puerta con el mismo cuidado con el que la abrió. Encendió la luz de su cuarto del que salió con lentitud y prendió la luz de la sala, luego la de la cocina y esperó a que el amanecer acabara de alzarse para apagar en orden inverso las luces. En el auto vio la foto en el asiento trasero. Abrió la puerta con vacilación. En aquella foto estaba esa misma mirada densa y profunda que lo invitó en su sueño y que lo hostigó durante la madrugada en su casa.

—Huguito... —tomó la foto, cuidando de no estrellar todavía más el cristal. Con la yema de sus dedos recorrió los rostros en la foto y los nombró uno por uno:

Tía Chofis, Adrián, Elena, Betito, Bernardo, Tío Salvador... —pausó. Algo en el último nombre le causaba una emoción agri dulce que no alcanzaba a definir, pero reconoció esos ojos angustiantes, esa mirada incisiva que Abel entendió como una súplica, como una mirada de ruego que le suplicaba: “Por favor, encuentra la verdad”. Abel pensó que había comprendido todo y asintió:

—No te preocupes, Huguito, descubriré que pasó. Te lo prometo.

III

— ¡A má, soy yo! —se inclinó para besar la mejilla tibia de su madre.

—¿Cómo estás? —el sonido largo y áspero del calzado de la señora se intercaló con el de su voz.

—Bien, bien. Gracias. ¿Y usted?

—Bien también, ¿y Magda? ¿Dónde la dejaste? —la buscó con la mirada asomándose a la puerta.

—No viene. Es que vengo saliendo del trabajo.

—Siéntate, siéntate —la mujer avanzó lento hacia la cocina y sirvió dos vasos de agua. Entre la plática, Abel buscaba

un resquicio breve, algo, un indicio para traer a tema a la otra familia, sin embargo, parecía que su madre era muy buena para girar en los dobleces de la conversación, casi como si supiera porqué fue su hijo a visitarla ese día.

— Mamá — interrumpió Abel de repente a su madre con una voz seria que no daba cabida a otra cosa más que al silencio después de ella. Su madre lo miró expectante:

— ¿Qué pasó? — las gotas de agua condensadas resbalaban mudas por el vaso. Lejos, el ritmo del reloj cobraba intensidad en el silencio rotundo que ahora los rodeaba.

Abel se mordió los labios unos instantes, bajó la mirada y dijo:

— El otro día pasé por la casa de la tía Sofía.

El delicado sonido de los dedos de su madre tomando el vaso acompañó al tic-tac del reloj. Dio un largo sorbo y dejó que Abel continuara.

— ¿Qué? ¿Quién? — preguntó rehuendo las palabras de su hijo.

Abel dio un sorbo largo mirando a su madre con ojos felinos, listo para lanzar el primer zarpazo:

— La tía Sofía, mamá — exclamó con gravedad y un gesto de incipiente exasperación se apoderó de él.

— ¡Ah! — respondió indefensa dando un sorbo más largo y ruidoso. Dispuso el vaso en la mesa con tacto y humectó sus labios.

— ¿De verdad nunca supieron qué les pasó? — Abel susurró cuidadoso, volteando hacia los lados como si los muros oyeran.

La mujer fingió no oír e intentó levantarse, “¡Mamá!” insistió Abel, antes de obtener una evasiva desdeñosa y fría de su madre: “Pues se fueron. Eso pasó. Se fueron sin decirle a nadie.”, luego, hubo más silencio lleno del correr de las manecillas del reloj.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué lo harían? Yo recuerdo que eran muy felices.

—Así es, mijo. Lo eran —lejos, el sonido de los autos recorriendo las avenidas de Chihuahua parecían arrullar la tarde con su canto amortiguado. El ruido de la lavadora agitando los sacó a ambos de su ensimismamiento.

—¿Y entonces? —exclamó Abel.

—¿Qué?

—¿Por qué nadie los menciona? ¿Por qué no hay fotos de ellos ni nada? Casi parece que la misma familia quiere terminar de desaparecerlos.

—¡No seas exagerado, Abel, por piedad!

Abel bajó la mirada, hurgó en su saco que colgaba de una silla y extendiendo la mano dijo:

—Tenga —era la foto. La madre de Abel vio la foto de golpe, entera; con el corazón conmocionado, acercó las manos con delicadeza al marco astillado de la foto y permaneció en silencio acariciando el cristal roto. Pasmada, retrocedió para tomar asiento, completamente atónita. Abel observó como de las mejillas de su madre empezaron a brotar unas gotas densas de agua que caían ciegas sobre el cristal. La mujer levantó el rostro con los labios temblando y dispuso la punta de sus dedos sobre su boca como para tranquilizarla. Aquella foto había logrado arrancarle de tajo aquella distancia que el tiempo se había esmerado en salvar.

—Tenía... —profirió estremecida e indefensa —...tenía años que no los veía... —y de nuevo dirigió la mirada hacia la foto. —Ya casi no los recordaba...apenas vengo cayendo en cuenta de que los estaba perdiendo para siempre...

—Y entonces, ¿por qué querías olvidarlos? ¿Por qué no hay fotos de ellos por ningún lado?

—Porque los recuerdos duelen, Abel —la voz serena de su madre dejó frío a Abel paralizándolo.

—Pero... yo me acuerdo de que eran muy...

— Abel — ahí estaba de nuevo esa voz tan amenazante de gélida, ahora acompañada por un ademán mesurado. Abel sintió que su madre le daba una última oportunidad antes de no poder retroceder.

— Mamá... — respondió ante su imposibilidad de pensar en otras palabras.

Suspiró acorralada irremediablemente. — Tus tíos tenían un matrimonio complicado... — explicó como disculpándose —. Tu tía era muy alegre y dicharachera. Toda una fiesta.

— Sí — asintió Abel —, justo así la recuerdo, siempre con una sonrisa en su cara.

— ¡Ay, Abel! ¿Cómo te vas a acordar si tú apenas caminabas cuando íbamos a la casa?

— Me acuerdo de que siempre íbamos de noche y que mi tía nos recibía muy sonriente. No sé, son recuerdos que me llegan de repente y duran muy poco — protestó y pasó su mano por el cabello algo nervioso.

— Sí, tu tía era un amor, pero tu tío... — agitó su cabeza de lado a lado y después añadió: — ese sí que era un maldito con todas sus letras.

— ¿Mi tío Chava? ¿Por qué?

— Siempre le pegaba a tu tía. A veces llegó a pegarle en medio de las fiestas. Era horrible. Varias veces llegó a pelearse con tus tíos. Mi pobre hermana... maldita la hora en la que se embarazó de ese patán.

Al único de sus hijos que no corrió de la casa fue a Huguito. Él era la luz de sus ojos, pero a los otros los corrió y no los dejó volver hasta mucho después.

— ¿Qué? ¿Es en serio? — Abel dio un trago profundo y veloz a su vaso.

— Sí... varias veces vimos a tu tía darles dinero a escondidas o nos pedía que fingiéramos que nosotros le dábamos los regalos que tus primos le daban a ella porque si tu tío los descubría, le iba *mal*.

— Pero... yo me acuerdo de que mi tío también nos recibía bien y jugaba mucho con nosotros.

— ¡Claro! Con ustedes los niños era bueno, pero a nosotros siempre nos ponía una carota. Daba vergüenza llegar a la casa de tu tía y que la recibieran a una así. Por eso ella siempre estaba sonriendo. No conforme con eso, el muy desgraciado engañó a tu tía varias veces.

— ¿Cómo supieron?

— Tu tía nos contaba cómo se miraban él y las mujeres de su trabajo. Como llegaban y lo saludaban las resbalosas esas delante de ella. Pobre, ella nunca le reclamó. Mi pobre hermana sufrió mucho en silencio. Varias veces llegaron a hablarle a tu abuelita para que interviniera. Nos decía que Huguito le llamaba. Hasta nos contó que el muy maldito desconectaba el teléfono para que no le marcaran a la policía. Tu abuela varias veces encontró a tu tía medio muerta en la sala de la casa, en el baño, por todos lados.

— ¿Y mis primos? — preguntó Abel quien empezó a sentir agruras y un nudo tremendo atorado en su garganta.

— Ya los había corrido. Sólo quedaba Huguito en la casa.

— ¡Qué gacho! — Abel pensó en la mirada del niño en la fotografía.

— Sí, mijo. Tu tío le dio muy mala vida a tu tía. Fue un hombre muy feo.

— ¿Y ustedes nunca intentaron hacer nada?

La mujer dirigió su rostro hacia la ventana por donde entraba el sol llameante del atardecer. Abel vio aquel perfil agudo, filoso como la hoja de un cuchillo trastocarse con una pena enorme silenciosamente.

Sin saber bien qué decir, Abel prosiguió con su interrogatorio:

— ¿A dónde crees que se hayan ido?

La señora titubeó antes de volver en sí:

— No lo sé... — respondió cabizbaja e hizo una pausa breve para tragar saliva — . Pero donde sea que estén, espero que tu tía y sus hijos sean felices.

Ambos se agazaparon ensimismados pensando en aquel pasado que anteriormente les parecía tan lejano y que ahora se había acercado tenazmente sin aviso con todo el peso del olvido deliberado.

La mujer volvió a rozar el cristal despacio, deteniéndose en el jovial rostro de su hermana.

— Así debes recordarlos mijo. Debes recordarlos como una familia feliz que un día decidió irse de la ciudad para no volver jamás — alzó la cabeza y le entregó la foto a Abel al mismo tiempo que dos lágrimas golpeaban el cristal. — Cuídala muy bien.

Abel dudó unos instantes sobre si tomar la foto o no. Al igual que su madre, recorrió los rostros mudos de aquella foto con la vista. Uno por uno, sin embargo, aunque intentara, poco podía recordar sobre ellos. A su mente llegaba la memoria de aquella luz cálida bañando el interior de la casa, a su tía besando su mejilla; el recuerdo de su tío jugando con él, el de sus primos mayores riendo con los demás y, por último, el de Hugo observándolo todo escondido tras el umbral del pasillo.

— Ya me voy al rosario que se me hace tarde — explicó la señora.

— Yo también ya me voy. Voy con Magdita — ambos se levantaron sin mediar más palabras de la mesa.

— Muchas saludes — Abel sintió los brazos lánguidos de su madre estrecharlo con ternura.

— Gracias — y la besó despidiéndose.

IV

— ¡Qué denso! — declaró Magda tajante —. ¿Entonces de plano nadie sabe nada? — añadió Magda confundida.

— ¡Nada! — concluyó Abel y apretó sus dedos en la oquedad de los de Magda.

— Oye, ¿y en qué trabajaban tus tíos o tus primos? Capaz y los secuestraron o algo. Mi mamá dice que en ese entonces las cosas estaban muy calientes en todos lados.

— Creo que mi tío trabajaba en una constructora o algo así y mi tía era oficinista del PIARE. No me acuerdo muy bien.

— ¿Y tus primos? A lo mejor andaban en malos pasos.

— No creo, Magda, no eran ese tipo de personas.

— Pues mira — Abel se percató de un dejo de ironía en la voz de Magda —, caras vemos, vidas no sabemos.

Abel lanzó un suspiro al aire.

— Pues sí — respondió anonadado.

Magda se recostó en su pecho y lo rodeó con sus brazos largos y delgados.

— Ya se me paró.

Magda se despegó de inmediato.

— ¡Cochino! — le dio un manotazo en el hombro —. Nomás arruinas estos momentos tan bonitos con tus cochinadas.

Ambos voltearon hacia el vidrio frontal del auto. Desde el mirador podían ver toda la ciudad iluminada como un candelabro invertido y al Cerro de la Cruz con su enorme insignia destellando en medio de la noche templada de otoño.

— ¿Vamos por unas Aguacatosas? — dijo Abel para romper la atmósfera de melancolía que se asentó, de pronto, dentro del auto.

— Se me antoja más un sushi — espetó Magda haciendo la voz más aguda.

Abel encendió el auto y salieron del mirador.

—Oye, corazón —intervino Magda—. ¿Y si fue tu tío el que los desapareció?

Abel dejó de luchar con los palillos. Su pedazo de sushi cayó al plato salpicando la mesa con unas gotas negras.

—¿Eh?

—Sí, mira. Piénsalo —Magda deslizó su mano por la mesa con una servilleta para limpiarla—. Un hombre volado es capaz de cualquier cosa y, si tenían tan mala relación como dice mi suegra, pues no suena muy imposible, ¿no?

Abel recogió el pedazo de sushi con sus dedos y se lo llevó a la boca.

—No lo sé —dijo, masticando—, una cosa es tener una mala relación con tu mujer y otra muy diferente es ya “desaparecer” a tus hijos.

—No se me hace. En las series de crímenes, los hombres son capaces de todo cuando se enamoran; desaparecerlos no hubiera sido más que un “borrón y cuenta nueva” para él. Sin hijos, sin esposa, en otra ciudad. Un hombre sin pasado y con todo el futuro por adelante. No suena nada mal para él.

—Pero pues nomas te divorcias y ya, ¿no? —tomó otro pedazo de sushi con los dedos.

—Allí está el tenedor, amor. No seas puerco —y señaló en dirección al plato de Abel—. No sé. A mí se me hace que tenía mucho que ganar y nada que perder.

—Pero mi mamá dijo que Huguito era su adoración.

—A lo mejor se lo llevó con él. Capaz que hasta se cambiaron el nombre y todo.

—¡No, Magda! Pues si mis primos ya estaban grandes. Hugo era el más chico y tenía como quince, dieciséis años. No hubiera podido.

—A menos que se hayan puesto de acuerdo... —Magda acercó el popote a su boca.

—Estás loca. Ni de pedo. No somos así en mi familia, tú nos has visto.

—Yo nomas digo. Una nunca sabe. Ya ves todos los feminicidios, casi siempre es alguien cercano. O las estafas, la mayoría de las veces, la gente en la que confías es la que puede clavarte el puñal con más fuerza.

Al salir, la gente paseaba con calma por Paseo Central, subía y bajaba de las escaleras, entraba y salía de los locales. Todos habitando mundos inaccesibles, tan distintos e indiferentes de sus coetáneos. El bullicio nocturno distrajo a Abel por unos momentos. Las luces destellaban reflejadas en sus pupilas. El cabello de Magda se encendió como una cascada a la luz romántica de la plaza. Se pasearon abrazados por todo el lugar hablándose en voz baja, murmurándose promesas de amor. Abel entonces pensó en su tía, en que quizás su matrimonio tuvo un inicio similar y luego en su final desconocido. Oía la voz de Magda sin prestarle atención a sus palabras, indiferente de su amor. Abel la miró con misericordia, hasta lástima y pensó en que quería darle lo mejor, en el amor que sentía por ella, sí, y eso lo hizo sentirse igual de amado por esa criatura pequeña ceñida a su pecho, pero, a la vuelta del amor, se esconde la amargura y, ahí estaba de nuevo esa sombra azul con esos ojos grávidos observándolo desde los rincones oscuros de la plaza.

—¿Nos vamos? —preguntó Abel quedito, reuniendo toda la suavidad que le cabía en el cuerpo para no lastimarla, suavizando los bordes agudos de su temperamento. Pero Magda no cedería, no tan fácil y respondió:

—¿Ya te quieres ir? —con un timbre triste y herido.

—Es que ando cansado. Tuve mucho trabajo y luego lo de mi familia. La neta sí me agüitó.

Entonces, el brazo de Magda se deslizó sigiloso hasta la mano de Abel:

—Vámonos entonces —y ambos salieron tomados de la mano.

Se despidieron de beso con un “Te amo”. Magda bajó del auto sin mucha prisa. Antes de entrar a su casa, se dio la vuelta y le lanzó un beso a Abel. Él también hizo lo mismo. “Nos vemos mañana.”, le dijo y se fue.

Abel abrió la puerta de su casa. Lo recibió un silencio inquietante que le erizó la piel. Entonces, en medio de ese espeluznante hermetismo, creyó oír unos murmullos suaves que podían confundirse con cualquier otro ruido. El crujido de la cama, aunque normal, lo puso en alerta. La casa parecía inmóvil, demasiado inmóvil, como si algo o alguien ya lo estuviese esperando adentro. Tomó la perilla de la puerta principal y pensó, por unos instantes, en volver a su auto y huir. Esperó unos segundos antes de abrir. Nada ocurría. Todo se mantuvo igual de inmóvil. Ni una luz se encendió, ninguna puerta se abrió o se cerró, nada se movió de pronto por cuenta propia y, aun así, Abel estaba paralizado por el miedo. Suspiró, luego dio un paso, seguido de otro. La casa se sentía fría. Otro paso. El chirrido estridente del refrigerador. Otro paso, prendió la luz, luego otra y aun después de que la casa estuviera iluminada, Abel no dejaba de sentirse intranquilo, observado. Intentó no pensar en aquellos ojos con forma de almendra, en esas pupilas redondas como albóndigas, profundas y tristes, pero todos sus pensamientos se dirigían hacia esa mirada quieta, fija, como el único camino disponible.

—Espérame, Huguito —murmuró encerrado en su habitación, ya metido en la cama—. Voy a descubrir la verdad.

Al día siguiente, por la tarde, volvió al terreno baldío donde antes hubo una casa. Por alguna razón, no podía dejar de pensar en aquella imagen de sus tíos sonriendo. No lo creía, esa imagen no podía ser falsa. El pasto cantaba melodioso empujado por la brisa otoñal de Chihuahua. Las ho-

jas se arrastraban por el suelo armoniosas como cascabeles quebradizos.

Volteó hacia el cielo. Las torcazas y los chanates cruzaban el cielo con rapidez, apenas si les podía seguir el paso con la vista. Abel metió las manos en sus bolsillos. Sintió algo. Un papel. Se apresuró a sacarlo. Volvió a leerlo.

“Con cariño, Paulina y familia”

Abel sonrió sin un motivo claro. Levantó la vista, en el rumor del pasto escuchó el bullicio de la fiesta. Suspiró. Se sintió en paz, casi satisfecho. Dio un último vistazo al terreno baldío y se fue.



—No puedo, Magda. Ya tengo un compromiso —respondió apurado. Magda guardó silencio. El aire mudo y caliente emanaba de la bocina del celular.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó después de unos instantes de vacilación.

—Voy a verme con mi prima Paulina.

Otra vez, la respiración sosegada de Magda ululaba de la bocina.

—Bueno. Nos vemos otro día. Cuídate. Te quiero —colgó. Para Abel esa despedida era más similar a una advertencia que a una declaración de amor.

Abel se estacionó atrás del Callejón, dobló en la esquina de la Mirador y buscó un lugar casi secreto, cuya ubicación estaba apenas iluminada por un letrero de neón que decía “Coporo”. Descendió. El corazón le latía con fuerza. La luz rojiza de la barra lo cautivó de inmediato. El choque seco de las bolas de billar era precedido por una marea de bullas o risas.

Abel levantó el cuello para escudriñar los recovecos del lugar con la mirada inquisidora de quien desea hallar a al-

guien. Y así lo hizo. Unos segundos después, se desplazó hacia la barra. Por sobre todas las risas se escuchaba la carcajada suave y penetrante de una mujer de espaldas.

— ¡Eit! — tiró de un mechón que separó de aquella melena caudalosa.

— ¡Hola! — Paulina lo abrazó alegre —. ¿Qué onda? ¿Qué milagro!

Abel se sentó.

— Ya sé, ¿verdad? — terminó de acomodarse en el banco.

— ¿Cómo has estado? Cuéntame.

El hombre de la barra los miraba expectante.

— ¿Qué le pongo, caballero? — intervino súbito.

— Una Indio — levantó el índice —, y unas papas preparadas.

El hombre se dio la vuelta y ellos retomaron su conversación:

— ¿Cómo sigue mi tía? ¿Tú cómo estás? ¿Qué ya tienes novia?

Abel apenas si respondió a las preguntas sin preguntar nada. El hombre de la barra intervino de nuevo para dejar la cerveza y las papas.

— Son para ambos — aclaró Abel —. Agarra con confianza.

Esperó a que Paulina bebiera o comiera y empezó:

— El otro día fui a la casa de la tía Sofía — Paulina levantó con gentileza en el aire una papa y se llevó la mitad a la boca. Crujió.

Abel continuó:

— Vi que les fuiste a dejar flores. Quiero saber qué pasó ese día. ¿Tú no sabes nada?

— Lo mismo que tú. Mi mamá es igual que la tuya. Tampoco habla mucho de ellos. Desaparecieron un día y ya. Por eso quise dejar flores a nombre de todos, se me hacía muy feo que los olvidaran así.

—¿Verdad? ¡Eso mismo pensé yo!

Paulina soltó una carcajada despreocupada que allanó el bar.

—El otro día le pregunté a mi mamá

—¿Y qué te dijo?

—Bueno, primero, ¿tú qué recuerdas de ellos?

Paulina, pensativa, cruzó la pierna.

—Hm, siéndote sincera, no mucho. Me acuerdo mucho de Adrián y Huguito. Siempre nos íbamos al cuarto de Huguito para jugar videojuegos, pero él siempre se molestaba y nos daba controles desconectados para “jugar”. Siempre terminaba corriéndonos de su cuarto y entonces, mi tía lo regañaba y nosotros, los chiquitos, mejor íbamos al cuarto de Adrián...hm... ¿qué más? ¡Ah! Mi tío siempre nos regañaba y nos decía que no hiciéramos desorden, pero eso es todo. ¿Por? Pues, ¿qué te dijo mi tía?

—Pues es que yo me acuerdo de ellos como personas muy felices, pero el otro día mi jefa me dijo que no era así, que mi tío y mi tía se la mantenían peleados.

—Pues yo estaba un poco más grande que tú. No me acuerdo, la verdad, pero tiene sentido. Porque sólo hablan de mi tía Sofía y mis primos, pero rara vez dicen algo de mi tío, con excepción de que Hugo era igualito a él.

—Está raro este pedo. ¿Mi tía nunca te ha dicho nada de su desaparición o algo?

—No, ya vez como son en la familia, ya por poquito ni existen mis tíos — la voz relajada de Paulina despojaba de seriedad al asunto—. A veces regañaban a Huguito por asustarnos. Nos decía que había fantasmas en la casa. De eso sí me acuerdo. Nos decía que una mujer de blanco se aparecía en el patio y que unas sombras se metían a los cuartos en la noche cuando apagaban la luz. O que una viejita pelona se aparecía en la madrugada y tocaba la puerta para meterse a la casa.

— ¿Fantasmas?

— ¡Ajá! Pero pues lo decía para asustarnos, digo yo, ¿no? O sea, pues nunca me quedé a dormir ahí, pero yo digo que era puro choro. Estábamos muy chiquitos.

Abel bebió pensativo. Hizo un ademán circular con el dedo, el barista asintió.

— ¿Y tú qué crees que les pasó? — colocó la botella vacía.

— No sé, fíjate. El otro día que fui a dejar las flores me pregunté lo mismo.

— ¿Tú crees que mi tío los haya desaparecido para hacer una nueva vida?

Paulina tomó otra papa y también pidió otra cerveza.

— No sé, digo, no descarto la posibilidad, pero no sé qué motivos tendría, ¿o por qué lo dices?

— El otro día le platicaba a... — pausó, Abel mismo no supo por qué y, sin embargo, pausó — ... a mi novia — entonces sintió algo extraño correr en sus venas. Paulina lo miró de reojo, bebiendo de la botella con pasmosa tranquilidad. Abel prosiguió:

— Le contaba sobre lo de mi tío, que fue golpeador e infiel y me dijo que era probable que él los hubiera desaparecido.

Paulina entornó los ojos igual de pensativa que antes.

— Puede ser, con eso que dices, tampoco se me hace muy improbable.

Ambos guardaron silencio dando tragos prolongados a sus bebidas.

— Ya me tengo que ir — Paulina se acercó para besar la mejilla de Abel —. Seguimos en contacto. ¡Chau!

Abel se quedó un rato en la barra pensando, mientras veía al barista ir de un lado a otro, girando, sacudiendo los vasos, entregando cervezas llenas, guardando las vacías, toda una obra delante de él.

Bebió de un trago lo que le quedaba de la cerveza — Pinches viejas, — exclamó suspirando. — sí que están locas. Qué miedo que piensen igual.

Esa noche volvió al lote baldío. La brisa dulce de la tarde ahora era un vendaval ensortijado y estrepitoso que recorría el cielo vacío lamentándose.

— No lo entiendo... ¿en verdad mi tío es el culpable? — el pasto tembló, pero esta vez se oyó como los chasquidos de unos huesos secos, no con la dulzura de un recuerdo borroso.

Vio las briznas secas sacudirse al compás del viento. Cerró los ojos y, en la oscuridad de sus párpados, el recuerdo reconstruía aquella casa iluminada con la calidez del pasado. Vio a Paulina, a Daniela y a los demás niños correr, menos a él. Él todavía estaba escondido tras el muro mirándolo inmóvil, con la furia y la tristeza congelada en su semblante regordete. Abrió los ojos, al mirar de nuevo la casa, ya no había nada; sólo era un terreno vacío, sin muros, ni cimientos. Ahí nada más crecía el pasto y la incertidumbre sobre aquella familia arrullada por el rumor aterciopelado del pasto. Inhaló profundo ese aire impregnado del pasado que todavía persistía en la casa y, al exhalar, del terreno baldío se levantó una casa luminosa con música brotando de sus ventanas y su puerta. Abel se vio de niño caminando entre los dos jardines amplios, desdibujados por la noche. Alguien a quien no conocía en ese entonces le abrió la puerta. Sus padres saludaron al joven desconocido de beso en la mejilla.

— ¡Ándale, mijo, saluda! — lo urgió su madre, sin la edad escrita en su rostro por las arrugas. Pero él se resguardó tras sus piernas y sólo pudo ver la silueta del muchacho desprenderse de su voz afable.

— Hugo está en su cuarto. Ve a jugar con él — pronunció una voz cálida desde lo alto, y volvió a recordar aquella puerta cerrada. Trató de girar la perilla, pero nada. Después

de unos golpes, la puerta se abrió sin que él la empujara y el cuarto estaba también vacío. Abel dio unos pasos, dubitativo. La televisión prendida sin volumen; recordó con claridad la imagen de la estática que impregnó sus ojos de infante. De súbito, la puerta se cerró y el ruido blanco de la estática llegó a su tope súbitamente. Abel gritó, pero sabía que no era la primera vez que se sentía así. Abrió los ojos de golpe. Otra vez el silencio y soledad del terreno baldío, otra vez el seseo ininteligible del pasto, el canto noctívago de los grillos, otra vez él en medio de la oscuridad.

Al volver a su casa vio el auto de Magda estacionado. Abel se acercó para abrirle la puerta.

—¿Cómo te fue? —ella bajó del auto.

—Bien. Ella no sabía nada.

Magda se adelantó a sabiendas de que Abel la miraría. Abel se relamió antes de alcanzarla y abrirle la puerta.

—Pasa —el aroma frutal del perfume de Magda lo emocionó. El mismo silencio de ayer reinaba sobre su casa, sin embargo, con Magda, aquel silencio se volvió llevadero, hasta apacible. Sentados en el sillón, empezaron a besarse. Abel levantó la mano para apretar uno de los senos de Magda quien al principio opuso resistencia, sin embargo, desistió ante aquellas manos que la envolvieron con facilidad. El resto de la noche transcurrió entre el choque campal de un cuerpo contra el otro. La mañana llegó entre una contienda de gemidos y caricias inevitables.

V

Ambos despertaron cuando el cielo clareaba y el sol salía con pereza de entre las montañas que bordean la ciudad. El vaho caliente y húmedo de los cuerpos bajo las cobijas borbotaba de ellos.

—Buenos días —Abel exclamó somnoliento.

—Buenos días —el ruido blanco del cepillo peinando su cabello ensordeció el saludo. Magda se miró de reojo en el espejo. Polveó sus mejillas antes de delinear sus labios y sus ojos con cuidado parada frente a su reflejo—. Ya me voy —anunció tronando sus labios para esparcir el color.

—¡Sobres! —contestó Abel estirándose. Ojeó la cadencia pronunciada de la mujer anunciando su partida. Su cabello lacio se agitaba sobre su espalda como un ala dorada replegándose y desplegándose, acariciando su conjunto rojo. El sonido seco de los tacones dejó de oírse. En silencio, Abel se levantó de un brinco a mirarse frente al espejo.

—¡Ay, pero que hueva tengo! —espetó estirándose, después se echó agua en la cara con las manos.

Abel salió de la casa; el sol destellaba con fuerza, efervescente. La oficina con sus letanías de susurros, el timbre amortiguado y sus pasos silenciados por la alfombra. Dispuso el portarretratos discretamente a un lado de su monitor en el cubículo. De vez en cuando volteaba a verlos distraído y empezaba a nombrarlos uno a uno absolutamente absorto, ausente.

—¿Quiénes son? —se acercó uno de sus compañeros y tomó la fotografía vieja y achicharrada de las orillas.

—Unos familiares —Abel le arrebató la fotografía de las manos—. ¿Qué pedo?

—¡Uy! ¡Qué genio! Alguien no tuvo su mañanero.

Abel pensó en el meneo suave de Magda agitar el calor rancio y soñoliento de su casa.

—Ni me digas que me acuerdo y lloro.

Rieron en voz baja.

—¿Qué pues carnal? ¿Pa' que soy bueno? —Abel se reclinó y echó sus brazos hacia atrás

—Pa' nada, mijo, nomás dando la vuelta.

El traje aterciopelado y carmesí de una mujer curvilínea apareció delante de ellos como un espejismo fugaz con su cabellera encendida, titilando.

— ... pero ya vi que andas de genio — alcanzó a oír a su compañero como si estuviera lejos.

— Perdóname, carnal. Me agarraste en la pendeja — exclamó sucinto.

— ¿Por qué tan pensativo, campeón? ¿Te cachó tu vieja? — le dio unas palmadas débiles en la espalda.

Abel no respondió, nada más volvió la mirada a la foto.

— ¿Quiénes son, pues? — el hombre tomó el portarretratos del escritorio de nuevo. Abel respondió dudoso “Mi familia” y dejó que el hombre mirara la foto con atención mientras él se hundía en sus pensamientos. El hombre miró de reojo a Abel y luego a la foto; hubo silencio de observador. Colocó la foto en el escritorio.

— No, pos, ánimo, mijo. Ahí estamos pa lo que se ofrezca. Ya te la sabes — y se fue tan repentinamente como había llegado.

— Sobres, carnal. Te agradezco, pero todo chido — Abel se resumió otra vez a un hondo silencio en el que se sumió pensativo.

Los rostros en la foto le parecieron ajenos, lejanos, incluso desconocidos. “En aquel 24 de diciembre del 2003, esas caras se desvanecieron de la faz de la tierra sin dejar rastro”. Pensó.

“Licenciado”, una voz de mujer interrumpió sus cavilaciones desde lo alto, rodeada por el halo del foco.

— Dígame, compañera, ¿qué pasa? — sonrió coqueto.

— El licenciado necesita que revise estos papeles con carácter urgente — debajo de su busto había un fardo grueso de carpetas manila llenas a reventar de documentos, envueltos por sus brazos tersos.

— ¿Para cuándo? — preguntó Abel observando el contorno carnoso de los senos frente a él.

— Dijo el licenciado que lo antes posible; que son de carácter urgente — sus uñas turquesas relumbraron lubricadas por el *Shellac* —. Así que, yo creo que para ayer.

— ¡Está loco! Hágame el favor de decirle que es mucho. Son las tres de la tarde. Ni de chiste voy a terminar en dos horas.

— Como guste licenciado, yo se lo comunico, pero el trabajo debe de quedar para hoy — respondió contundente y colocó los documentos sobre su escritorio.

La mujer se dio la media vuelta impasible y retornó hacia el lugar del que había salido: una oficina con iluminación cálida resguardada apenas por una puerta de cristal. Abel la siguió con la mirada, entre furioso y excitado con el montón de papeles a un lado.

El ocaso, reposado sobre la ciudad, cobró intensidad a medida que el sol caía. Abel revisaba los papeles mientras el sol anaranjado bruñía su piel. La oficina se vació de a poco. Sus compañeros salían como levitando, a prisa; atravesaban el umbral para no volver mientras él yacía ahí, sentado, metido entre licitaciones, presupuestos con sumas de dinero que jamás vería reunidas en su vida. De vez en cuando se distraía pensando en el escote pronunciado de aquella mujer y luego los comparaba con los de Magda, de vez en cuando también miraba el portarretratos y se le olvidaban los senos y los cuerpos en favor de aquellas sonrisas borrosas e inertes, suspendidas para siempre.

— A la chingada, ya me voy. Que chinguen su madre las licitaciones con el licenciado por delante

Al salir, el cielo parecía un montón borroso de colores revueltos: malva, azul claro, naranja, nubes fosforescentes encendidas por el atardecer; el tráfico apagado y esporádico de la ciudad anocheciendo.

Al llegar a su hogar, el largo párpado de la noche se cerró, cubriendo la ciudad entera de luces esporádicas. Abrió despacio la reja de su hogar, desde afuera notó algo raro: las luces de la casa prendidas iluminando el exterior desde las ventanas. Ahí, postrado en el barandal, alcanzó a ver una silueta azulada parada en la ventana tras la cortina cerrada.

—¡Ah, cabrón! —se talló los ojos y se detuvo sorprendido. Alguien lo observaba detrás de la ventana. Los latidos de su corazón se aceleraron. Antes de abrir, sacó su celular para enviarle un mensaje a Magda. Abrió la reja sigilosamente y dejó la puerta abierta. Aquella sombra índigo permaneció inerte en la ventana, expectante. Avanzó cuidándose de no hacer ruido. Llegó a la entrada, intentó abrir con cautela, pero tenía el cerrojo puesto, entonces, introdujo la llave, quitó el seguro y empujó la puerta suavemente; por el resquicio se asomó al interior de su casa.

—¿Dejé la luz prendida? —murmuró.

Le pareció oír pasos aproximándose.

Abrió de golpe:

—¿Quién anda ahí? —gritó nervioso desde el umbral, pero nadie respondió. La casa estaba en silencio.

Se quedó bajo el umbral unos instantes, atónito.

Giró la cabeza hacia la izquierda. El perchero con su chamarra colgada estaba frente a la ventana. Rio desconcertado, quizás de alivio y quitó la chamarra del perchero. Salió. La sombra había desaparecido dejando en su lugar la delgada silueta del perchero.

Le envió otro mensaje a Magda.

Cerró la reja de afuera, volvió la vista a la casa aún nervioso.

Ahí estaba el perchero con sus brazos abiertos como ramas a través de la cortina. Merodeó por los alrededores de su casa antes de entrar. Una vez seguro de que no había nadie afuera, entró y cerró con seguro la puerta. Puso el ce-

lular en la mesa para asomarse al refrigerador. La vibración del celular lo asustó.

“Le pregunté a mi mamá. Te marco mañana para decirte qué me dijo”. Era Paulina. *“Sobres”* respondió él. Oyó un golpe sordo detrás, justo tras él.

— ¡A, cab...! — exclamó volteando vertiginoso. Rio otra vez.

— ¡Ah! — exclamó aliviado —. ¡Qué pendejo! Dejé el refri abierto — sin embargo, no pudo dormir esa noche.

VI

Al día siguiente, al salir del trabajo, volvió a aquella casa condenada a la ruina sin fin. Las losas quebradas estaban desparramadas por doquier, fuera de su lugar.

— ¿Qué se le ofrece, joven? — un grito lejano lo hizo girar. Vio a una anciana temblorosa, asomada tras las rejas de su casa. Abel miró a la anciana, después volvió la vista a las ruinas y de nuevo a la anciana:

— Soy familiar — gritó desenfadado. La anciana abrió sus ojos y dejó caer su rostro un poco. Abel cruzó la calle hasta llegar a la casa de la mujer.

— ¡Buenas tardes, señora!

— ¿A poco es familiar de ellos? — la anciana inspeccionó a Abel —. ¡Hm! Pues sí le das un aire a la señora Sofía.

— Era mi tía — respondió sin explicar más —. ¿Usted los conoció?

— ¡Uy, sí, mijo! — la anciana se echó hacia atrás riendo —. Eran retebuenas gentes y Huguito y sus amiguitos se la pasaban todo el día en la calle.

Abel suspiró aliviado. Ambos voltearon en dirección a la casa.

— Fue muy triste lo que les sucedió.

— ¿Usted supo qué les pasó? — la anciana vio los ojos de Abel brillar de la emoción.

—No, mijo. Yo digo que qué pena que se hayan ido sin volver —explicó viendo al joven embellecerse por el dolor de la frustración.

Abel suspiró.

—Ya veo... —ambos observaron el lote baldío ensimismados.

—Otra jovencita viene de vez en cuando a dejar flores —añadió la anciana.

—Sí, mi prima Paulina —respondió Abel en automático sin despegar la vista del terreno.

—¡Con que así se llama! —inspeccionó a Abel—. No recuerdo haberla visto ni a ella ni a used nunca, oiga.

—Es que estábamos bebes. Apenas empezábamos a caminar y a hablar, pero los dos tenemos muy buenos recuerdos. ¿Usted se llevaba bien con ellos? —preguntó Abel tartamudeando.

—¡Claro! Tu tío era un señor muy amable. Siempre que le pedía ayuda para cositas de la casa, tu tía lo mandaba. Teníamos nuestras diferencias porque siempre estaban de fiesta allá en su casa, pero eran buenas personas. Y pues, ande, sus hijos muy bonitos.

—Oiga, y perdone la indiscreción, pero ¿usted los vio discutir alguna vez?

—Una vez, mijo —respondió la señora como si toda su vida hubiera esperado a que le preguntaran—, todavía me acuerdo, —la mujer tocó levemente el hombro de Abel —tu tío sacó a tu tía de las greñas de su casa. Era muy de madrugada. Los gritos de tu tía se escuchaban por toda la cuadra. Quién sabe qué habrá pasado, pero tu tío subió a los niños al carro y se fue. Yo me acuerdo mucho de esa vez porque fui al día siguiente a ver como estaba tu tía, pero ella seguía tomando y con la música a todo lo que daba.

Cabizbajo, Abel volvió a la casa con la mirada, escudriñándola, imaginando aquello que nunca vivió. La voz an-

ciana se tornó difusa y expansiva; él sólo veía en la entrada la escena que la mujer le acababa de describir.

—Pero ande, mijo, ya ve como es la vida de casados. A veces una saca de quicio al marido. Yo siempre los vi felices —aclaró arrepentida con rapidez—, Adrián y Huguito siempre fueron buenos niños; a Elena casi no la traté porque ella siempre fue muy especial con la gente. ¡Vieras la sorpresa que me llevé cuando volví de vacaciones y ya no estaba la casa!

—¿Pues cuánto duró fuera?

—¡Ni tanto! Unos cuatro meses.

—¿Y cuando volvió ya no estaba la casa?

—Nada, mijo. Puras piedras chamuscadas.

—¿Y los otros vecinos no le dijeron qué pasó? —Abel preguntó intrigado.

—¡Ande! La casa de enseguida antes era un terreno baldío y la señora de la esquina andaba en el rancho. Y como no me hablaba con los vecinos en ese entonces, ni cómo preguntarles.

—¿Ya no vive ninguno de esos vecinos en la cuadra?

—No. Nomás quedo yo. Es que siempre fue un barrio de gente grande. Ya sabe, se va quedando una vieja y sola. Se van los hijos y a veces se la llevan a una.

Abel no podía dejar de ver en dirección del terreno baldío con una expresión de asombro. Dejó de prestarle atención a la anciana que seguía hablando sin detenerse.

—¿Se siente bien? ¿Quiere un vasito de agua?

—No, no. No se apure. Muchas gracias —respondió volviendo en sí—. ¿Así que siempre tenían fiesta? —y en el filo de la lengua de Abel, habitaba el recuerdo de las canciones tristes que cantaban; en sus pies, los pasos de flamenco que su tía imitaba con entusiasmo.

—¡Uy! ¡Mijo, no le digo! ¡Si parecía manda! Cada viernes, sin falta, hacían fiesta hasta el lunes. ¡Uy, no! ¡La banqueta

se llenaba de carros! — juntó los dedos y agitó las manos — . No dejaban espacio para estacionarse. Yo no sé cómo le hacían tus tíos, siempre me los encontraba en la mañana cuando me iba a trabajar, así se hubiesen desvelado o no — rio apenada.

— Muchas gracias, señora...

— Márquez — exclamó contundente — . La señora Márquez.

— Señora Márquez — Abel extendió la mano — . Un gusto, pero ya tengo que irme.

— ¿Por qué tan pronto?

— Es que tengo un compromiso — se disculpó mirando a su reloj de muñeca.

— ¡Ándele pues! Ya sabe, vuelva cuando quiera. Dios lo bendiga.

— Igual, señora Márquez. Muchas gracias — Abel se despidió todavía pensativo. Al retirarse, vio el terreno donde solía estar la casa por el espejo retrovisor una última vez. Ahora, en lugar de un hogar cálido, le pareció que una casa distinta se alzaba en el silencio como una lápida sucia y maltrecha.

— Ya son las siete. Quedamos que a las cinco — Magda abrió la puerta invitándolo a pasar.

— Ya sé, ya sé, perdóname. Neta que se me fue el rollo — Magda esperó a que continuara.

— No te enojés, corazón — Magda avanzó al auto de brazos cruzados. Abel corrió tras ella para abrirla la puerta.

— ¿Pues qué estabas haciendo, Abel? — preguntó una vez que subió al auto.

— Es que, pasé por la casa de mis tíos y...

— ¿Otra vez? — repuso en un tono agresivo — . ¿No te cansas? Ya llevas como un mes con eso.

— No, es que, déjame te explico — Abel le acarició la pierna suplicando su atención.

— No, Abel, ya vámonos. Ya tengo hambre — el teléfono de Abel empezó a vibrar en el portavasos del auto.

Ambos voltearon a verse.

—Contesta —ordenó Magda, desafiante—. Ándale —e intentó ver quién le llamaba.

—¿Qué onda? —Magda permaneció callada. Pudo identificar que, al otro lado del teléfono, había una voz femenina. “Sí, más al rato te marco. Es que estoy ocupado”. Al escuchar aquellas palabras, Magda bajó el vidrio del auto y miró hacia afuera.

“Listo, mi amor” oyó a Abel hablarle, pero no respondió.

—Magda —dijo Abel con suavidad—. ¿Qué tienes, corazón? —Magda se negó a responder. “Nada” respondió con el mentón acodado en la palma de su mano y volteando hacia afuera. Abel no dijo más. Volvió a acariciar la pierna de Magda, pero esta vez, ella le quitó la mano. Cenaron en silencio.

—¿Qué tienes, Magda? ¿Qué te pasa? Estuviste muy seria todo el rato.

Suspiró reuniendo fuerzas antes de responder.

—Nada, Abel, estoy cansada nada más.

—¿Segura?

—Sí, Abel. Ya. No tengo ganas de hablar.

—Ay, Magda, neta, perdón. No fue mala onda, es que me entretuvo la viejita de enfrente de la casa. Se agarró a plática y plática. Neta, fue sin querer.

—¿Quién te habló ahorita? —irrumpió tajante.

—¿Qué?

—¿Quién era la vieja que te marcó ahorita? —repitió fastidiada.

—¡Ah! Mi prima, Paulina, con la que fui el sábado.

—¡Ah! —exclamó sin decir nada más.

—¿Qué pasa? —Abel dijo con sorna.

—Nada. ¡Qué bueno que ya llegamos! ¡Hasta mañana! Descansa —Magda bajó del carro sin esperar a despedirse de Abel ni que este le abriera la puerta.

“¡Magda! ¡Magda!” escuchó a Abel llamarla desde el auto mientras ella se alejaba.

—¡No mames! ¡Ya la cagué! —y se talló la frente con la mano—. ¡Puf! Ni pedo. A ver como lo arreglo.

Magda observó desde la ventana al auto de Abel arrancar e irse.

—¡Fiuu! —suspiró después de cerrar la puerta de su casa—. ¡Qué manera de terminar el día! —dejó las llaves sobre la mesa y se encerró en su cuarto.

Una vez acostado, fue cerrando los ojos hasta quedarse dormido: primero dejó de sentir su cabeza recostada sobre la almohada, luego sus ojos se cerraban de súbito; por último, un parpadeó: un abrir y cerrar de ojos, que sin querer, lo había transportado a la habitación de Hugo, ahora completamente iluminada “pícale así a este botón”, “camina hacia allá” oyó. Abel se veía, sí, podía recordarse como un niño chiquito picándole a los botones al azar para ver al muñeco en la pantalla moverse con gracia y agilidad por los aires. “Ya perdiste. Déjame te lo paso y luego sigues” y pudo recordarse a sí mismo contemplar con inocencia a Hugo moviendo los dedos con destreza, superando los obstáculos del videojuego con un heroísmo infantil.

—¡Toma! —Hugo le cedió el control, sonriente. Abel apenas si podía verle el rostro en su sueño, sólo lograba recordar la silueta del muchacho a contraluz. Luego, de la nada, el cuarto se llenó de niños y niñas y la voz gentil de Hugo cambió con rapidez a un tono iracundo.

“¡Hugo! ¡Déjalos jugar! ¡Enséñales!” Abel oyó a su tía Sofía desde el dintel de la puerta. Hugo, con los ojos llenos de lágrimas, cruzó los brazos y se quitó de la puerta para dejar a los demás niños pasar con sus platos de comida que después acababan en el suelo. Hugo corrió por su mamá, “Salgan a jugar, mijo”. De repente, el cuarto estaba a oscuras y en silencio. Abel despertó con el corazón palpitando

acelerado en su pecho. Entre sueños creyó ver la puerta de su cuarto cerrándose como si alguien estuviera saliendo de la habitación. Quiso abrir más los ojos, levantarse, reaccionar, pero no pudo. Sentía un peso enorme agolpándose en sus extremidades y sus párpados. De repente, a lo lejos, oyó algo vibrar. Era su celular. Abel aún dormido, estiró la mano para alcanzarlo. “Magda <3” indicaban las notificaciones que llegaban sin parar una tras otra.

—¿Qué hora es? —el reloj marcaba las doce—. Mañana le contesto —y dejó caer el celular sobre su estómago antes de volverse a dormir.

VII

— ¡A rgh! —en medio de la noche, Abel despertó con un chillido agudo y estridente. Respiraba agitado, la frente coronada por una guirnalda de sudor frío resbalando desde sus ciénegas. Tomó su celular de nuevo. Vio la hora aún dando bocanadas de aire nervioso.

—Ahora sí me tengo que bañar —dijo enderezándose. Encendió la luz de la habitación. Afuera todavía estaba oscuro y frío—. Ya mero es *Halloween* —una brisa ligera arrastró unas hojas en el exterior. El sonido del agua junto con el vapor lograron tranquilizarlo. Se fue metiendo de a poco al agua: primero la palma de la mano para tantear la temperatura, una vez caliente, zambutió el brazo, seguido de los hombros hasta que el agua lo cubrió con sus menudas fibras transparentes por completo.

—¡Ay, cabrón! ¡Qué rico es bañarse! —entreabrió los ojos, como por reflejo, oteando someramente el espejo empañado. Abel se quedó bajo el chorro de la regadera un rato, escuchando el tibio murmullo del agua empañar los espejos y viendo como el vapor se convertía en más agua al tocar las

losas de la pared. Comenzó, al fin, a salir el sol, cuando él se disponía a dejar su casa.

—Un choque —masculló molesto en el auto. Había un embotellamiento en la glorieta de la Universidad y División del Norte. Bostezó largamente. Vio sus ojos en el espejo retrovisor y delante, en el cielo azul de ese día, el sol destellando inclemente. Abel pensó por inercia en su sueño, luego en Magda.

“¡Fíjate por donde vas, pendejo!” oyó que alguien gritó afuera seguido de un largo bocinazo. Abel frenó de golpe. Sólo así pudo regresar de su ensimismamiento. Le sacó el dedo al conductor de al lado y aceleró hasta que llegó a la oficina. El día pasó lento, el tiempo corría a cuentagotas, pero eran gotas espesas, pesadas como el calor de las doce del día en el desierto. Escurrían una a una con sádica lentitud entre el cerrón de carpetas, el crujir de hojas, el ruido de las plumas escribiendo, los murmullos de los compañeros y los clics de los ratones. Abel pensaba, sí, estaba inmerso en un sueño completamente despierto. El rostro de Hugo disolviéndose de golpe en la penumbra para abrirle paso a una sonrisa descarnada en la oscuridad lo atormentó toda la tarde.

—Tuve un sueño —le explicó a Magda de la nada con una voz diminuta y una mirada ausente. Magda no se inmutó ante la revelación y siguió comiendo. Abel prosiguió:

—Soñé que apagaba la luz de su cuarto y la cara se le torcía en una mueca horrible en la oscuridad. Yo estaba solo con él y de repente apagaba la luz y no se veía ni se oía nada, nada más una carcajada bien fea y veía su cara flotando en el cuarto oscuro.

—Me preocupas, Abel... —dejó su cuchara sobre la mesa—. Ya mejor deja de investigar de esa familia. Desde que empezaste has andado todo raro.

Abel no respondió, sólo agachó la cabeza.

—¿Por qué te importa tanto? No lo entiendo —el rostro vivaz de Abel parecía haberse apagado. Magda tomó la mano de Abel y él sintió la tibia tersura de sus dedos envolverlo con delicadeza.

—No lo sé —respondió aun cabizbajo.

—Entonces ponle punto final a ese asunto y déjalo por la paz —apretó solícita la palma de Abel y él sintió la dulce tibieza de antes incinerándolo.

—¿Te quedas conmigo a dormir otra vez hoy? —la miró a los ojos y apretó la pequeña mano de Magda.

Ella titubeó unos instantes ante la mirada decidida de aquellos ojos febriles atravesados por la luz del atardecer.

—Mañana. Mañana me quedo contigo. Hoy tengo que lavar ropa y terminar unos pendientes del trabajo. Abel, sonriente, acarició la mejilla redonda de Magda. Al cabo de un rato, la pareja se levantó y cada uno se fue por distintos caminos.



Escuchó una voz susurrando su nombre en la madrugada: “Abel, Abel”

—¡Shhh! Todavía es temprano —respondió medio dormido. Jaló la cobija y se tapó hasta la cabeza para volverse a dormir. Luego, silencio y paz. Oyó la alarma sonar animosa en la oscuridad del alba. Estiró la mano, vio la hora —. Quince minutitos más —balbuceó y apagó la alarma.

Despertó, lento, con placidez. Por la luz que entraba por la ventana, le pareció que el día ya estaba bien entrado, así que, buscó su celular para ver la hora otra vez; se levantó de un brinco, mal se amarró el pantalón junto con la camisa que usó el día anterior y salió.

—¡Las once, cabrón!

No supo con quién o qué enojarse. Entró corriendo a la oficina para ocupar su cubículo. Intentó disimular su presencia ante la mirada inquisitiva de sus compañeros. Todos lo vieron llegar por el rabillo del ojo y continuaron con sus labores sin dirigirle la palabra. Miró el reloj, eran alrededor de las dos cuando la secretaria pasó diciendo en un tono burlón, fingiendo indiferente ante la apariencia desaliñada de Abel:

—Hernández, nomás porque sacaste el trabajo del otro día, pero no vuelvas a llegar tarde —y continuó su trote de hecatombe por el largo corredor de la oficina. Abel continuó haciendo sus pendientes apurado; cada que volteaba a ver el reloj, a diferencia del día de ayer, las manecillas devoraban el tiempo con singular prisa. La pila de papeles disminuyó, pero no llegó a su fin.

—¡Nos vemos!

—¡Hasta el lunes!

Abel frunció el ceño y dijo:

—¡A cabrón! ¿Pues qué día es hoy?

—Viernes.

—¡No mames! —corrió despavorido al auto sin explicar nada. Se subió y del centro, subió por la Once hasta tomar el canal, giró en el retorno de fiscalía, pasó por el palomar y subió a la Mirador hasta el billar Coporo. Bajó corriendo las escaleras y, al entrar, una mujer lo saludó, pero él apenas si dio explicaciones y buscó a alguien por todo el lugar. Allá estaba Paulina en la barra, de nuevo, ya con una cerveza a la mitad.

—¡Qué onda! Una disculpa, se me fue el pedo bien cabrón.

—¡Ay, ay! Ni te apures. Yo estaba bien a gusto pisteando. Tú *cool*, yo *fresh* —Paulina extendió los brazos hasta alcanzarlo. Abel le devolvió el abrazo y después se sentó.

—¿Y Magda? Te la hubieras traído. Tengo muchas ganas de conocerla —Paulina se enderezó y se echó el cabello hacia atrás.

—¡Magda! ¡A la verga! ¡No mames, Pau! —se llevó la mano a la cabeza.

—¿Qué pasó? —lo miró perpleja.

—Es que hoy la invité a quedarse en la casa y se me olvidó decirle que venía para acá. ¡No mames! ¡Se va a emputar!

—¡Ja, ja, ja! ¡Pues sí, mijo, no mame! Se pasa de vergas también —dio un sorbo a la cerveza.

—Déjame le mando un mensaje —Paulina se percató del tono urgente en las palabras de Abel y respondió:

—¡No sea joto! Márquele.

Abel sacó el celular y, luego de un rato, volvió a guardarlo.

—¡Ya ni la chingas! ¡Ja, ja, ja! Te va a ir como en feria.

Abel se limitó a pedir una cerveza.

—No mames. Y yo que tenía ganas de que se quedara en la casa —gimoteó Abel tomando.

—“A dormir” —explicó Paulina risueña. Abel fingió no escucharla y extendió su trago.

—¿Y mi tía cómo está?

—Bien, bien. A veces se agüita por lo de mi papá, pero pues, ya sabes...normal el asunto.

—Sí pues sí, me imagino.

La conversación tomó un rumbo más relajado y casual para fortuna de Abel

—Oye —Abel espetó.

Paulina lo miró con la boca de la cerveza en sus labios.

—El otro día soñé con Huguito —Abel le resumió el sueño tan inusual. Paulina respondió con una carcajada

—¡Ja, ja, ja! Te habrás acordado —le dijo.

Abel dio un trago largo.

— ¡Ay! ¿Me quieres alcanzar? ¡Ja, ja, ja! Mugre Hugo, siempre nos hacía lo mismo. A veces ya nomás fingíamos para que mis tías lo regañaran.

Abel se concentró en el ruido efervescente desprendiéndose de su cerveza.

— ¡Qué culas! — señaló grávido.

— ¡Sí! — Paulina rio desenfadada —. A veces sí nos hacía llorar con los sustos, aunque nada más fuera con sus tres fantasmas de siempre.

— ¿En serio? — Abel intentó recordar, pero en su mente sólo habitaba esa sonrisa incorpórea iluminando la noche.

— ¡No, hombre! ¡Cuánta atención me pusiste! ¡Sí! Acuérdate. La vez pasada te dije que siempre lo regañaban por eso. Decía que una mujer de blanco pasaba por el patio llorando; que había unas sombras que se metían a los cuartos y que una vez, una le arrojó algo, cosas así, no me acuerdo muy bien.

— ¿Por qué nos decía eso?

— Pues éramos niños. Así nos llevábamos.

— Pero es que yo me acuerdo de que Hugo siempre fue bueno con nosotros.

— Te digo que mi tía lo regañaba si no nos dejaba jugar.

Y las dos sonrisas de Hugo se mezclaron en los recuerdos de Abel haciendo una sola mueca perversa y escabrosa con despuntes de inocencia.

— ¿Y Adrián?

— Ya te dije. Después de que regañaban a Hugo, salía mi tío Chava del cuarto a regañarnos a nosotros y nos íbamos para el cuarto de Adrián.

Por más que intentó, Abel no pudo recordar el rostro de Adrián, ni siquiera le alcanzó a adivinar si su semblante era redondo o cuadrado o de alguna otra forma, pero, al mismo tiempo, se percató de que tampoco recordaba a Hugo con exactitud a menos de que estuviera viendo a la fotografía.

Paulina lo observó expectante, dando pequeños sorbos a la cerveza.

— Pero eso no fue lo que me dijo mi mamá — suspiró con un aire grave —. Hay una persona que te puede dar información sobre mi tío Chava, si quieres saber. Fue lo único que pude sacarle a mi mamá. Me dijo “pues si tanto le interesa saber, que busque al compadre de tu tío, Rubén Chávez” y ya no quiso decirme nada.

— ¡Achis! ¿Por qué?

— Ni idea, de repente se pone de roñosa la doña.

— Oye — tímido, irrumpió Abel —. ¿Y no te dicen nada por llevar flores?

Paulina soltó otra carcajada que estremeció a Abel.

— No, mijo, pues si no pido permiso ni aviso — pausó. Entornó los ojos, bajó la voz y agregó con seriedad:

— Pero ahora, les llevaré flores, no sólo para recordarlos, sino para ponerle fin al duelo de toda la familia.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues — dio un sorbo a la botella —, me di cuenta de que todavía es una herida abierta. Por la reacción de mi mamá, lo que me contaste de mi tía y todo el asunto en general, me parece muy obvio que todavía es un tema doloroso. Entonces, pues, estaba pensando en que, a lo mejor las flores ya no son para ellos, sino para los que están aquí, para ponerle un fin. Después de todo, los funerales son para despedirnos de los muertos, ¿no?

Abel asintió todavía sin comprender la idea

— Pues esa despedida se le negó a nuestra familia y todavía traemos a esos ausentes a cuestras... Entonces, esas flores son, de algún modo, para cerrar el ciclo de los vivos y dejarnos ir a cada uno por nuestro lado. No sé si me explico.

Abel se limitó a asentir, sin comprender la idea.

— Mejor tírame a loca, chance ya se me subió poquillo y estoy diciendo pura mamada. En fin, mi mamá concuerda

con mi tía: ambas dicen que mi tío Chava tenía una amante y que golpeaba a mi tía Sofi. Me dijo mi papá que, al principio, la familia creyó que se fueron a Ciudad de México para empezar de cero, pero que, con el tiempo, fueron cambiando la idea hasta decir que sólo mi tío Chava vivía allá y que él era el culpable de desaparecer a los demás.

— ¿Mi tío te dijo eso?

— Sí, pues es que oyó el *round* que me eché con mi mamá. ¿A poco no te dan ganas de hacer lo mismo a veces?

Paulina miró a los ojos de su primo.

— Imagínate: ser otra persona, alguien sin pasado en una ciudad nueva.

Abel la miró desconcertado, sin saber qué decir o qué hacer con exactitud.

— Bueno, no sé. Lo estaba pensando y, a veces yo sí quisiera, pero me dan pendiente mis papás —explicó disculpándose.

— Dudo que ese sea el pedo aquí.

VIII

Abel regresó a la casa. Al abrir la puerta, oyó un golpe seco y duro emerger desde la cocina. Magda estaba en la cocina picando fruta. Los golpes toscos del cuchillo estrellándose contra la tabla de picar no dejaban eco tras ellos; secos y contundentes, continuaron.

— Ya llegué —intentó acercarse a Magda que ni siquiera hizo el intento por voltear a verlo y siguió picando fruta como autómatas—. Perdón, Magda, lo olvidé por completo...

— otro cuchillazo cayó tajante.

— ¡Claro! Aquí tienes a tu tonta, ¿no? —espetó con rabia dejando caer con más fuerza el cuchillo.

— No, no, es que en serio, Magda, se me fue bien cabrón el rollo. Discúlp...

Un cuchillazo final detuvo a Abel.

— Mi amor... — exclamó Abel con ternura.

— No, Abel. Que “mi amor” ni que nada — volteó a verlo. Los ojos vidriosos de Magda eran penetrantes, parecían los de un animal a punto de atacar —. Desde que empezaste con esta onda de tu familia, te has olvidado de mí. De nosotros. Ahora resulta que se te olvidó que tenías que ver a tu “prima” — fingió una voz aguda y gangosa, al borde del llanto —, y yo, de pendeja, toda apurada por ti, moviendo todo para venirme a quedar contigo y tú llegando a las pinches doce de la madrugada.

Abel se remitió al silencio.

— ¿Cuánto más va a seguir esto así, Abel? No me gusta sentirme como un juguete al que te coges dos veces a la semana y sanseacabó. No estoy pendeja, ¿sabes?

— No, Magda, yo sé. No es eso, es que...

— Is qui mi fimili. Is qui, ñi, ñi, ñi — lo interrumpió Magda y se levantó con la fruta picada hasta la tarja.

— ¡Me tiene harta ese tema! ¡Ya están muertos! ¡Ni los conociste! ¡Ya!

Abel suspiró herido.

— Mira, ¿sabes qué? — dejó la tabla de picar y el cuchillo en la tarja —. ¡Hasta aquí! Mejor nos damos un tiempo hasta que acabes esto, ¿va? — Magda se limpiaba las manos con mucha fuerza y rapidez.

— No, no, Magda, espérate tantito. No seas así — Abel intento poner la mano sobre el brazo de Magda, pero esta lo rechazó de inmediato.

— Sí, Abel — gritó.

Abel se alejó pasmado. La miró resuelta a resistir las lágrimas.

— Estoy segura de que va a volver a pasar... — su voz trémula se entrecortaba —, y no estoy dispuesta a dejarte lastimarme con tus indiferencias o con tu “prima” esa. Mejor

hasta aquí. Cuando tengas todo en orden hablamos y vemos si podemos volver a ser amigos.

— Magda...

Abel intentó acercarse otra vez a Magda quien apenas lograba mantenerse en pie ante las lágrimas.

— Está bien, pero no te vayas. Es muy noche y vas muy lejos. Quédate. Yo me duermo en la sala.

Era Magda la que estaba en silencio ahora. Las lágrimas y las palabras rondaban en el aire como los pétalos caídos de una flor en otoño.

— No, Abel. Tu cama huele a ti, a tu cuerpo. No podría soportarlo.

— Magda, no quiero que te pase nada —se sentó junta ella, la tomó de la cabeza y la empujó hacia su pecho—. Al menos, quédate esta noche. Por favor. Se quedaron en la mesa de la cocina, iluminados por la luz amarilla que caía del foco con unas sombras pesadas colgadas de sus ojos y sus hombros.

A la mañana siguiente, Magda se fue sin hacer ruido, le lanzó un beso a Abel desde la puerta y, cuando el sol salió, Magda ya no estaba en la casa y Abel despertó en la completa soledad.

Abel yacía tendido en su cama con los brazos y las piernas abiertas mirando hacia el techo en total abatimiento y desconcierto. Se quedó recostado un rato porque creyó que lloraría. Estaba seguro, en cualquier momento, una lágrima caería y él la recibiría abatido y con el corazón roto en su cama, pero no fue así. No cayó ninguna lágrima, ni siquiera un suspiro. Nada. Se quedó allí tendido, palpando su soledad, pensativo.

Más tarde se levantó sin pronunciar palabra, escuchando el ruido de sus pies golpeando el suelo, de la ropa haciendo fricción contra su cuerpo, resbalándose para acomodarse sobre sus hombros. Todo sin hacer el menor ruido. Y en-

tonces, alcanzó a percibir algo inesperado, algo que casi lo dobla de rodillas. Era el tenue aroma de Magda. Un rastro con aroma a flores y una nota dulce a punto de desaparecer entre el aire menos perfumado, menos colorido de su casa. Sintió entonces como aquel rastro ya casi imperceptible se le clavaba en el corazón con todos los recuerdos y la noche anterior. La sonrisa de Magda, las manos de Magda, el cabello dorado de Magda, sus ojos rutilantes, sus senos pequeños, sus nalgas abundantes, sus mejillas rotundas y chapeteadas, su manera de decir “¡Buenos días!”. Magda delante del espejo arreglándose, poniéndose rímel, pintándose los labios. Su sonrisa al comer sushi, el calor de su cabeza recargada contra su pecho, la ligereza de sus brazos rodeándolo y, al fin, a Magda resistiendo las lágrimas, combatiendo el sobresalto y el melodrama ayer en la noche. Por fin, una sensación extraña le revolvió el estómago a Abel y una melancolía increíble se le abultó en la garganta, enmudeciéndolo un rato, acompañado de un temblor estrepitoso que se anidó en sus rodillas. Suspiró.

— ¡Ay, güey! — desdoblándose, se miró en el espejo. Algo tibio, sí, tan cálido como la gentil caricia de Magda resbaló por las mejillas de Abel. Se limpió el rostro con la mano en silencio y terminó de irse.

— Traigo barbacoa, jefa.

— ¡Qué cara, mijo! ¿Te desvelaste? — exclamó al abrir la puerta.

— Un poquito. Es cansancio, más que nada.

— ¡Válgame Dios! — pronunció con más entusiasmo por la barbacoa que preocupación.

— Oiga, amá, ¿es cierto que Huguito nos asustaba?

La mujer inspeccionó los tacos con recelo.

— Pásame la verdura.

— Es que el otro día soñé con que Huguito me espantaba y Paulina me dijo que sí lo hacía, que tenía muchos fantasmas con los que nos asustaba a todos.

— ¡Ay! ¡Ja, ja, ja! ¡Sí, claro! — dejó escapar otra risita —, pero eran unos niños. Así jugaban. Él decía que en la noche escuchaba a una mujer llorar y que pasaba flotando por el patio; tu tía Chofi era igual de creyente en esas cosas. Decía que sentía presencias en la casa. De ahí lo ha de haber sacado él. Incluso se le quedó la maña cuando creció; siempre nos contaba que vio tal o cual cosa en la casa, o que oía ruidos cuando estaba solo, pero pura imaginación, hombre.

— Pero está raro, ¿no? Capaz y la casa de mi tía si estaba embrujada y por eso se fueron así de la noche a la mañana.

— ¡Ay, Abel Eduardo! ¡No seas ridículo! ¡Eso no existe! — se persignó —. Eran puros cuentos de este niño para asustarlos, ¿qué andas haciendo caso?

— ¡Uno nunca sabe, oiga! Le digo, capaz y por eso salieron como alma que lleva el diablo de ahí.

— ¡Ni digas, ni digas! ¡Que la boca se te haga chicharrón! — volvió a santiguarse con el taco en la mano y después de tragar, rezó dos Aves María y un Padre Nuestro.

— Oiga, amá, estaba pensando... — hizo una pausa —, ¿no se acuerda de un tal Rubén?

— El compadre de tu tío. Muy amigo de la familia. Sí, ¿qué tiene?

— Pues... — dudó unos segundos, ni siquiera él tenía un motivo certero —. Quiero hablar con él.

Su madre lo miró incrédula antes de levantarse de la mesa:

— Ay mijo — suspiró exasperada. Abel la observó medio fastidiado.

— ¿Qué? — espetó sin aspavientos con el enfado matizando su voz.

—No. Nada. Perdón. ¡Qué genio! A lo mejor tu tía Mitzy te puede ayudar. Ella aún sigue en contacto con el compadre de tu tío.

De repente, Abel recordó a Magda y sintió al recuerdo partirlo en dos. La memoria súbita de Magda cayó como un hachazo violento sobre su cuerpo.

—Mamá... —su madre mordía otro taco, pero se alarmó al oír la voz melancólica de Abel.

—¿Qué pasó, mijo? —Abel permaneció con la boca cerrada, mirándola. Ella esperó la revelación con los ojos fijos en él hasta que un seseo voluminoso los interrumpió.

—¡Ay! El agua —la mujer se levantó alarmada a apagar la estufa.

Abel parpadeó como para despertar de su trance con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—Ya me voy, oiga. Tengo que hacer unos pendientes.

La madre de Abel vertió el agua caliente en la taza, luego empezó a guardar los trastes secos en las gavetas; la mujer alzaba sus brazos menudos, sin hablar, abriendo y cerrando las puertas. Abel la miró silencioso dejando volver el recuerdo de Magda de la noche anterior.

—Bueno, deje me despido —se acercó a besar a su madre y aspiró el aroma dulce de su perfume mezclado con el olor del cigarro—. Nos vemos otro día.

—Adiós, mijo.

Abel llegó a aquel lote baldío. Entornó los ojos, cabizbajo. Ya anochecía. Barrió con la mirada la maleza crecida, los muros caídos, el techo perdido en la oscuridad de la noche empapada del canto de los grillos. Nada. Un auto tras otro cruzaba la calle con sus luces, fugaces. Nada de nuevo. Sólo los escombros mudos lamentándose su abandono. Nada quedaba en ellos de la vitalidad bulliciosa de las fiestas, ni siquiera el eco de alguna melodía apagada durmiendo en los muros.

—No apareció —balbuceó decepcionado—. No existe ninguna mujer de blanco.

Abel volvió a su casa. El saber que Magda estaba lejos, en la suya, lo hizo sentir desamparado.

—Ella tampoco... —declaró en el silencio abrumador de su habitación a media luz. Una vez más, la mueca descarnada apareció en la negritud de sus párpados junto con Huguito bajando el apagador de la luz. Abel hizo lo mismo, pero esta vez, los recuerdos aparecieron en una procesión extraña y desordenada con un denominador común: Hugo y su silencio, su mirada extraviada en la luz de la pantalla, enajenado. Aquella imagen heroica de antes, le pareció triste de pronto. La música amortiguada por la puerta, las voces sordas, las risas difusas y borrosas filtrándose por el quicio y él ahí, en aquella habitación cerrada, aislado de la vida. Inmerso en un mundo inasible e inaccesible.

Cerró los ojos despacio con sus pestañas selladas por el silencio como bisagras ligeras. Deseó que Magda estuviera ahí a su lado, con su respiración apacible llenando la habitación. Abel extendió el brazo y jaló la almohada hacia él. Al amanecer, seguía solo, imaginando que Magda había estado ahí, luego se fue.

—Tía, ¡buenos días! ¿Cómo está? —esperó unos segundos—. ¡Qué bueno! ¡Bien también! Oiga, le llamo para preguntarle por el compadre de mi tío.

Hubo otro silencio breve.

—¡Qué bueno! ¡Sí, claro! ¡Perfecto! ¡Aquí lo anoto! ¡Muchas gracias! ¡Nos vemos!

Discó otro número:

—¿Don Rubén? —un hilo de voz aguardentoso se desprendió de la bocina—. Soy Abel, sobrino del tío Chava. Le pedí su teléfono a mi tía Mitzy porque quiero preguntarle algo, ¿tiene tiempo?

Abel miró de reojo a sus alrededores, el palacio de gobierno, la plaza de armas atestada de gente enjuta, de sonrisas, de gente desplazándose por ahí con sus rumores aturridos por los sonidos del día.

— Por supuesto, sí, mañana está bien. Sin problema. Án dele, sí. Muchas gracias. Adiós.

Antes de entrar a su oficina, Abel vio de reojo el paraninfo universitario pensando quién sabe qué. Revisó su celular. No había mensajes. Nada.

El calor descendió vertical, en largos tallos de luz que, al caer, parecían sembrar fuego en el suelo de la ciudad. Abel huyó a su recinto y no salió hasta el anochecer.

IX

Al llegar a casa, las luces estaban encendidas, expeliendo su aliento fluorescente hacia la noche. Abel reculó unos instantes.

— ¡Ah, cabrón! — se detuvo en el portón, pensativo—. Tengo que fijarme. Otra vez se me olvidó apagarlas... — se dijo a sí mismo sin creerlo del todo. La noche afuera parecía más pronunciada ante la luz cegadora que irradiaba desde el interior de la casa. El hecho de que el color de la luz fuera tan amarillo, hacía que la noche se volviera más tétrica por algún motivo. Las hojas se arrastraron tras Abel, quien, entonces, se apresuró a abrir la reja y entrar a su casa. Silencio. Desde la entrada hasta su habitación un mismo hálito de silencio permeando el suelo, los muebles, incluso el mismo aire. Abel pisó con cuidado, como intentando no molestar a lo que sea que fuera que descansara dentro de ese silencio grávido y espectral que, por capricho, tomó posesión de su hogar. El reflejo de su habitación en el televisor apagado lo paralizó en el umbral de su cuarto. Abel entornó los ojos y examinó con escrutinio el tenue reflejo como buscando algo

sin desear encontrarlo. El silencio se volvía más espeluznante, más espeso, preñado de una tensión que le pesaba en los hombros. Crecía, sí, el silencio crecía como un globo de agua y él podía intuir que le estallaría en la cara si dejaba de mirar la pantalla apagada. Entonces, en el reflejo de la televisión, le pareció ver a alguien atrás de él. El sonido del reloj que antes le pasó desapercibido, ahora caía con fuerza atroz. Abel “creyó” ver a alguien, no, no a alguien, porque él reconoció a esa silueta difusa atrás de él. Tocó la perilla de la puerta, dio un paso atrás. La silueta en la televisión sonreía. Sí, Abel tardó unos instantes en aceptarlo. Su respiración agitada se intercalaba con el punzante golpe de las manecillas en el silencio espeluznante de la casa. “Eso” lo veía, estaba atrás de él. Abel no quiso voltear. Con la perilla en la mano no sabía si echarse a correr o cerrar la puerta. Sólo estaban él, esa sonrisa en el reflejo de la tele, y el silencio acunando el golpeteo intenso de las manecillas. Allá afuera no había luz y, si salía, sabía que no volvería a entrar, no al menos esa noche. Examinó con minucia el reflejo para asegurarse que no era el perchero jugándole otra mala pasada. No fue así. El perchero ni siquiera estaba a la vista. La respiración agitada de Abel se volvió mucho más rápida y vertiginosa. Quitó la vista por unos momentos del televisor y cuando volvió a él, la silueta ya no estaba, pero Abel oyó como unos pasos de alguien corriendo que venían hacia él. Entonces, cerró la puerta de golpe y se deslizó hasta el suelo. Inspeccionó el cuarto asomado al resquicio de la puerta. De un lado estaban él y la cama y la televisión apagada y su mesita de noche con la foto, del otro, el resto de su casa con aquella silueta brumosa difuminándose en las sombras. Echó el seguro a la puerta de su cuarto, al voltear, el rostro taciturno de Hugo en la foto lo sobresaltó. Allá en la cocina, el reloj seguía su marcha y el refrigerador zumbaba a intervalos imprecisos.

— ¡Putá madre! No cerré con llave — balbuceó pensando en lo que podría pasarle si tan sólo esa noche no echaba llave al barandal y la puerta de entrada.

Inhaló profundamente:

— ¡Ten huevos, Abel Eduardo! Namás te estás sugestionando — exhaló y se aferró a la perilla temblando. Inhaló de nuevo, por fin, al cabo de un rato, se atrevió a abrir un poco la puerta para asomarse al exterior de su cuarto. Todo estaba en orden, todo detenido en ese silencio inquietante que traen consigo las noches de otoño cuando el frío empieza a llegar y el viento arrecia arrastrando las hojas que suenan, más bien, como murmullos del más allá.

— Ahorita voy y cierro. Mejor me espero un ratito — volteó hacia la foto asegurándose que Hugo siguiera ahí con la misma expresión sobria de siempre. Y sí, en efecto, el retrato estaba intacto, en el mismo estado deplorable. Abel suspiró aliviado, sin embargo, el silencio le seguía poniendo los nervios de punta. Oír nada más el andar del reloj por su casa exacerbaba esa sensación de incomodidad, ese no sentirse solo ni siquiera encerrado en su habitación.

— Tengo que salir en algún momento... — dijo al cabo de un rato. Encendió la televisión. Se aseguró de poner algo inocuo y abrió la puerta. Todo en su casa estaba igual que cuando llegó. Pero la casa vacía tan intacta, tan callada e iluminada, no hizo sino exacerbar su nerviosismo. Salió con un paso al que poco le faltaba para convertirse en trote. Cerró el barandal con llave. Oía la televisión desde su cuarto. Las voces de la televisión le dieron un falso sentido de compañía que lo tranquilizó. Luego echó llave a la puerta de adentro. Seguía confiado oyendo lo que sea que estaba en la tele, no le importaba hasta que se percató de algo. El volumen era alto. Tan alto que hasta pudo escucharlo afuera. Tan alto que las voces empezaron a distorsionarse. Desde la puerta de la entrada de su casa, Abel pudo ver una sombra alzarse

de la nada e incorporarse repentina en su cuarto. Otra vez estaba el ruido del reloj acompañándolo en esa casa iluminada que, sin embargo, se le hizo oscura y sombría.

La sombra sonrió y, una vez incorporada, empezó a avanzar hacia él. Abel arañó la puerta unos segundos mientras veía aquella sombra acercarse sin hacer el menor ruido.

—¡N-no! ¡Vete a la chingada! —y aunque quería dejar de verla, no podía dejar de mirar como esa sombra se acercaba más y más—. ¡Ah! —lanzó un alarido y entonces, despertó en medio de la completa oscuridad de la noche en su cama. Volvió a acostarse de inmediato. Se tapó de pies a cabeza con las cobijas y apretó los ojos. A lo lejos, las manecillas del reloj marcaban el paso del tiempo con firmeza. No quiso saber si aquello había sido solo un sueño o no. Sacó la mano de la cobija y con el tacto buscó el celular.

—Las cinco —apretó más las cobijas.

Las movió a modo de que quedaran bajo sus pies y ninguna parte de su cuerpo quedara fuera. Hecho bola, abrió un pequeño hueco para dejar salir el aire caliente y respirar. Oyó el reloj retumbando por toda la casa. Volvió a quedarse dormido hasta que su alarma lo despertó. Abel se asomó primero por debajo de las cobijas al cuarto a semi iluminado, emergió de ellas como un insecto abandonando su crisálida: primero sacó un brazo, luego el otro, después los pies, se destapó de golpe y brincó al baño. Otra vez, todo silencio, pero ahora era un silencio distinto, de calma y quietud antes del bullicio despampanante de la rutina, ese último remanso de paz antes de hacerle frente a la vida en la ciudad, a los autos, a la prisa, a todo ese intersticio antes de volver a la tensa calma de la oficina con su propia sinfonía de sonidos peculiares. Inhaló y exhaló con tranquilidad.

—Fue un mal sueño, nada más. Pura sugestión. —volteó a ver la foto por el rabillo del ojo. Siempre, por algún mo-

tivo, el rostro de Hugo lo invitaba a mirarlo de primero y último. Ese rostro parco le parecía cautivador.

—Hernández, buenos días.

“¡Buenos días!” dijo, disimulando el recorrido que hizo con sus ojos a los senos de aquella mujer frondosa. Abel había respondido con un hilo de voz tenue, casi transparente, mecánico y tecleó con rapidez algo. La mujer lo miró a través de sus lentes, nítido, su cuerpo enjuto y delgado se definió en los contornos rugosos de la silenciosa oficina; la mujer se retiró sin esgrimir palabra alguna. La suave luz del sol de mediodía se convirtió sin aviso en el resplandor fulgurante del ocaso que matizaba de colores dorados todos los recovecos de la ciudad como si Chihuahua entera estuviera envuelta en un sueño de fuego.

Salió; los pasos de Abel eran livianos, anecoicos, frágiles y pesados a la vez.

—¡Don Rubén! —alzó la mano llamando a alguien a lo lejos. Un hombre de piel rugosa respondió su saludo asintiendo.

—Tú debes ser Abel —los ojos grises del anciano anticipaban un dolor inenarrable.

—Ese mero.

—Ofréceme un cafecito y un pan dulce.

Abel abrió una bolsa que traía en su mano para mostrar su contenido. Don Rubén alargó la mano, hurgó la bolsa empujando el aire caliente y dulce hacia afuera. Abel observó desinteresado el movimiento torpe y lento del anciano mientras ponía una taza de café humeante frente a él.

—¡Ah! ¡Pero qué rico! —el gesto apacible del anciano perturbó a Abel de manera casi imperceptible—. ¡Estos le gustaban mucho a mi compadre! —afirmó apretando el pan para sentir su miga esponjosa rebotar en sus dedos.

—¿Cómo está, Don Rubén? Disculpe que lo haya llamado...

El viejo empujó la mano, partió el pan tibio al tacto, lo remojó, dio un sorbo largo, ruidoso, hasta perturbador e interrumpió a Abel.

— No, no, ¿qué pues, carnal? ¿Para que soy bueno?

— Pues, vera... — Abel izó la mirada hacia el anciano delineado por el sol terco del ocaso —. Quiero saber sobre mis tíos, sobre la familia...

— ¿Qué quiere saber? — lo miró por debajo de los lentes.

— Mis tíos — explicó con rapidez porque sus preguntas ya estaban listas desde mucho antes de encontrarse —, ¿cómo eran ellos? ¿Es cierto que mi tío golpeaba a mi tía? — sintió un resentimiento feroz untarse en sus preguntas compactas.

Otra vez otro sorbo largo, vacilando entre ser respuesta y evasiva se deslizó en la luz cada vez más tenue del día.

— ¡Ah chinga! Me agarró desprevenido — mordió el pan —. Mire, mijo, la verdad es que sus tíos tenían una relación... complicada.

— Pero yo recuerdo que mi tía era un amor. Siempre nos recibía con una sonrisa y no hallaban ni qué darnos — respondió desesperado.

— Sí, sí, su tía era una mujer muy alegre y bondadosa, pero con tu tío y su familia era otro rollo.

— ¿Qué?

— Sí — la mirada del anciano le pareció a Abel epifánica, su voz, un “sí” hermético a punto de destruir la bóveda de silencio en la que habían guardado el pasado de aquella familia —, tu tía era muy buena, pero ella y tu tío siempre estaban de pleito; que porque la mamá de tu tío esto, que porque tu tío aquello. Varias veces lo acusó de andar de cabrón, mientras ella estaba alcoholizada y a tus primos les tocaba ver todo. Tu tío no sabía qué hacer, se desesperaba; tu tía le decía que era un maricón, poco hombre y le echaba una sarta de barbaridades sobre su familia y todavía le decía que no quería a tus otros primos. Tu tío me decía que Huguito

siempre salía a defender a su mamá. Se peleaban por cualquier cosa, había veces que tu tía se desaparecía hasta tres días y llegaba borracha haciéndosela de tos a tu tío.

— ¿Y mis primos veían todo eso?

Don Rubén asintió rasgando aquel fino velo de fantasía que tenía sobre su tía y aquellas fiestas que en su memoria eran tan luminosas, tan alegres y esa soledad recalcitrante en la que pensaba cada vez que pensaba en Hugo.

— Varias veces me contó tu tío que se iba con los niños en la madrugada porque tu tía se ponía incontrolable. Rompía los vasos, le aventaba cosas a tu tío, aunque Huguito durmiera ahí.

— ¿Y por qué dormía Huguito ahí?

— Miedo — contestó sin tapujos. “Miedo” y la palabra era un dardo envenenado, una bala detonando en un cristal.

— Tu tío me platicaba que Hugo decía que oía a una mujer llorar en las noches, que le decía que las paredes hablaban y oía sus gritos, que a veces escuchaba golpes y que se despertaba llorando.

Abel no encontró las palabras adecuadas para expresar su quebranto. La imagen de las fiestas luminosas, radiantes, acababa de ser aniquilada, por aquella revelación. ¿Qué ocurriría después de irse? Él apenas se enteraba. El viejo remojó el pan en el café otra vez, la lentitud de sus movimientos era exasperante. El café volvía en gotas a su taza.

— ¿Usted... sabe qué pasó con ellos?

— Nadie lo sabe: “Un 25 de diciembre desaparecieron sin dejar rastro”, eso fue lo que me dijo tu tía

— Mi mamá piensa que mi tío los desapareció a todos y que él sigue con vida.

— No creo, mi chavo. Tu tío, a pesar de todo, amaba a tu tía y a sus hijos. Siempre vio por ellos.

— Pero mi mamá...

— Tu mamá odiaba a tu tío, todavía, al parecer.

— ¿Por qué?

— Pues porque es normal odiar a quien daña lo que uno ama. Dudo que tu tía supiera lo que tu tía Sofía hacía, pero, creo que, aunque lo supiera, lo odiaría igual.

— ¿Y usted?

— Yo los quería mucho a todos. A tus primos, a tu tía y a tu tío.

— Oiga — Abel bebió el café tibio — . ¿Mi tío sí fue infiel?

La piel inscrita por los años del anciano se estiró; de sus labios emergió una voz tenue, apenada que respondió “Sí”. El mundo de Abel giró; la luz borbotaba en espirales inconmensurables, oníricas. Su mirada frágil y vencida descendió mucho más de lo que él pensó; la familia que él creía recordar sólo existía en su memoria; las risas, el amor, todo lo ameno y bello se transformó, de súbito en un mundo borroso, ilustrado por la nostalgia.

— ¿Y mis otros primos? ¿Qué hacían? ¿Qué? — el halito de exaltación enhiesta en la voz de Abelapuró al anciano a beber.

— Pus’ le digo, mijo, eran una familia complicada. Adrián era todo un caso: rebelde hasta la médula, les dio muchos problemas a tus tíos. Ellos siempre se peleaban con él, incluso llegaban a los golpes; les salió comunista y ateo, y tu prima se fue distanciando de ellos. Huguito era el mejor portado, pero les salió “muñeca torcida”, según lo que me contó tu tío. Cuando peleaban, tus primos ya no estaban ahí. Nada más quedaba Hugo, pero Adrián de todos modos les causaba más problemas — suspiró.

— ¡Entonces sí fue una desaparición del gobierno!

El anciano negó con su cabeza:

— No creo, mi chavo, aunque el comunismo todavía era problema para el gobierno, después del 68, le bajaron un buen. Quién sabe si Adriancito andaría metido en algo, pero

lo dudo. Después de *eso* le bajó un montón a sus ínfulas de juventud.

— Entonces, ¿qué pasó en esa nochebuena?

— No lo sé. Yo me enteré de todo, meses después; cuando fui a la casa, ya ni casa había.

Abel oyó perplejo imaginando la casa.

— ¡Espere! ¿Hugo era... ya sabe?

Don Rubén asintió.

— ¿Y mis tíos qué dijeron?

— No, ¿pues qué iban a decir? Nomás se hicieron los locos y nunca lo mencionaron. Les dolió mucho, eso sí, pero con que no tocaran el tema, estaba todo en orden.

Ambos reposaron en silencio; de pronto, una cortina como de ónix, negra, reluciente y opaca escondió el cielo azul y el viento cálido de Chihuahua, remplazándolos con el trino crujiente de los grillos y unas luces que apenas si delataban las siluetas de la gente caminando. Al cabo de un rato, después de que el pan se acabó y el café estaba frío y ya no quedaba nada más de que hablar Rubén miró a Abel a los ojos:

— ¡Bueno! — dijo don Rubén esforzado, levantándose —. Ya me tengo que ir. Antes de que se me haga más noche.

— ¡Claro! — respondió Abel distraído y tendió su mano abierta.

Don Rubén estrechó con fuerza la mano de Abel y se dio la media vuelta.

— ¡Don Rubén! Le agradezco mucho — alzó la voz Abel; el anciano no terminó de girarse cuando escuchó las palabras de Abel atravesar el aire nocturno:

— ¿Cree usted que hayan sido felices?

El anciano sonrió y se fue sin decir nada.

Más tarde, ese día, Abel volvió a la casa abandonada con aquella historia ajena en su cabeza. Su tía, su tío, sus primos, todos desplazándose en silencio por los cuartos iluminados,

como en una película muda; él mirando aquellas siluetas enormes moverse sigilosas, borrosas en aquel silencio que lo cubre todo con su neblina soñolienta. Recostado en el colchón enorme, ampliado por su soledad, pensó: “No puedo más” y pensó en las manos frías y tersas como de porcelana de Magda y las lágrimas acudieron de inmediato al llamado de su recuerdo. Pero no sólo era el llanto, también sintió su pene levantándose hasta convertirse en una punta dura y viscosa, aunque de repente, ya no pensaba en Magda, sino que recordó la cadencia suntuosa de la secretaria dejando papeles, su voz sedosa y áspera acariciando sus oídos con sensualidad. Su pene era una vela izada contraída en un ensueño erótico. Volvió a Magda, sin más, vislumbró su cuerpo rotundo, sus brazos delgados rozando con ternura el suyo, cayendo ingrátidos, sus senos derramándose sobre su pecho. Abel dio unos suspiros cortos, como martilleo, se levantó; la luz amarilla del baño le pareció grotesca, irrisoria, esperó unos segundos, y unos hilos transparentes, espesos, cayeron de su pene baboso, luego, un chorro de orina. Abel pensaba, se sintió fuera de sí, raptado, habitado por una historia que no era la suya.

X

Esa noche, Abel volvió a los escombros; volvió a sumergirse en el silencio hermético de las piedras esparcidas por el suelo, en aquella canción cargada de nostalgia de las briznas de pasto que cantaban alumbradas por la luz tierna de la luna. Lo miró todo otra vez. Esta vez, eran sólo eso: unos muros desgajándose en la noche, una luna iluminando el cielo, un pasto seco moviéndose al ritmo de una brisa tenue. No había fiesta, sino gritos imaginados, golpes, una suerte de escalofrío recorrió tumultuoso el cuerpo noctívago de Abel.

Aquel lugar ensombrecido por el silencio fue, en ese momento una lápida de piedra caliza; blanca, muda, una tumba vacía con sus cadáveres ausentes, unas fauces abiertas, mirando al cielo en paz, y él también se sintió en paz, con ganas de echarse adentro de esas fauces como fosas a dormir, a respirar, a vivir. De repente, el misterio de su familia lo abandonó por completo.

—Ellos ya no están aquí —suspiró y volvió a pensar en la risa estridente que escuchaba cuando las luces se apagaban en el cuarto de Huguito y el gritaba hasta las lágrimas. Su boca, un cañón abierto, disparando alaridos de horror, terror sucinto y verdadero en un agudo lamento. Río, río mirando al ver las ruinas desmoronándose frente a él más y más.

—Magda... —pronunció inadvertido. Levantó la vista iluminado por algo repentino—. Magda sabría que hacer... —dijo antes de dar media vuelta e irse con el entusiasmo renovado. No volvió a visitar a su madre durante todo ese mes. Abel optó por sumirse en la rutina de la vida cotidiana en ese entonces: del trabajo a la casa y una vez en la casa, comer y dormir; la cama destendida todo el tiempo, su habitación, la única luz encendida en toda la casa durante todo el día y toda la noche. En el trabajo, los papeles se apilaban como torres funestas proyectando su sombra sobre él todo el día.

—¿Hoy te quedas, Hernández? —preguntó la secretaria con sorna.

—A terminar pendientes —Abel respondió mirando de reojo los senos indicados por la curva delicada de su escote.

—¡Menos mal!

La mujer se retiró y los ojos de Abel se distrajeron en las nalgas rebotando dentro del vestido rojo, luego, volvió a los pilares de hojas frente a él.

Mientras llenaba los documentos, pensó en Magda, Magda aquí, en su firma, Magda allá, lejos de él, recluida en una ausencia muda que no daba lugar a dudas. Magda, Magda, entre las letras de los papeles encontraba su nombre como un crucigrama, Magda en diagonal, Magda en horizontal, todas las letras un crucigrama.

Miró la foto de la familia de su tía Sofía:

— Ella sabría, de seguro... — pronunció leyendo una licitación. Giró la página—. De seguro ella me hubiera dicho donde buscar. — Cambió de documento y lo examinó con pereza. Tomó su celular no queriendo mirar un nombre, pero deseando encontrar un número que correría el telón de una voz anhelada.

— Mañana la llamo... ya es tarde. Se va a preocupar. Magda... — susurró antes de quedarse dormido al llegar a casa.



— Magda... yo... — ensayó nervioso frente al espejo en la mañana. Pasó una semana ya desde que la idea echara raíces en su mente.

— Magda — pronunciar ese nombre puso sus manos a temblar. En la oficina, ni siquiera el rotundo escote de la secretaria podía distraerlo de pensar en ella.

— Magda — la llamó al fin. La voz ecuánime de la mujer se ablandó por unos instantes—. Magda... — exclamó despacio, como si levantar la voz fuera a despertarlos de un sueño—. ¡Bien, bien! ¿Y tú? — esperó—. ¡Qué bueno! ¡Me alegro!

Y de la nada ambos se quedaron sin palabras, tal y como antes.

— Huguito era joto. Mis tíos lo sabían. Me he enterado de muchas cosas — espetó Abel trémulo, casi enredando las palabras antes de que salieran de su boca.

La risa de Magda se escuchó por fuera de la bocina y Abel también se echó a reír:

— ¡Te extraño! ¡Me siento perdido sin ti! Necesito tu ayuda, Magda.

Nada. Ni un atisbo de alivio; ni una negación que acabase con la incertidumbre.

— ¡No es eso! ¡Te extraño! ¡En verdad que sí! ¡Por favor! ¡Tenemos que hablarlo, Magda!

La imagen del rostro suplicante de Abel pareció proyectarse en los pensamientos de Magda.

— ¡Sí! ¡Sí puedo! ¡Sí, está bien a esa hora! — profirió solícito — . ¡Bye!

Dieron las ocho de la noche. Abel estaba sentado en el balcón de la Cervecería Bolívar, mirando a la gente pasear a sus perros en el parque Lerdo y al *Bowi* pasar de cuando en cuando cada vez más vacío conforme el cielo de obsidiana reluciente esmaltaba el día.

Bebió oteando la calle, ansioso. Magda llegó a las nueve con un semblante firme, inexpresivo, pero que no dejaba la amabilidad de lado.

— ¡Buenas noches! — lo saludó sucinta pero cordial.

— ¡Ei! — la vio sentarse; recorrió aquel cuerpo suave al tacto con sus ojos. Ella le devolvió la mirada, indiferente.

— ¡Qué guapa te ves hoy!

El rostro pétreo pareció dudar unos instantes y suavizarse.

— Gracias — su voz, un dardo veloz y tajante. El mesero se acercó, lo que provocó una sonrisa cortés en la mujer que, acompañada de este gesto, ablandó su voz para pedir una cerveza oscura. El torrencial balbuceo del interior los rodeó.

— ¿Cómo has estado? — se apresuró Abel a preguntar.

— Bien, gracias, ¿y tú? Te veo ojeroso.

— He tenido mucho trabajo y mucho en qué pensar.

Otra vez, las conversaciones de los demás los rodearon sin tregua ni cuartel.

—Lo de tu familia —señaló Magda apurando un trago casi riendo.

—Tú —respondió de inmediato. Abel estaba absorto contemplando a Magda.

Magda apoyó su rostro contra sus hombros desnudos, bruñidos por la escarcha que desprendía la luna. Abel notó un tenue rubor en sus mejillas blancas como la sal.

—¿Qué pasó con tu familia entonces?

—Pues... —y no pudo continuar atrapado ante la mirada reluciente de la mujer delante de él, ante ese perfil de acero pulido que lo miraba con el más entero disimulo.

—¿Cómo está eso de que tu primo era gay?

—Pues sí. En lo que anduve investigando, para empezar, me enteré de que mis tíos tenían una relación muy tóxica y que a mis primos les tocó ver sus pleitos y esas mamadas.

Magda bebió despacio, sin quitar la mirada de Abel.

—Además de eso, resulta que mi primo más grande sí era comunista y para acabarla de fregar, ateo, que mi prima no tenía muy buena relación con mis tíos y al parecer “el problemita” de lo de Hugo era un secreto a voces en la familia del que nadie hablaba.

—Fichitas —señaló Magda con sorna—, pero bueno, todas las familias mexicanas parecen estar unidas, más por el silencio que por el amor.

Ahora era Abel quien bebía atento a las palabras de ella.

—¿Y de sus desapariciones?

Abel sacudió la cabeza.

—Ya veo.

—El amigo de mi tío con el que hablé, dice que a él le avisaron hasta un mes después y que encontró la casa como está ahorita.

—¿Y tu mamá qué te dijo?

—Nada. No he querido hablar con ella sobre eso.

—¿Por lo de Hugo?

Asintió bebiendo.

— ¿Y en qué querías que te ayudara yo? No entiendo.

— Tú eres lista, Magda...

— ¡Ah! ¿Quieres ideas? —interrumpió. Abel le sonrió complacido.

— Hm... ¿crees que alguno de tus primos tuviera pareja en ese momento?

— ¡No mames! ¿Ves? ¡Eres un genio! ¡A mí no se me ocurrió pensar en eso!

— Pues no, mi amor, siempre tienes la cabeza metida en tu culo, obvio no se te iba a ocurrir eso

— Magda estiró la mano y acarició la mejilla rasposa de Abel. Él tomó la mano entre la suya:

— Magda... yo...

— No digas nada, Abel. Aún es muy pronto.

— ¡Quiero cambiar! ¡Te lo prometo!

Pero ella esbozó una sonrisa atenuada:

— Abel —declaró y sus ojos se llenaron de lágrimas—. .

Basta

Luego intentó replegar su mano, pero Abel se ciñó a ella con tiernas fuerzas.

— Ya vine a hacer lo que me pediste, ¿no?

Sus pestañas se llenaron de un rocío salado.

— ¿Me permites? Tengo que ir al baño.

Abel se hundió en el burbujeante líquido ámbar siguiendo de reojo los pasos rítmicos de Magda. Entornó los ojos, concentrado en algún pensamiento vagando en su mente. Al volver, el maquillaje de Magda estaba intacto, ni una mancha de rímel arañando su perfecto rostro nacarado, ni el rastro de unas palabras agrietadas. Ella le sonrió. Dijeron algo con el corazón que nadie escuchó, ni siquiera ellos, pero sus rostros cambiaron de expresión.

El ceño de Abel cambió; primero se frunció con tristeza, luego, sus ojos se nublaron de remordimiento hasta que sus labios esgrimieron una sonrisa agri dulce de resignación.

—Entonces, ¿tú sugieres que busque alguna pareja de mis primos para ver si sabe algo?

—Así es. Tu familia quiere guardar el secreto de aquella noche, tal vez, incluso, ya lo hayan olvidado y acabaran por creer que la historia que han repetido por tanto tiempo es la historia verdadera del suceso. ¿No has comenzado a unir las pistas tú?

—Para nada. No le encuentro sentido: primero decían que mi tío desapareció por irse con una amante, ahora sale este don con que mi tía era una culera. No entiendo qué los motivó.

—Tal vez no fue ninguno de ellos.

—El gobierno tampoco. Entonces, ¿quién?

—Tus primos —declaró Magda tan tajante como una oz. Un chispazo brilló en la mirada de Abel.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Según lo que me dijiste, ninguno tenía buena relación con sus papás, quizá entre ellos tampoco. No sé, me suena posible. Lo único que sé, es que tu familia ha desaparecido a los desaparecidos y de eso, sólo tú quieres salvarlos.

Ambos guardaron silencio y miraron hacia el parque Lerdo con sus luces anaranjadas fulgurando como antorchas; el parque era un jardín de fuego ardiendo donde los transeúntes llegaban a perderse en sus oscuras entrañas.

—Bueno —se levantó del banquillo—. Un gusto verte, Abel. Es todo —dispuso el banquillo de patas largas en la mesa. Abel no se atrevió a mirarla, se conformó con sentir el sedoso roce de su mano y con escuchar el chasquido de su cadena alejarse.

— Llámame cuando hayas resuelto todo esto. Quiero saber en qué acabó — arrojó un carnos beso al aire que no acabó de besar a su destinatario. Abel no respondió nada, mientras Magda se internaba en el claroscuro de aquella noche iluminada por las luces. Antes de que ella desapareciera por completo, él también se fue.

XI

Cuando despiertes y te enteres de lo ocurrido, probablemente me juzgarás, quizás me odies, a lo mejor, hasta llegues a culparte. Hagas lo que hagas, quiero que sepas que aquí yace la verdad. La única y absoluta verdad.

Nadie, además de nosotros dos, sabremos lo que pasó en realidad. No quedarán ni rastro de los cimientos, todo lo habrá arrasado el peso endeble del fuego, todo lo habrá borrado la marea de llamas con su gravedad luminosa. Solo quedará el silencio de la incertidumbre para el mundo.

A ti que estás leyendo esto, confío la verdad. A ti confío nuestros últimos momentos en los que simplemente nos desvanecemos un día sin dejar huella, ni rostro, ni voz. Nada, ni siquiera una sombra.

A ti que estás leyendo esto, confío la verdad. A ti confío los acontecimientos de aquella noche, los últimos latidos de mi corazón, todo lo demás es mentira, todo lo demás será ficción. A ti, mi más íntimo confidente, entrego mi corazón. He aquí la verdad.

Cuando estés leyendo esto, yo ya estaré muerto y no quedarán rastros de que alguna vez existí. No quedarán ni el fuego de nuestras pasiones, ni el humo de nuestras vidas, ni siquiera el testimonio de nuestros cuerpos ardiendo como brasas con nuestras chispas girando en el vacío.

Nadie será capaz de encontrar nuestras cenizas surcando los cielos. Vivimos como muchos, morimos como uno. En-

tre estas páginas está la verdad, la única verdad que valga como cierta, como verosímil, si existen otras verdades, no las creas, no habrá otra historia que no sea esta. No habrá otra vereda al fin de nuestras vidas sino esta única envuelta en llamas; la verdad anunciada en el estallido de esta sangre, del fin de este apellido estéril con el que he decidido terminar hoy.

Nada quedará impune, ni siquiera las letras angustiosas de este diario.

Sólo quedarán los rastros de nuestra expiación en este testimonio.

A ti, que estás leyendo esto, te imploro nos dejes dormir tranquilos en la lluvia que barre en silencio el fuego de nuestra muerte. No nos despierten, nunca, nunca más.

Dos de octubre de 1986

Hoy mis papás se pelearon con mi hermano otra vez, que porque era comunista. No entiendo que es eso, pero debe ser muy malo. Mi papá y él se pelearon a golpes y lo corrió a patadas de la casa. Mi mamá le gritó que no lo quería, que lo odia. La policía vino.

Yo tenía miedo. Las mamás no odian a sus hijos, ¿verdad? Tenía miedo de que se llevaran a mi papá, ¿por qué mi hermano es comunista? ¿Qué no ve que destruye a la familia? Mi papá me dijo que él no era mi hermano, que no era su hijo, pero yo no le creo, se supone que los hijos son de los papás con quien viven ¿no?

Él y mamá pelearon todo el día. En la noche, la mujer de blanco se apareció; la escuché llorar mientras recorría toda la casa, mi casa. Le grité a mi papá porque estaba muy asustado. Mamá y él me llevaron a dormir a sus camas. Éramos una familia feliz. La mujer de blanco se calló y pude dormir.

Veintidós de noviembre de 1986

Mi hermana también se fue. Se fue porque mi papá la pateó. Tengo prohibido verlos, pero el otro día los vi con mi mamá, pero es un secreto. Mi papá no puede saberlo. Es un secreto de mi mamá y mío. Ya casi no oigo a la mujer de blanco llorar. Sólo a veces, cuando me desvelo jugando al Nintendo. A veces escucho como las paredes gritan, oigo que alguien le pega a la pared; es más, veces oigo a mis papás pelear, luego me asomo por mi puerta y escucho roncar a mi papá, pero cuando me acuesto, otra vez se oye como si fueran ellos discutiendo. Las paredes me hablan como si fueran ellos.

Veintisiete de noviembre de 1986

Hoy hubo fiesta en la casa, ¿qué no saben que mañana voy a la escuela? Mi mamá no se quería dormir y tenía la música muy fuerte. Fui a decirle que le bajara, pero me gritó que esta era su casa, que nadie le iba a dar órdenes aquí. Quiero dormir, pero la música sigue. Ya está saliendo el sol. Mi papá se va a levantar enojado, va a decir que no pudo dormir. Siempre dice eso, aunque yo siempre lo veo roncando toda la noche.

¡Ah! Otra cosa. Mis primitos entraron y me hicieron un cochinerito en mi cuarto, los corrí, pero como no se iban, tuve que asustarlos. Nada más así se fueron.

Veinticinco de diciembre de 1986

Querido diario. Estaba muy triste porque mi papá se fue de la casa, pero hoy volvió y estoy muy feliz. Vamos a pasar navidad juntos, aunque no están mis hermanos. No los invitaron. ¡Qué bueno! Así no habrá pleitos.

Quería ver a mi papi. Más tarde vamos a cenar. Me voy a dormir temprano para esperar a Santa Claus. Gracias niño Dios por traer a mi papá de vuelta. Espero la mujer de blan-

co no se aparezca. Hoy Diosito está en la tierra y nada malo puede pasar. Hoy no hay peleas, ni gritos, ni nadie llorando. Dios está con nosotros.

Siete de enero de 1986

Mis papás casi descubren que tengo un diario. Mis hermanos no han vuelto, pero los he visto a escondidas cuando voy a casa de mi abuelita. Mi mamá me dice que no le diga a mi papá, y él me dice que ellos no son mis hermanos, aunque yo los quiera. Hay muchos fantasmas en la casa: las paredes gritonas, la mujer de blanco que se aparece en el patio, unas sombras negras que entran a los cuartos en las noches, oigo pasos de soldados marchando a veces y huele raro, como el humo del cigarro. A veces, también, una señora viejita se aparece e intenta abrir el barandal de la casa.

El otro día le dije a mi papá, pero no me creyó. Mi mamá tampoco. Pero yo oigo como las paredes gritan en la noche. Las oigo, gritan con las voces de mis papás. Es el diablo, estoy seguro.

Quince de enero de 1987

Ayer me desperté en medio de la noche. Escuché muchos gritos y golpes muy feos. Salí de mi cuarto porque ni mi papá ni mi mamá me oían entre tanto gritadero. Cuando llegué a su cuarto, vi a mi mamá acostada en el suelo, tapada con una sábana. Mi papá me subió al carro. Lloré mucho. No quería dejar a mi mamá sola en la casa con los fantasmas. Hacía mucho frío. Cuando nos fuimos, vi a la viejita llegar a la puerta. Todavía en el carro podía escuchar los golpes y los gritos y lloré porque mi mamá estaba ahí sola, dormida y mi papá no alcanzó a ir por ella de lo asustado que estaba. Cuando llegamos, mi mamá ya estaba acostada en la cama y no oí más gritos.

Veintisiete de enero de 1986

Hoy las paredes estaban haciendo mucho ruido. Toda la noche estuvieron grite y grite. Mi puerta estaba cerrada por afuera y por más que grité, nadie me escuchó. Nadie vino. Cuando dejé de escuchar los gritos la puerta se abrió sola. Había sillas rotas, trastes rotos, vidrios por todos lados. Me dio mucho miedo. Mi mamá estaba dormida en un sillón de la sala.

Yo pienso que mi mamá estaba peleando con los fantasmas. Mi papá estaba dormido en el carro. Yo creo que tuvo miedo.

Primero de febrero de 1987

Mañana vamos a ir a un día de campo. Estoy muy contento. Vamos a ir en familia, lejos de los fantasmas. Vamos a ir a unas albercas. ¡Estoy muy emocionado!

Quince de marzo de 1987

Ayer me regañó mi mamá. Es que no hice la tarea de matemáticas. Estaba muy difícil. Mi mamá tenía fiesta y nadie me quiso ayudar. Entonces, la maestra me preguntó que si porqué no había hecho la tarea. Me dio miedo que me fuera a regañar más y le dije que había tenido fiesta en mi casa y que no había podido dormir por eso y que por eso no hice la tarea. PD: quiero un perrito.

Dieciséis de marzo de 1987

Mi mamá me volvió a regañar. Me dijo que no anduviera diciendo que por las fiestas no hago la tarea. La maestra le mandó a hablar y creo que la regañaron también. Mi papá le dijo algo y empezaron a discutir por mi culpa. Lloré, por eso está la página arrugada. No quería que pelearan y ahora no se hablan.

Ocho de abril de 1987

Ayer los gritos eran más fuertes. Oí a mi mamá hablarme como si se estuviera ahogando, luego golpes. Salí. Mi papá estaba ahorcando a mi mamá. Lloré. No sabía qué hacer. Grité mucho. Me duele la garganta.

La soltó y después nos subimos al carro. Mi mamá corrió detrás de nosotros hasta que se cayó en la calle. No sé por qué mi papá no quiso esperarla.

Cuando regresamos a la casa, mi mamá estaba tirada en la entrada del cuarto de lavado, con las rodillas ensangrentadas. Mi papá no me dejó acercarme a ella.

Dos de mayo de 1987

Odio a mis compañeros. Todos se burlaron de mi porque les conté de los fantasmas que hay en mi casa. Le conté a la maestra también y me entregó un recado para mis papás. No quiero dárselos. Me van a volver a regañar y se van a pelear por mi culpa. Los odio, los odio, los odio. Mi papá me dijo que no llorara en la escuela pero es que los odio demasiado. Me dijo “péguelos” pero no puedo. Ojalá se mueran todos. Y todavía quiero a mi perrito.

Veinticinco de enero del 2002

Encontré este diario que escribí cuando tenía siete años y que mis papás me arrebataron un día sin darme explicación alguna. Las apariciones nunca se detuvieron. Hasta el día de hoy, escucho a los fantasmas gritar a todo pulmón en la noche con las voces de mis papás y golpean la pared con tanta fuerza que me despiertan. Mis hermanos volvieron a casa hace mucho. Somos una familia normal, con problemas como todas, pero normales.

La mujer de blanco se aparece todavía en el patio, flotando sobre el pasto en la noche con un alarido desgarrador. Me aterra. Mis papás se fueron a El Paso de compras. Yo me

quedé solo en casa. Les pedí permiso para que Alonso, mi amigo, se quedara y dijeron que sí. Vendrá en un rato. No puedo esperar a verlo.



¿Lo recuerdas, Alonso? Esa noche fue nuestra primera vez juntos. ¿Recuerdas aquella noche en la que mis lágrimas empaparon tu pecho? Yo sí. Todavía recuerdo el cálido latido de tu corazón estremecer mi cuerpo.

¿Tú lo recordarás? Cuando estés leyendo esto, ¿ya me habrás olvidado? ¿Ya me habrás perdonado?

Todavía lo recuerdo, fue maravilloso. Llegaste ese día como un príncipe envuelto en su armadura resplandeciente a casa de mis papás a salvarme...

Mientras jugábamos videojuegos, nos empezamos a acercar despacito despacito hasta quedar pegaditos el uno junto al otro, ¿te acuerdas? y yo podía oler el extraño aroma a humedad de tu cuerpo y sentir tu calor. Esa noche, gracias a ti, los fantasmas no aparecieron, las paredes se silenciaron, la mujer de blanco se esfumó en el aire, y tú me dijiste que nos diéramos un beso. Nuestro primer beso y lloramos, lloramos, no sé si de alegría o miedo, pero lloramos tanto hasta quedarnos dormidos y luego me abrazaste hasta el amanecer...

El destino me sonreía, al fin, con un milagro: tú.

Tus latidos, esa y todas las noches que dormimos juntos, eran lo único que callaban las voces descarnadas y furiosas que me acosaban al caer la noche.



Enero 26 2002

Alonso se quedó a dormir. Jugamos toda la noche, no dormimos nada. Estuvimos “explorando” la casa en búsqueda

de los fantasmas, pero no encontramos nada. Ya se fue. Mis papás no tardan en llegar, pero ya oigo otra vez los golpes retumbando en las paredes, los alaridos que provienen de la nada. Justo ahora se acaba de azotar una puerta... Estoy encerrado en mi cuarto con la luz prendida. Tengo miedo. No sé por qué me pasan estas cosas. Estoy seguro de que alguien acaba de tocar a mi puerta, pero no hay nadie en la casa a parte de mí. Ya es muy tarde para hablarle a Alonso o para irme a casa de mi abuelita. Esperaré aquí encerrado a que lleguen. Sólo eso quiero hacer, esperar.

Febrero 01 2002

Mis papás empezaron a pelear otra vez. Mi mamá insiste en que mi papá tiene una amante. Está loca. Mi papá nos quiere. Somos una familia con problemas, pero normal. Los escuché discutir ayer toda la noche. Mi mamá le reclamó y le reclamó hasta que mi papá le dijo que, si no se callaba, iba a ver. Me levanté al baño de inmediato. Siguieron discutiendo en voz baja. No pude dormir. Tenía miedo de que pasara algo peor. Lo oí todo...

Febrero 06 2002

Hoy hubo una reunión familiar en la casa en memoria de mi abuelita. Toda la familia vino; uno o dos primos se quedaron más días de fiesta, pero en cuanto se fueron, las peleas comenzaron. Gritos. La voz de mi papá me aterra. Tuve que meterme para evitar que se pelearan a golpes. Adrián llegó después, borracho también y mi mamá empezó a pelear ahora con él. Azotó la puerta, casi le machuca la mano sino es porque estaba ella recargada contra la puerta. Todo empeoró cuando mi papá se metió porque Adrián le aventó una secadora de pelo a mi mamá y casi le pega.

Cuando me fui a la escuela, Adrián estaba dormido, mi mamá también y mi papá ya se había ido al trabajo. La casa quedó hecha un desastre entre la fiesta y el pleito.

Para colmo de males, Alonso se ha estado portando raro conmigo desde que se quedó a dormir. Es mi único amigo...

Febrero catorce, 2002

Hoy fue día del amor y la amistad. Le di un chocolate a Alonso. Él recibió, y envió, varios regalos de muchas niñas. Él me dio un chocolate a la salida también, “guarda el secreto”, me dijo... en casa todo está tranquilo. Nadie se habla con nadie. De vez en cuando, mi hermana llama para saber cómo está todo.

“Bien” escucho que mi mamá les dice. El sábado habrá otra reunión en la casa. Tengo miedo de que vuelvan a pelear.

Febrero diecisiete, 2002

Otra vez todos se quedaron hasta la madrugada del domingo escuchando música; no pude dormir. Cada que mi mamá entraba a su baño, podía oír como peleaba con mi papá por lo de “la otra”. Yo estoy seguro de que mi papá no tiene otra. Es imaginación de mi mamá. Esas cosas jamás pasarían en mi familia... mis papás son felices, sí pelean y todo como en cualquier familia, pero estoy seguro de que son felices y se aman...

Guardé la envoltura del chocolate que me regaló Alonso, también en secreto. Me cae muy bien. Me atrevo a decir que es mi mejor amigo. Todos los fines de semana espero a que sea lunes para poder vernos en la escuela.



¡Qué tonto fui! El más estúpido de todos...

Alonso, nunca te lo dije cuando estaba vivo, cuando todavía tenía aliento y voz y no era un montón de letras tremantes en una página muda, pero...aquel día, fui tan feliz. Nunca olvidé cómo te acercaste a mí, y me dijiste con tu voz asordina-da: “Ten. Es un secreto.”, luego, como por error tu mano rozó la mía, casi tomándola entre la tuya, casi besando mi mejilla y luego te fuiste. Cada que oía las voces, cada que los golpes hacían temblar la pared, yo abrazaba la envoltura del chocolate pensando en ti, en lo mucho que deseaba verte otra vez, en lo mucho que deseaba que estuvieras ahí, que me prestaras tu pecho para llorar sobre él de nuevo.



Febrero veinticinco, 2002

Todos los días se han estado peleando. Oigo que mi mamá le dice a mi papá “que le diga quién es la puta con la que anda”, pero mi papá le contesta lo mismo de siempre: que está loca, que no anda con nadie. Siempre en la noche. No puedo dormir. Los oigo murmurar. No sé si Adrián los oiga o no. A veces creo que es mejor hacer como él y no escuchar. Están gritando otra vez... será mejor que salga.

Febrero veintisiete, 2002

No entiendo cómo pueden vivir peleando todo el día, tanto tiempo. No entiendo. No entiendo por qué pelean tanto si se aman... o tal vez... No, no quiero pensar en eso. Mis papás no se hablan entre ellos; Adrián salió, ya le están llamando porque no viene y trae el carro. Las voces vuelven, me aturden, se agitan en espiral como un amasijo de hojas cayendo en la noche. Tengo miedo. Me tiemblan las manos y siento mis piernas débiles. La atmósfera está extraña; hasta las nubes se ven rojas.

Escucho los clics del ratón hacer eco por toda la casa. De seguro es mi mamá jugando Solitario en la computadora del pasillo.

Alonso, me gustaría que estuvieras aquí. Si estuvieras aquí, nada de esto estaría sucediendo...

Primero de marzo, 2002

Pelearon. Toda esa semana fue una discusión tras otra. Oí a mis papás murmurar todas las noches; suben el volumen de la tele para ensordecen su pleito, pero la casa es puro silencio a las doce de la noche. Otra vez corrieron a Adrián de la casa. No es la primera vez que pasa; mañana o pasado volverá como si nada. Los estoy oyendo, cada vez alzan más la voz. Oigo a mi papá decir "¡chingado!" entre dientes, como aguantando su furia y a mi mamá con una retahíla de reclamos, mortificada, con la voz quebrada. Estoy seguro, pronto volverá a explotar una pelea. Mejor salgo a ver si puedo detenerlos, contenerlos, aunque sea un día más.

Cuatro de marzo, 2002

Alonso... gracias por haberme escuchado. Me hiciste el día. Mañana hay reunión familiar, de seguro traerán a todos los niños y me los van a enjaretar. No quiero. Si empiezan de molestones, los voy a asustar. Me choca que me hagan cuidarlos, que mi mamá los meta a mi cuarto, pero tampoco puedo quejarme o mi papá hará un pleito enorme... quisiera poder dormir bien.



Poco iba a saber, Alonso, que dormiría muy bien muchas noches junto a ti y que luego, dormiría en una noche eterna, interminable, por fin podría compensar todas las noches de desvelos, todo. Al fin dejarán de aparecer esas sombras, ya

no escucharé más esas voces interrumpir mi sueño a la mitad de la noche.

Lo único que me duele es que, jamás podré volver a despertar a tu lado, ni jamás podré respirar el aroma ácido de tu sudor bañando tu cuerpo, nunca más podré volver a ver tu sonrisa abrirse como una flor en tus labios e iluminar esta vida sombría, ni tampoco sentir tu brazo rodeando mi cuello para descansar sobre mi hombro. Nada. Todo eso acabará en esta noche de la que jamás despertaré... Alonso... Mi deseo es que te des cuenta de lo feliz que me hiciste.

XII

“**T**odo su diario es nuestra historia... y su historia también”, Abel pasó silencioso de página mientras el rostro avergonzado del hombre hablando se abría para dejar salir un chirrido agudizado y ronco. El ruido que hizo el papel al cambiar de página era semejante al del cristal rompiéndose al estrellarse contra el suelo.

—Entonces, ¿esos fantasmas que él veía...? —Abel leyó de nuevo algunos fragmentos.

—Así es —asintió el anciano—. Las voces y sombras que lo atormentaron por tantos años...

—En realidad eran mis tíos... Los golpes...

El anciano suspiró entre abatido y aliviado.

—Todo fue un invento de su cabeza para evadir la realidad.

—O para lidiar con ella —explicó Abel—. ¿Usted ya sabía de todo eso?

—No. Él me contaba que sus papás se peleaban, pero nunca supe que eran tan fuertes las peleas hasta que lo leí en su diario. Lo de los fantasmas sí, sí lo sabía. Él siempre contaba esas historias. Y seguido me rogaba para que me quedara con él a dormir, pero sus papás ya sospechaban de

que había algo “curioso” y rara vez podía quedarme en su casa... o él en la mía.

—Unos fantasmas inventados por él... una historia de fantasmas ficticia... un mundo que nunca existió.

—Una familia que lo supo todo desde un principio y prefirió no hacer nada —agregó el anciano con muña y unas arrugas de frustración e impotencia hendiéndole el rostro. Abel frunció el ceño. Sus cejas convergieron furiosas, pensativas.

—¿Y cómo fue todo?

—Ya tienes el diario, ahí están las respuestas que tu familia quiso fingir que no existen.

Abel se quedó sin palabras. Volteó a ver las fotos en la estancia del anciano; allá, lejos, en el fondo, una sola foto de Hugo y él yacía colocada en la mesita de noche escondida detrás de las demás fotos.

—¿Usted cómo dio con el diario?

—Él me lo entregó. Insistió en que nos viéramos en la mañana del veinticuatro—el anciano levantó la cabeza y miró hacia la luz quieta emanando del foco—. Ahora que lo pienso, aquél día, había algo diferente en su rostro... —y pensó unos instantes en ese momento. —Ese día me entregó el diario. Era un veinticuatro de diciembre y no tuve tiempo de verlo hasta el veintiséis, que fue cuando me enteré de todo —luego, calló unos instantes con la vista quieta en la luz inmóvil. Una atmósfera de dignidad envolvió al anciano y lo volvió casi inalcanzable—. A decir verdad... —declaró con voz inexpresiva y unos ojos fijos—. A decir verdad, no quise leerlo. Para mí, había empezado como una broma... —y su voz se irisó con distintas emociones. El rostro de Abel cobró una expresión de incredulidad.

—Tú sabes...no era común en ese tiempo y éramos jóvenes. Pero él se lo tomó muy en serio todo...y ya después, a lo mejor...yo también. Yo ya no quería saber de él. Tenía

miedo. Quería que me dejara en paz... Quería olvidarlo, quería que me gustaran las niñas... no él, quien fuera, menos un hombre...

Abel observó en silencio al anciano quebrándose lentamente; derramar un montón de lágrimas en el vacío marasmo que iluminaba tenuemente el foco del techo.

—¿Y a usted no le pareció raro lo del regalo o su insistencia?

—No —espetó limpiándose las lágrimas discretamente—. Él era así. Una vez que se le metía una idea a la cabeza, no se quedaba en paz hasta que lo hacía y sobre el diario, yo creí que era un regalo porque estaba envuelto. Nunca me habría podido imaginar lo que había adentro. Fue hasta que lo abrí que las cosas se me hicieron raras.

Abel dirigió furtivo la mirada hacia el anciano, clavando sus pupilas en los ademanes titubeantes y las palabras lentas.

—Al principio se me hizo extraño porque su letra era diferente. Él siempre escribía en cursiva, y el diario está escrito en letra de molde... si no fuera porque él me lo entregó, juraría que es falso...

Abel se sumió en un pensamiento agrio que se interrumpió por la fecha:

—Hasta el veintiséis? ¿Y el veinticinco? —miró al anciano con agudeza.

—El veinticinco no me respondió en todo el día mis mensajes. Supuse que la línea estaba saturada o algo y, entonces...todavía lo recuerdo bien... —pausó deteniendo la vista en los rayos de luz, como hurgando en ellos para encontrar su memoria. No importa qué recordara, todo sería un recuerdo doloroso—. Anunciaron en las noticias el incidente. Apenas si quedaron escombros de la casa. Fue hasta entonces que me puse a leer su diario y lo supe todo. Muchos años me he preguntado si, de haberlo leído antes, habría

podido evitarlo; si de haberme quedado con él, aunque fuera una noche más, nada de esto habría ocurrido.

Abel aún tenía el semblante angustiado, rebosando de ira, pero no era esa ira explosiva, turbada que detona gritos, esta era una ira sosegada, tranquila, ese vaho empantanado que envuelve a alguien que apenas comienza a comprender.

—No supe que hacer. No quería que mi familia se diera cuenta de mis cosas con él. Tenía mucho miedo, hasta pensé en quemar el diario, pero algo muy dentro de mí me lo impidió. Así que decidí que lo mejor era esconderlo. Hacía más de veinte años que no veía ese cuaderno, a pesar de que todos los días pensaba en él.

Tú eres el único además de mí que sabe la verdad.

Abel cerró aquel librito y colocó su palma en la cara de cuero negro del diario todavía con una expresión atónita hendida en su rostro.

—Sé que es difícil, pero se siente tan bien poder compartir esto con alguien finalmente. Me quitaste un peso enorme de encima.

Pero Abel mantenía sus labios sellados, como si las palabras se le hubiesen agotado ante el horror de la verdad. El anciano continuó con una voz cálida y suave que parecía abrazarlo:

—No tenía idea de que lo que empezó como un juego terminaría en una tragedia tan grande... Pero sabes... Ahora que lo pienso, me di cuenta de que realmente era feliz con él, aún después de casarme, nunca lo olvidé. Todos los días había algo que me hacía recordarlo... Aunque nuestra historia fuera cruel y no tuviera un final feliz, todo este tiempo el recuerdo de aquellos años me ha reconfortado en las noches en las que no puedo dormir, en las noches en las que quisiera escuchar su risa o su voz diciéndome que me ama, o en las tardes en las que estoy solo y me parece que va a aparecer de repente tras de esa puerta y va a abrazarme

en secreto como solía hacerlo. Pero ya no puedo, de él me queda este diario con su historia y mi secreto, con su historia y la de su familia, toda la historia de su agridulce vida... escrita de su puño y letra.

Las facciones endurecidas en el rostro de Abel se fueron difuminando, luego, una expresión de tristeza serena se asentó en su boca, en sus ojos, diluyendo su ira. Los dos hombres permanecieron en silencio; la mirada del anciano era gentil, llena de misericordia, mientras que los ojos de Abel empezaban apenas a clarear.

—¿Qué piensas?

—En la vida de Hugo, de mis tíos y mis primos... No lo comprendo.

—Llevaban unas vidas muy complicadas. Hugo me contó que, la relación entre tus tíos y tus primos era muy distante, casi inexistente y eso le dolía mucho a él, pero nunca pudo hacer nada. Muy apenas podía sobrellevar todo lo de tus tíos.

—Don Alonso... ¿cómo era mi tío Hugo? Yo sólo tengo recuerdos muy vagos de él; apenas si recuerdo que nos asustaba con historias de fantasmas, o lo recuerdo encerrado en su cuarto jugando al *Nintendo*.

El hombre tomó aire, sus ojos estaban vidriosos, apenas si lograban retener sus preciadas lágrimas.

—Hu... go —pronunció en un hilo de voz, frágil y agrietado—. Hugo... era un muchacho muy bueno. Era muy servicial, conmigo era un amor. A veces me daba vergüenza que me quisiera tanto. Siempre me procuraba comida, me hacía regalos; todos los días me decía que me amaba y, aunque me enfadara, realmente lo sentía. Con tus papás y sus hermanos, la historia era un poquito diferente. A veces siento que Hugo estaba harto de todo. Él me decía que se sentía usado por sus papás, como si fuera un arma que usaban para atacarse entre ellos. No digo que no lo quisieran, al

contrario, estaba muy consentido, pero su mamá siempre le estaba contando todos sus pleitos con su papá, y su papá, cuando dejaba de hablar con su mamá, le pedía a él que lo acompañara a los mandados o cosas así, o su papá le decía que su mamá estaba loca.

¿Qué podía decirle él a uno de sus padres sobre el otro? Te digo, no eran malos padres, ni a Hugo ni a sus hermanos nunca les faltó nada, pero, me da la impresión de que había muchas fracturas en ese matrimonio, muchas heridas sin sanar.

Abel se llevó la mano al mentón.

— ¡Hm! — gruñó, incapaz de pensar en algo.

— Tenía muchos amigos, aunque era algo serio al principio. Yo lo conocí un día que estábamos contando historias de fantasmas en el salón. Nos tomó tiempo hacernos amigos, la verdad, pero creo que yo le gusté desde un principio porque siempre me trató con mucha amabilidad, siempre se preocupó por mí... — el hombre parpadeó y el peso de su llanto lo hizo inclinar la cabeza hacia el suelo.

Abel mantuvo una expresión sobria, pero él también estaba pensando, no en Hugo, sino en alguien más, alguien también muy querida para él. Por unos instantes, el anciano luchó por controlar sus sollozos pausados, abiertos como el sonido de las manecillas de un reloj.

Abel lo escuchó llorar sin hacer nada por consolarlo o interrumpirlo. Un torrente de lágrimas brotaba en un chillido estridente de aquellos ojos ancianos y turbios.

Después de un rato, Abel ya enhiesto dijo:

— Creo que mejor me voy — dispuso el diario en la mesita frente a él.

— No, no. Espera — suplicó el anciano entregándole el diario —. Llévatelo, por fin nuestra historia se terminó.

Las lágrimas aún caían una tras otra de sus ojos hinchados.

Abel clavó la mirada en las pupilas encharcadas del anciano y tomó el diario con delicadeza. Luego, el anciano volvió a su sillón desde donde pudo contemplar la foto de Hugo y él en la distancia, con sus sonrisas hiriéndolo más y más dentro de su soledad.

Abel volvió esa tarde a la casa donde para él antes, todo era una alegría ininterrumpida, continuada en las sonrisas que peregrinaban dentro de sus recuerdos, en la cálida luz, en los balbuceos cortados, de vez en cuando, por una carcajada mezclada con alguna canción distorsionada por la distancia,

Pensó en los cuentos de fantasmas, en las historias de Hugo; y ahora la casa le pareció tan tonta, tan vacía, tan llena de un vaho empantanado que asfixiaba a la alegría. Abel titubeó. Quiso entrar, pero titubeó; sus pies no se movieron más allá de la banqueta. Por primera vez se acercaba a las ruinas de su pasado, a la quietud después de la fiesta, a aquél oscuro amasijo de piedra y pasto. Luego, miró al diario entre sus dedos y una lengua roja se asomó de entre las páginas. Volvió a guardarlo y entonces, al darle la espalda a los escombros, creyó escuchar el eco fantasmal de la risa de su tía ululando en el aire junto con la música del pasado.

XIII

Abel despegó la vista del diario unos segundos, apenas para oír el canto de las aves anunciar el comienzo de un nuevo día.

—¡Ah, cabrón! ¿Pues qué hora es? —apretó el botón de encendido de su celular. —Las seis... —y, a pesar de que afuera todavía estaba oscuro, Abel se percató de que había pasado toda la noche leyendo el diario con la verdad acercándose frenética página a página. Abel se asomó a la puerta abierta de su cuarto esperando a que aquellos fantasmas

insomnes atravesaran el infranqueable muro de la muerte para desplazarse en silencio por los pasillos endeble de su casa, menguados, totalmente absortos en su ingravidez. Esperó unos minutos en silencio, completamente alerta, toda su piel era oídos y ojos; esperó para escuchar un susurro escaso sesear sin rumbo por el aire, para ver alguna niebla brotar incorpórea de la nada en el reflejo de la televisión. Esperó. Sí, esperó una señal, cualquier perturbación en la atmósfera pacífica de su casa, esperó un golpe, un llanto, un lamento, pero solo lo envolvió una espesa capa de oscuridad. Al despertar ya eran las dos de la tarde y, a su costado, yacía el pequeño diario abierto, pero se rehusó a mirarlo.

Abel se limitó a suspirar profundamente con la vista fija en el techo.

Ocho de marzo del 2002

La fiesta apenas se acabó ayer. Mi mamá se acaba de quedar dormida hace un rato; mi papá está de un humor insopportable. Comimos frijoles. Mi hermano se salió desde antier y no ha vuelto; se llevó el carro, cuando vuelvan se van a pelear. Tengo miedo de irme a la escuela y que él llegue, no quiero salir de la casa. No sé qué hacer. Me siento extraño, siento como si mis brazos quisieran temblar y no tuvieran el miedo suficiente para hacerlo.

Cuando cierro los ojos, me da la impresión de que me hundo en el agua como un tabique. Caigo hasta el fondo, aunque no haya uno, las burbujas me hacen cosquillas en los cachetes, acarician mis pestañas y luego, abro los ojos y estoy donde mismo, viendo al techo blanco, oyendo los gritos a través de la puerta. Pero vuelvo a cerrar los ojos y veo el agua ondular en mis párpados oscuros y entonces, las voces se van amortiguando cada vez más, hasta que solo me queda el silencio de las profundidades.

¡Ah! Aquí en la oscuridad, nadie existe, sólo está el sonido de las olas

Diez de marzo del 2002

Como lo supuse, mi hermano llegó a la casa y lo corrieron (otra vez). ¿Cuándo entenderá? ¿Por qué es así? Mi papá casi lo agarra a patadas. Tuve que interponerme, para detenerlo. Mi mamá se despertó lista para pelear... con mi papá. No lo soporto. Quiero irme a un mundo donde sólo estemos Alonso y yo, donde pueda dormir en paz. Cuando cierro los ojos y estoy con él, no hay agua, no hay nada, sólo siento sus brazos tibios a mi alrededor. Su presencia me tranquiliza tanto, a veces, sin que él se dé cuenta, me pongo a observarlo: imagino su respiración distraída, veo sus gestos inocentes. Luego voltea y me hace alguna seña y todo lo demás se me olvida.



Alonso... todavía recuerdo el tacto húmedo de tu piel; el aroma de las oquedades selváticas escondidas en el dorso de tu brazo con su hilera de vellos hirsutos, tu ombligo en medio de ese estómago duro también con una melena menuda anillándose y revolviéndose. Alonso... me duele tanto ahora pensar en que nunca más volveré a sentir tu pecho inflándose al respirar, ni tu piel rasposa, ni tampoco veré como se levanta endurecido tu pene lentamente por el roce ligero de mis dedos. Nunca más volveré a sentir nada, Alonso. Nada. Sólo habrá un recuerdo silencioso al que nadie podrá acceder, que nadie podrá profanar.

Alonso... lo he pensado. Lo pienso... quizás la vida... quizás la vida... es...

Ningún extraño será bienvenido a nuestros recuerdos, Alonso, sólo tú y yo.

Abel recogió el diario y lo cerró de golpe; le pareció que la pasta negra dejaba una estela de polvo azul que se desgranó en grandes pétalos iridiscentes al cerrar el libro.

Subió al auto, el terreno baldío estaba intacto.

— ¡Hola, joven!

Abel volteó, desganado.

— ¡Buenas tardes! ¿Cómo está? — vio a la anciana sonriéndole frágil.

— ‘Pos ande, ya ve como es una: mientras más vieja, más achacosa — ambos, más a fuerza que con ganas, rieron—. ¡Pero qué milagro! Ya tenía rato que no lo veía por aquí., señora,

— Ayer vine, pero ya estaba anocheciendo, a lo mejor por eso ya no me vio — Abel respondió bajando la voz cada vez más.

Los escombros yacían quietos en el marasmo de su devastación, las briznas erizadas parecían agujas esmeradas en zurcir la piedra al tiempo y mundo de los muertos, como lápidas diminutas en un sepulcro vacío y abierto.

Abel entrecerró los ojos, imaginando algo que la anciana a su lado ni siquiera alcanzaba a intuir. De repente, en sus pupilas, una columna de fuego se izó muda formando un hongo que se replegó sobre sí mismo. Y ahora, el delicado vaivén de las briznas se convertía en el dulce contoneo de unas llamas oscilando en la noche. Abel quiso llorar al percatarse de las paredes percutidas por el hollín que ni los años ni el clima habían podido borrar; grandes cicatrices negras marcaban la piedra sin motivo alguno.

Se sintió culpable al recordar con alegría aquellas fiestas maratónicas. La silueta gigante de Hugo, ahora, le pareció un hueco con forma de dolor.

Una brisa helada auguraba la llegada del invierno. La anciana y Abel miraban la casa melancólicos, cada uno agazapado en su silencio.

— Voy a asomarme a la casa, señora.

— Ándele, joven. Un gusto saludarle. ¡Dios lo bendiga!

Al detenerse en el umbral a medio caer de la casa, los recuerdos de Abel y la realidad se revolviéron en un vórtice frenético que esparcía sus recuerdos como manchones de pintura, dejando tras de sí una casa derrumbada, con algunas paredes de otros tiempos, transportando voces, risas, balbuceos y música del pasado en un centelleo tórrido.

Salió de ahí con los ojos anegados de lágrimas que no se atrevió a llorar.

Veinte de marzo del 2002

No puedo más. La casa ha estado en silencio por al menos cinco días. Nadie se habla. Escucho todo con tanta nitidez que hasta duele. Los golpes de los cajones de la cocina, los huaraches de mi mamá arrastrándose, los ronquidos de mi papá. ¡Estoy harto! Oigo las manecillas del reloj por toda la casa. Es como si todo aquí estuviera unido por el silencio, incluida nuestra familia.



Así fue, Alonso. Así era, todos estábamos atados a una cadena unida por eslabones de silencios; los secretos en esta familia cobraban voz cuando nosotros callábamos, cuando escamoteábamos nuestras culpas, nuestros pecados. ¿Cuánto no calló mi mamá los golpes, los amoríos? ¿Cuánto no calló mi papá las humillaciones, mis hermanos sus secretos...y...yo a ti? ... y, aun así, Alonso, todos lo sabíamos, conocíamos a la perfección la vida del otro. Pero pronto estos silencios diminutos, estos silencios que ahora parecen tan enormes e insuperables palidecerán ante el mayor de los silencios, uno irrevocable y eterno que nos dará paz.

Sí, Alonso, habrá un silencio de llama encendida, de calma después del cataclismo, tal y como solía escucharse después de cada grito, de cada golpe, de cada llanto.

Este telón de mentiras y silencio por fin caerá incinerado por el fuego, hecho nada más que un manojo de cenizas mudas, Alonso.

Alonso... estoy seguro. La vida es un veneno... ahora lo sé, todo ha sido un castigo desde el principio. Fui castigado en pequeñas dosis al vivir como Hugo Díaz Castillo, al ser hijo de mis padres, hermano de mis hermanos... sin embargo, Alonso, aunque la vida fuera un castigo, a veces, te lo juro, fui feliz.

— ¿Quién era Alonso, mamá? ¿Lo conocías?

El cuerpo de la mujer se tensó. Apretó la oreja de la taza y rehuyó con disimulo:

— Un amigo de Hugo.

Abel la miró por el rabillo del ojo.

— ¿Cómo sabes de él? — preguntó ella.

— Seguí investigando sobre la familia de mi tía y un hombre con ese nombre me contactó para hablar sobre Huguito.

— ¿Y qué te dijo? — preguntó con nerviosismo.

— Algo diferente a lo que tú me acabas de decir.

La mujer dispuso la taza en la mesa de la cocina, atónita, sin atinar palabra exclamó:

— ¿Y entonces para qué me preguntas?

— Quería confirmar mis sospechas.

— ¿Cuáles?

— Después te platico — en ese mismo instante, Abel recordó las palabras del diario; al parecer, su familia también estaba unida por silencios, por acuerdos tácitos sobre lo que se podía hablar y no.

— Un “amigo”, ¿eh? — entonces, pensó en Hugo, y le pareció que estaba cada vez más solo. Ya su recuerdo no era

aquel trastocado por la luz y los fantasmas, no, la dulce tesitura de su infancia había cobrado, de a poco, una dureza feroz. Abel pensó en su infancia, en lo que no recordaba o creía recordar. ¿Qué cosas fueron trastornadas por el tiempo, por sus padres? Él no pudo responder y tampoco se atrevió a preguntar; toda su vida se aproximaba a una mentira.

Al volver a casa, frunció el ceño después de ver el diario en la mesa de noche.

—Ya no quiero saber... —rodó sobre su cama rehuyéndole al pequeño diario. Volvió la vista al techo blanco, iluminado por una luz cálida y tenue. Sin percatarse, el rumor de las hojas dispersándose por el suelo se habían llevado octubre entre su crujir. Las noches se alargaron y la calma enrarecida de esos meses acompañaba a sus atardeceres largos que se sumían en el horizonte.

XIV

Abril 01, 2002

A... No sé cómo empezar, ni qué decir... ahora sé por qué peleaban tanto... mi mamá siempre ha creído que mi papá tenía una amante... Yo no; de niño le preguntaba seguido a mi papá si quería a mi mamá, si quería a su familia, y él siempre decía que sí... sin embargo, ayer volvieron a pelear. Fue una pelea grande; empezaron desde las diez de la noche. Podía oírlos discutir a pesar de que ellos y yo teníamos la tele encendida. De repente, ya no murmuraban, de repente estaban hablando en voz alta hasta que empezaron a gritarse. Salí en cuanto escuché a mi papá gritarle a mi mamá que le iba a poner un diablazo para que se callara.

Creo que salir lo empeoró todo. Prendí la luz y vi a mi mamá con los dedos clavados en las muñecas de mi papá. Tuve que meterme entre ellos dos y de todos modos estaban intentando golpearse.

Mi mamá le gritaba que le dijera quien era esa puta, pero mi papá lo negaba todo, le decía que estaba enferma, loca, y la cara de mi mamá nomas se deformó más y más y gritaba lo mismo “¡dime quién es esa puta!” y le empezó a reclamar a mi papá sus salidas, que a ella nunca la invitaba a ningún lado, que nunca quería acompañarla, como si tuviera miedo de que lo vieran con ella; mi papá nomas respondía “Sí, sí, lo que digas, pinche loca”. Yo estaba deteniendo a mi mamá. El otro idiota no llegó tampoco y hubiera estado mejor que no lo hubiera hecho, porque en cuanto llegó, se caldearon más los ánimos porque les preguntó que si qué traían y mi mamá le empezó a echar la letanía de que mi papá tenía una amante. Ya eran alrededor de las tres y todavía no se les veían ganas de terminar. Siguieron diciéndose de cosas... entonces...mi papá lo admitió. Tenía una amante, luego, dijo que él no se iba de la casa por los compromisos económicos y por mí... pero que a él ya no le importaba la familia, que se arrepentía...

Me siento muy culpable... cuando era pequeño, yo siempre lloraba cuando mi papá se iba. Aparecían los fantasmas y toda la noche escuchaba el llanto de la mujer de blanco y entonces, alguien tocaba a la puerta: era la viejita pelona; aparecía y se quedaba en la puerta toda la noche hasta desaparecer.

“¡Vete!” le gritaba desde la ventana sin mirarla, pero ella nada más golpeaba la puerta con más fuerza y respondía con un alarido.

Mi mamá me daba mucho miedo, sus gritos, como tomaba, me daba mucho miedo acercarme a ella y yo me quedaba en mi cuarto llorando también, oyendo a alguien llorar, con una radiante estera de luz escabulléndose por debajo de la puerta, iluminando la oscuridad.

Lo recuerdo y me sigue dando miedo... Yo le pedí muchas veces a mi papá que no se fuera, muchas veces intenté reconciliarlos,

*tener una familia normal... ¿Es mi culpa que sigan juntos?
¿Es culpa mía que esté pasando todo esto?
Mi mamá tuvo razón todo el tiempo...*

Abel colocó sus dedos en medio de las páginas para no perderlas. Suspiró. Recordó a Hugo frente a la pantalla, en un estado de completo trance. Y él lo admiraba. Los dedos de Hugo se movían con suspicaz agilidad por el mando, haciendo danzar a los personajes en la pantalla. Hugo entonces, volteaba a verlo sonriendo, “¿Quieres jugar?”, y su sonrisa era igual de cándida y luminosa que la de su madre, pero en el rostro de su padre.

Abel asintió con miedo, pero Hugo le cedió el control y le explicó con gran paciencia.

Al pensar en aquello, los ojos de Abel se llenaron de lágrimas; pensar en todo lo que aquellas sonrisas escondían, los dolores que la forjaron. Abel sintió algo subir y taparle la garganta, algo tan pesado como una pelota de plomo bajar y alojarse en su estómago. Entonces, las manos empezaron a temblarle, sus piernas perdieron fuerza.

—¡Fiuu! —espetó desahuciado cerrando los ojos y fue ahí que sintió como alguien deslizaba el apagador y creyó escuchar la misma risa de casa de su tía. Abrió los ojos de inmediato. Nada había sucedido, la luz seguía ahí, con su silencio inmenso, iluminando todo. Miró hacia la ventana, el amanecer ya blandía sus primeros rayos.

—Más tarde termino —balbuceó sentado en la taza del baño. Abel, de repente, sintió unas ansias feroces por Magda, por escuchar sus pasos ligeros aplastar despacio la alfombra. Se asomó a su cama desde la taza, cabizbajo, sonrió.

—Ni pedo. La gente viene y va —pujó un poco. Al rato, se metió a la regadera con la mente en blanco, viendo absorbido al agua salir de la regadera, envuelto en el vapor caliente.

En su escritorio de trabajo la foto de la familia de Hugo lo observó impávida, con sus sonrisas férreas congeladas en el tiempo, al igual que sus vidas, al igual que ese silencio inquebrantable de las imágenes que no conoce fin.

—¿Le pasa algo, compañero?

Abel oyó una voz tenue acercarse a sus oídos. Miró de reojo hacia arriba y una sombra frondosa cubría su cuerpo.

—Para nada —sigiloso, deslizó sus pupilas al pecho sinuoso de la secretaria—. ¿Y ahora por qué no me dijo “Hernández”, compañera?

El rostro pequeño de la secretaria se vio todavía más diminuto comparado con sus senos. La mujer se acomodó los lentes.

—He notado que mira mucho esa foto, Hernández. ¿Seguro que está bien?

Abel puso la foto boca abajo y examinó de nuevo a la secretaria desanimado.

—Sí, todo perfecto —respondió átono.

—Hernández... —dijo asomándose al escritorio—. ¿Son familia suya?

—Sí —tomó el portarretratos y abrió la gaveta—, pero ¿por qué el interés tan repentino, compañera? —preguntó guardando la fotografía.

—Le digo que van varias veces que lo veo viendo la foto y me dio curiosidad.

El rostro abreviado en una barbilla fina aguardó sereno mientras que Abel parecía raptado por aquellas facciones si no hermosas, sí armónicas. Se detuvo a observar los ojos enormes que lo miraban al mismo tiempo.

—A mí se me hace que me estaba viboreando, compañera —exclamó riendo.

La mujer no respondió y acomodó sus lentes de nuevo, esta vez, mirando hacia la puerta de su oficina.

—No se crea, no se crea, licenciada. Era un chascarrillo. Todo bien, gracias por preocuparse. Es una foto vieja de unos familiares que hace mucho no veo.

—Muy bien, Hernández. Me da gusto saber que está bien. Con permiso —gélida retomó el paso.

—¡No mames! ¡La cagué! —murmuró observando el trasero de la secretaria—, pero mira nada más esas nalgotas. Hasta rebotan las cabronas.

Pensó en la foto; los rostros de sus tíos, aunque sonrientes, le resultaron extraños, como si ya no creyera en la capacidad de que ellos pudieran ser felices. Suspiró, la imagen del trasero carnoso se había borrado con rapidez para ser reemplazada por un sentimiento de melancolía e impotencia que invadió su cuerpo.

Abrió la gaveta, Abel alcanzó a distinguir el rostro enjuto de Hugo esbozando una sonrisa que le pareció casi inapropiada, insultante. Esa sonrisa amplia que se abría de comisura a comisura, impresa para toda la eternidad era más que una sonrisa, una llaga.

El brazo de su tío colocado sobre el hombro de su tía que sostenía a sus otros dos hijos y Hugo sonriente con la mano de su padre descansando en él.

—En verdad son idénticos —balbuceó con descuido antes de cerrar la gaveta y volver a su computadora para olvidarse de ellos.

Al llegar a su casa, de nuevo se encontró con un eco débil de la voz de Magda paseándose por sus paredes. Observó como hubiera pasado su cuerpo a través de las puertas, como ella se echaba en el sillón a esperarlo, y permaneció ahí, en el umbral, aferrado a la manija. La casa le pareció más amplia, su sala, de repente, era un recinto enorme que le tomó horas cruzar, su habitación, un cuarto helado, caótico, espacioso, pero apretado a la vez, donde no cabía ni un alfiler, mucho menos él.

El librito lo esperaba ahí donde lo había dejado en la mañana; Abel lo miró de soslayo con cierto dejo de odio, entornó los ojos, y se echó a la cama. Antes de caer dormido, lo último que vio fue el libro difuminarse en la oscuridad.

Despertó por el sonido tenue de un portazo.

Abrió los ojos lentamente — ¿Está la ventana abierta? — apoyó las manos contra el colchón para impulsarse y poder levantarse. Abrió la puerta que se había cerrado con singular cuidado y lentitud.

Las cortinas parecían dos pliegues de acero. Abel se acercó a la ventana, corrió un poco las cortinas: la ventana estaba cerrada.

Estupefacto, rascó su costado. — He de haber estado medio dormido — se dijo, no muy convencido y siguió buscando alguna corriente de aire que pudiese haber cerrado la puerta, pero no halló nada.

Cerró la cortina y, aunque intranquilo, optó por ir a la cocina por algo de comer. Dio un bostezo largo y sonoro, en eso, algo cambió de repente en el ambiente. Abel se sintió observado desde un punto impreciso de la casa. Cerró el refrigerador ni bien lo había abierto:

— Ya es muy noche para cenar. Ya mejor mañana desayuno con madres — y sin querer caminar rápido, se apuró para meterse a su cuarto. Desde allí oteó el pasillo oscuro en el que, a su parecer, se escondía algo espeluznante. El silencio que antes le resultara pacífico, ahora era asfixiante y tenso. Una oscuridad profunda, llena de rabia parecía esperarlo en el sombrío pasillo. Abel esperó, observando su casa desde una ranura en la puerta, sin saber con precisión qué, pero esperó a que algo, lo que fuera, sucediera. No había ni un solo ruido además del de las manecillas del reloj. Abel esperó, seguro de que algo emergería de la penumbra sobrenatural que se había asentado en el pasillo, pero no fue así. Nada ocurrió, entonces, decidió salir de su cuarto hacia

el baño. Sigiloso y alerta, como si algo rondara al acecho; sus pasos cautelosos lo desplazaron hasta la puerta del baño que cerró de un portazo. Intentó no mirarse directamente al espejo. Orinó. Por algún motivo, el ruido del chorro de orina lo hizo sentir más tranquilo. No quiso lavarse las manos con tal de no detenerse frente al espejo. Al salir, otra vez, lo confrontó ese silencio inhóspito y esta vez sí corrió a su habitación. Echó el seguro a la puerta y, una vez ahí, por fin, percibió cómo la tensión había empezado a retroceder como el oleaje del mar retrocede en la playa. Abel se dirigió al diario y lo abrió sin contemplación:

Abril 04, 2002

Hoy es mi cumpleaños. Mi mamá quedó de verse con “la vieja” y una amiga de ella la acompañó... nadie se presentó. Pensé que a mi mamá se le estaba zafando un tornillo, pero no... me mostró los mensajes que se mandó con esa mujer... pero ella nunca llegó.

Mi fiesta de cumpleaños es mañana. Tengo mucho miedo de lo que pueda pasar. ¿Qué si se pelean y no los puedo controlar? ¿Qué si todos se enteran? Mi tía Rosa terminaría de odiar a mi papá. No sé qué pensar. A mis hermanos pareció darles igual... ¿Por qué sólo me afecta a mí? Estas noches han sido muy tensas. En la noche, cuando apago la tele, me quedo a oscuras, aunque me dé miedo la oscuridad, me da más miedo que empiecen a pelear y que no pueda contenerlos. Siempre oigo golpes en la pared, a veces oigo gritos, lamentos, suspiros o pasos, pero cuando salgo al baño para inspeccionar, todo está apagado y ellos duermen. Todo duerme en la casa, hasta la misma noche parece caer dormida entre estas paredes negras y, aun así, escucho llantos y golpes que vienen de la nada. A lo mejor es la mujer de blanco, pero no me atrevo a asomarme al patio. No sé si me da más miedo ver algo o descubrir que no hay nada.

Hay veces en que oigo como arrastran las sillas de la cocina o a mis papás gritando, pero igual, me levanto y no hay nada. Yo no quería fiesta, pero mi mamá se aferró. Se me figura que la fiesta es más para ella que para mí. Siempre ha sido así desde que estaba chiquito, recuerdo decirle que no quería que la fiesta se alargara o que no hubiera alcohol, pero nunca me hizo caso; las fiestas terminaban hasta el amanecer y todos hasta el copete.

Para colmo Alonso tampoco va a estar en la fiesta... y siento que ya no le caigo tan bien. No quiero fiesta. No le veo nada alegre a haber nacido... No entiendo para qué me voy a festejar con mi familia si ni siquiera me llevo bien con ellos y me van a poner a cuidar a los niños, como siempre. Todos lo van a disfrutar, menos yo...

Cómo me gustaría que esto se solucionara, que Dios hiciera un milagro y mejorara todo...pero creo que no va a pasar...

08 de abril 2002

¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Otra pelea! La música de fondo, el olor a ceniza, el pisto... fue extraño, pero esta vez parecían hablarlo. No hubo gritos, estoy seguro de haber escuchado llorar a alguien. Miré al techo toda la noche oyendo su conversación. Golpes, golpes en las paredes, de vez en cuando, un grito amortiguado brotaba desde no sé dónde, pero yo podía oírlos hablar en paz. No dormí en toda la noche esperando a que ellos se durmieran. Mi papá se durmió como a las tres de la madrugada, mi mamá siguió despierta hasta el amanecer oyendo música y pisteando. Sí, la fiesta se alargó, pero, por momentos, parecíamos una familia feliz, por momentos mi mamá era feliz y mi papá hasta estuvo ahí... Sentí extraño, como un vacío al verlos así. Por primera vez, no quería que se acabara, pero la gente se fue yendo de a poco hasta que nos quedamos solos...Yo me quedé jugando al Nintendo hasta que amaneció.

Después de eso, todo ha estado muy tranquilo, nomás está haciendo un aironazo horrible.

Hoy llovió todo el día. Cae una suave llovizna en la ciudad. De vez en cuando escucho el murmullo de los relámpagos que entran parpadeantes por mi ventana. Hay calma... no sé si paz, pero cuando menos calma. Oigo la lluvia, el rumor de los relámpagos hace temblar la casa iluminada por unas luces cálidas y estamos aquí todos...

Abel giró la página, serenado por el golpeteo delicado de la lluvia deslizándose por su ventana, iluminado con una luz amarillenta que matizaba toda su casa. También, por el cielo, cruzaban relámpagos centelleantes, zigzagueando entre las nubes y creyó escuchar la voz de su tía incinerar las nubes en un caudal de electricidad.

15 de abril 2002

No puedo dormir. Tengo semanas oyendo lamentos y golpes, pies que se arrastran en el pasillo por las noches. Me asomo para asegurarme que no son mis papás, pero ellos duermen tranquilos y dejo de oír los ruidos...al menos por un rato. Pero apenas me estoy quedando dormido y comienzo a escuchar unos gritos débiles detrás de la puerta, acompañados de unos golpes que suenan como el latido de un corazón gigante.

Cuando logro dormir, me despierto en la madrugada. Varias veces me ha tocado ver una sombra parada en la esquina de la puerta. Otras veces me pasa que no me puedo mover y una nube negra de sombras se arremolina en el cuarto. El otro día me pasó que vi como unas manos saliendo de la pared.

No pienso contarles a mis papás. Muchas veces les dije de niño, pero mi mamá decía que, de seguro, era alguien bueno, que ella también sentía que alguien pasaba corriendo desde el pasillo hasta el cuarto de lavado cuando se quedaba sola...

pero que era alguien bueno porque a ella no le asustaba... pero a mí, sí... a lo mejor ella no escucha los gritos, ni los golpes, ni el llanto. Pero yo sí. Ya quiero volver a la escuela. Quiero volver a ver a Alonso. Lo extraño mucho. Ya no puedo esperar.

19 de abril, 2002

Me dio mucho gusto ver a Alonso...aunque fue extraño... apenas si me saludó y en todo el día no quiso juntarse conmigo, sentí como si me estuviera sacando la vuelta. Sí me sentí mal...pero ahorita me mandó un mensaje, que el sábado viene a la casa para jugar al Nintendo. A lo mejor fueron puras ideas mías.



Lo recuerdo muy bien, Alonso, ese día nos encerramos en el cuarto y me abrazaste. Me abrazaste con fuerza y sentí tus brazos crecidos y duros enroscarse con ternura en mí. Olías tan bien, a veces, sin quererlo, tu aroma vuelve a mí. "Te extrañaba" me dijiste al oído y pude sentir unas lágrimas tibias resbalar por mis mejillas. Pensar en ti, en tus abrazos, me hace suspirar; a veces, en las noches en las que no puedo dormir, pienso en la textura de tu piel: lisa y apretujada, granulosa y dorada conforme se acerca a tu cuello que besé tantas veces, en el sabor agridulce de tus labios...

Alonso, sé que el infierno no tendrá piedad conmigo, pero al menos su fuego borraré todo en un instante. Arrasará con el techo, con las paredes, con nosotros que quedaremos regados en las casas de los vecinos. No quedará nada de mí, Alonso, ni mis ojos, ni tu reflejo en ellos. Nada. Te obsequiaré mi silencio absoluto, el luto brutal de mi cuerpo ausente del tuyo. ¡Ah! ¡Alonso! Todos dormiremos para nunca jamás despertar. No sabrán que pasó. Sólo tú y yo lo sabemos, sólo

este cuadernito insignificante permanecerá intacto, a salvo del fuego en tus dulces manos.

Abel se detuvo pensativo antes de girar la página. Tragó saliva con dificultad, su garganta quemaba, negándose a pasar ese pequeño fragmento. El misterio de Hugo se develaba cada vez más con cruel claridad.

—Las voces... —balbuceó Abel contemplando la frágil página. Aquella escena rondaba constantemente sus pensamientos: sus tíos yéndose a dormir esa navidad, sus primos, acomodándose junto al pino que titilaba silencioso en la oscuridad y de repente, un estruendo, una ruptura descomunal en la paz de esa nochebuena; una violenta luz naranja alzándose como llamarada y entonces, nada. Nada. Un voto de silencio. Ocultamiento. El pacto de evasión que abriría paso al misterio que su familia escondió. Hugo, el asesino que nunca pudo serlo. Al cerrar el libro, Abel se percató de que ya no quedaban muchas páginas. Aunque ya suponía el final, decidió seguir leyendo.

—Tal vez... tal vez encuentre algo —y pensó en Hugo, en el pasado. La silueta de su primo se transformó en un vacío recortado de la existencia, luego en sombra y, como remate, en una ilusión que cuando intentaba alcanzarla, ondulaba como el agua antes de desvanecerse. Hubo un momento de quietud e inacción antes de continuar. Abel intentaba escuchar en el mutismo de su casa algo. Aunque tenía miedo, quería escuchar y ver. Entonces, por el rabillo del ojo vio algo atravesar la sala hasta el pasillo sin hacer ruido; giró la cabeza, ya arrepentido de haber deseado que aquello que sea lo que fuere, se manifestara. Abel se inclinó hacia adelante para asomarse con la certeza de que no vería nada. Y así fue. La lámpara de la sala apenas si iluminaba los muebles. Fingió entonces que no había visto aquella sombra des-

lizándose por la casa y que tampoco sentía un peso extraño y súbito sobre su cuello y continuó.

21 de abril

Hoy vino Alonso. Mis papás no estaban, así que pudimos estar juntos, aunque, lo sentí raro, como distante, pero no me dijo nada. Lo entiendo, supongo que es difícil llevar... una amistad así. La verdad, no me gustaría dejar de ser... su amigo. No puedo... estar con él es lo máximo para mí. Cuando se fue, me quedé solo en mi habitación. Nada más estaba yo en la casa. Empecé a escuchar ruidos y a sentirme observado. Me dio mucho miedo, así que vine a encerrarme. Ni mis papás ni mis hermanos han llegado y parece que así será por un buen rato más. Sigo oyendo cosas; hace rato escuché como alguien arañaba la puerta de la cocina y luego unos suspiros raros.

“Hugo”, oigo que alguien me llama despacio en el oído. Los cristos que hay por la casa me asustan todavía más. Siento como me miran y no puedo huirles. El del cuarto de mi mamá me sigue con la mirada desde la oscuridad. Me levante y cerré la puerta, prendí la luz del pasillo, pero todavía puedo sentir su mirada penetrante persiguiéndome. Oigo su corazón descubierto palpitando con dolor, con fuerza y, con cada latido, las espinas se le clavan más y el fuego se aviva. Su mano sangrante me aterra. Tengo miedo de que algún día me alcance.

No sé cuánto más tardarán en llegar. Creo que me pondré a jugar videojuegos o algo para que haya ruido. Tal vez ahí la mirada de los cristos no me alcance.



Lo recuerdo con dolorosa claridad. Aquella vez, fue la primera vez en la que nos tocamos. Supongo que por eso te

pusiste incómodo. Pero estábamos ahí los dos, conversando, sentados lado a lado y de repente, me agarraste de la mano y te la pusiste “ahí” para que sintiera algo que no conocía, una parte de ti que jamás había visto. Luego me volteaste a ver como invitándome y te levantaste la pantalonera y yo, sin pensarlo dos veces metí ahí la mano. Se sentía todo caliente y húmedo. Me gustó el crujido que hicieron los vellos de tu pubis al rozar mis manos; luego, empuñé esa cosa blanda y pesada. Y subí y bajé hasta que se empezó a sentir resbaloso, mojado y duro y yo también empecé a sentir como se endurecía el mío... “Síguele” me dijiste y entonces, esa cosa que al principio parecía una babosa, ahora estaba completamente dura. “Vas” dijiste gimiendo y con tu otra mano apretaste mi cabeza y la pusiste “ahí. Era la primera vez que veía esa expresión en tu rostro...Aún siento tu estómago inflándose tocar ligeramente mi frente. Tu respiración agitándose. Recuerdo cómo me mirabas desde arriba, así como Dios mira a los humanos con una expresión sin igual, tus manos apretando mi cabeza, mis mejillas, tú empujando con fuerza...

Abel se retiró con el ceño fruncido de la lectura. Adelantó las páginas:

— ¡Qué raro! Después de esta página, ya no hay fechas...
— entornó los ojos —. La letra también se ve diferente.

Los nudos, antes bien cerrados, ahora quedaban abiertos, las líneas firmes se retorcían como agonizando. Abel, aunque asqueado por lo leído, se obligó a continuar en la siguiente página con fecha:

Viernes 24 de mayo

Las voces no se detienen, las escucho todo el día. Ya no hay silencio, sólo el ruido de los gritos comenzando tan pronto como empiezan a desaparecer, los golpes en las paredes. Alonso volvió a venir... estaban mis papás aquí... yo creí que

la puerta estaba cerrada. Metí la mano en el pantalón de Alonso y empecé, como la otra vez, a mover la mano de arriba hacia abajo. Deseaba tanto volver a sentirlo que en cuanto estuvimos solos empecé a tocarlo... Y Alonso luego luego empezó a gemir y yo sentí mis manos empaparse. Volverlo a escuchar me transportó a otro mundo; ya ese cuarto no era mi cuarto, sino un mundo aparte donde podía estar con él. Ya no existía la mirada acusadora de los cristos, sus suaves gemidos habían apagado los gritos y los golpes.

Estábamos tan concentrados en “nuestro rollo” que no nos dimos cuenta cuando giraron la perilla. No oímos. Un grito nos devolvió a ese cuarto, a ese momento; nos arrancó del mundo en el que estábamos y nos devolvió a esta casa. “¡Hugo!” mi mamá...

—¡Tsss! ¡No mames! ¡Los cachó mi tía! ¡Qué culero! —exclamó Abel riéndose apenado.

... mi papá vino después y nos sacaron a gritos y patadas de la casa. Mi mamá duró días sin poder verme, tampoco se atrevía a dirigirme la palabra. Mi papá no decía nada, pero sentía su mirada de decepción. En el silencio, los gritos y los llantos subieron de volumen; empezaron a pelear entre ellos. A diario.

Volvían al mismo asunto: la amante. Mis hermanos dejaron de venir. Todo ha sido horrible. Los gritos volvieron acompañados de imágenes que no recuerdo haber visto nunca: mi mamá medio muerta en el suelo, cubierta por una manta, mi papá con sus venas pronunciadas ahorcándola, golpeando a mis hermanos. Mi abuela llegando a altas horas de la madrugada. Las manchas de sangre en el suelo. Las caras deformes y monstruosas de mis papás. Las luces del alumbrado público en la noche. El ruido del motor del carro, los vasos rotos, los vidrios estrellados. Los golpes, los gritos, el

llanto, el teléfono desconectado. Mi papá recibiendo a la policía. La música mezclada con los insultos con los golpes, con los gritos, con el ruido de un plato estrellándose. Nosotros llorando. La música reproduciéndose sola al día siguiente con la casa en total silencio y en desorden...No recordaba las cosas tan vívidas.

A veces no sé qué es real o no.

No sé cómo apagar estos recuerdos. No sé qué hacer con todo esto.

Tuvimos un día de campo el día del estudiante. Nos llevaron a unas albercas; Alonso y yo no hemos hablado desde “eso”. Él me dijo que lo mejor era “dejarla ahí”. Pero no pude seguir fingiendo que no quería estar junto a él. El día de campo fue la primera vez que lo vi sin playera. Creo que él tampoco encontraba la manera de acercarse; de la nada llegó y me pidió que le pusiera bronceador y eso hice, me limité a eso, a pesar de que quería llorar en su espalda, abrazarme de él y llorar, decirle lo mucho que lo extrañaba. Pero en cuanto pudo, se fue. Volvió con sus amigos lo más rápido que pudo. Mas tarde, ese día, me abrazó (a escondidas) “Te extrañamos” me dijo y se restregó contra mí. Ese día nos tomamos nuestra única foto juntos...

Abel recordó la foto en la mesa que estaba en la casa de Alonso.

— Ahora entiendo...

... voy a ir a que la revelen y se la voy a regalar a Alonso. Le escribiré algo bonito atrás.

En los ojos de Abel quiso formarse una lágrima. En su interior, pudo sentir un malestar que no le permitió levantarse y le hizo pensar en ella.

Nos íbamos a sentar juntos en el camión, pero creo que no quiso porque sus amigos empezaron a reírse y a decirle de

cosas. Todo el camino se fue besuqueando con una amiga de él. Yo me sentí fatal. Me quería morir. ¿Por qué? ¿Por qué?



Alonso, ¿qué es la eternidad para ti? ¿Significa vivir para siempre? ¿Tener hijos? ¿Qué? ¿Un día más? ¿Un año, una década, un siglo más? ¿Acaso vivir por milenios y milenios? ¿Millones de años? ¿Qué?

Alonso... mi vida fue los instantes que pasé a tu lado. Ahí encontré la vida, la eternidad. Todo... Si la eternidad significa que esos momentos durarán por millones y millones de años, que no nunca tendrán fin... Entonces, adentro de este diario, confinados a este pequeño mundo cerrado, esos breves instantes serán eternos... Por fin encontré la manera de callar las voces, Alonso. No se iban a callar hasta consumirlo todo, hasta destruirlo todo, y yo no puedo hacer otra cosa sino obedecer. Debo entregarles lo que quieren. Nada se calla hasta que empiezo a pensar como entregarles lo que piden. Sólo entonces hay silencio, quietud, quizás paz.

Alonso, aunque me duela, quizás este es el único camino que puedo tomar. Los cristos de la casa lo piden, su corazón sangriento lo exige. Estoy seguro. Su mirada me condenó al infierno. El camino que he de recorrer ya está trazado. No importa cuánto me arrepienta, cuanto hable con Él, cuanto le pida piedad. Nada de eso le basta. Pero nadie sabe, Alonso, que yo oigo esos golpes en la pared, esos gritos desesperados. A veces creo que me oigo, me oigo de niño llorando y gritando. No sé de quién es ese doloroso lamento, sólo sé que debo callarlas pronto. ¿Es que acaso este mundo no es más que una vil mentira?

Un escalofrío recorrió el cuerpo entero de Abel, estremeciéndolo. La imagen del terreno baldío le resultó escabrosa, pues, dentro de su cabeza, escombros brotaban de la nada y

oía, sí, Abel podía oírlo con nitidez, la algarabía de una fiesta vacía. Voces que rondaban descarnadas por la casa, sillas arrastrándose sin que nadie las moviera, luces encendidas y música, mucha música acumulándose en los rincones oscuros de una casa abandonada. Los fantasmas invisibles de la fiesta se revolvían con la dura realidad de la familia en un solo amasijo convulso. Así, en los pasillos abiertos al cielo, rondaban los pasos incorpóreos de sus familiares y la risa de su tía caía como la lluvia sobre las piedras.

¿Sabes? He pensado en muchas opciones sobre cómo hacerlo. ¿Cianuro? No. No soportaría verlos retorcerse delante de mí, no podría con la culpa. ¿Balazos? Tampoco. Ni siquiera sé dónde puedo comprar un arma, además, nada me aseguraría que cumpliría mi objetivo, ¿qué pasaría si sobrevive alguno? ¿Si sobrevivo yo? No podría soportarlo. Entonces se me ocurrió... un método perfecto: una explosión. Sí... eso nos borraría de la faz de la tierra sin dejar rastro, ni una ceniza errabunda de nuestros huesos. La fuerza quizás nos haría pedazos, sí, pero las llamas que le seguirían se alimentarían de nuestros cadáveres, se comerían hasta nuestro silencio.

Abel se imaginó a Hugo sonriendo, si acaso con ligereza, mientras maquinaba su funesto empeño. El tono del diario había cambiado, donde antes las palabras expresaban, aunque fuera, un hálito de ternura, una esperanza menguándose, ahora solo quedaban maquinaciones perversas. Sólo quedó una precisión escalofriante, como la de un escalpelo abriendo la piel para reventar una bola de pus y hacerla brotar.

Junio 01

Las voces vuelven sombrías, me rodean, alzan muros de siluetas que se derrumban en estruendos, grandes llantos redondos me empapan y entonces, sudo. Sudo y empiezo a recordar cosas que no quisiera nunca más recordar. He seguido pensando, por supuesto, en ponerle fin a esta angus-

tia. Mi mamá sonríe, mejor dicho, imita una sonrisa. Puedo notar que llora. Su llanto se escucha como el del espectro que solía recorrer la casa por las noches, pero ya no hay golpes, después del llanto queda un vacío extraño que me paraliza. A veces, cuando llora, las ventanas tiemblan, parece que un gigante sacude la casa con furia.

Alcanzo a escuchar sus lamentos penetrar con suavidad las sombras. Sigo pensando... ¿será lo mejor, Alonso? ¿Es la única manera de acabar con esto? ¿Con esta vida de angustia interminable? No lo sé.

El silencio que hay en la casa corroe. Me enerva...

No debo precipitarme... intentaré no escuchar las voces y pensar en ti, en tu sonrisa dulce con la que me miras y tus caricias que anestesian mis ansias de abandonarlo todo.

Una atmósfera fría se asentó en la casa de Abel. Sintió el calor leve del calentón arrullarlo y sus ojos empezaron a cerrarse. Las letras del diario se volvieron borrosas hasta que, de pronto, la tinta empapó la mirada de Abel cubriéndolo todo con su negrura espesa y somnífica.

A la mañana siguiente, despertó, se sentó un rato en la orilla de la cama sin observar algo en específico, percibiendo de reojo las rejillas naranja fosforescentes del calentón.

Entrecerró los ojos pensando en algo, evocando a alguien:

—Se me puso la piel chinita —murmuró soñoliento estirándose. De pie, oyó el golpe seco del diario al estrellarse contra el suelo. Y el libro se abrió. Abel miró por el ovillo del ojo el libro abierto en el suelo, descansando como un ave moribunda. Se inclinó para levantarlo y lo miró un rato. Le dio la impresión de que aquel libro palpitaba con esmero.

—¿Qué habrá pensado el Alonso al leerlo? —la imagen escurridiza de Hugo atravesó fugaz por su mente.

... ¿Se derrumba mi futuro? ¿Por qué sigo esforzándome? ¿Qué es lo que me detiene? ¿Qué es lo que no puedo dejar ir? Alonso, el mismo sueño se repite una y otra vez, un

sueño interminable de un mundo acabándose y mi voz seca sale de mi garganta quemándose. Hay sombras ondulando, brotando de una luz inmensa, ¿son los escombros de mi esperanza?... Alonso, ¿estoy haciendo lo correcto al abandonar mis tristezas, miedos, sueños e ilusiones al fuego?

De las pestañas lubricadas de Abel cayeron gotas; gruesas, pesadas y silenciosas, cayeron golpeando contundentes la página, borrando las letras.

Tomó el teléfono agitado, — Mamá — dijo en un hilo de voz.

— ¿Qué pasó, mijo? ¿Qué tienes?

— No es nada. No te preocupes. Tengo que platicarte algo. Después del trabajo voy a tu casa.

— ¡Válgame! Bueno, mijo. ¡Que Dios te bendiga! ¡Nos vemos más tarde!

Colgó, limpió su nariz con el dorso de su mano; el peso inefable de las lágrimas lo devolvió a su cama, doblado, dos arroyos cristalinos arañaban sus mejillas.

— ¿Y ora tú qué traes? Andas todo ido — Abel volteó y su mirada vidriosa traspasó a su compañero como si su cuerpo fuera una estela de niebla.

— Oye, ¿estás bien? — Abel asintió con igual lentitud:

— Todo bien — respondió una voz exhausta.

— Si te puedo ayudar en algo, ya sabes que aquí estamos. ¡Ánimo! ¡Hay más culos que estrellas, mijo! — palmeó dos veces el hombro cuadrado y enclenque de Abel, luego se retiró.

Alcanzó la foto de la familia de su tía, la acercó despacio hacia él. Y los recuerdos llegaron en un oleaje suave de risas dispersas, de abrazos de espuma que se deshacían al tocarlo apenas, luego, destellos y, por último, nada. Una pantalla negra sorbía el agua y las risas y los abrazos y el cariño y Abel se quedaba nada más con aquella foto.

— Mire — explicó y puso el diario frente a su madre.

— ¿Y esto qué es?

Arrojó la cabeza hacia adelante:

— Ábralo — dijo tajante — . Y lea.

La mano avejentada se estiró temblorosa para alcanzar el cuaderno.

— Ahí están las respuestas, mamá. Lo que pasó con la familia de mi tía...

— ¿Qué? — preguntó grave la mujer.

— Lea.

Los ojos grisáceos de la mujer recorrieron de derecha a izquierda con rapidez una página, luego otra y otra hasta que la rebasó la emoción y dos trazos de agua esmaltaron sus arrugas.

— ¿Quién te dio esto? — colocó su mano entre las dos mitades del libro.

— Alonso.

— El amig...

— Su novio — interrumpió Abel a su madre.

La mujer se llevó la mano a la boca para cubrir su rostro avergonzado.

— Mamá. Ellos no desaparecieron... Hugo...

Más lágrimas caían de su rostro, un quejido leve salió de sus dedos de rendija. Volvió su vista al diario.

... yo también quería conocer el amor, sin importar su nombre. Pero estas raíces clavadas en mi pecho parecen más unas grietas profundas, sin fondo. Alonso, no importa lo mucho que estire mi mano, no logro palpar el futuro, no alcanzo a tocar el mañana ni con la punta de mis dedos.

Alonso, pronto me convertiré en un fantasma, en niebla, en humo, en una sombra sigilosa que continuará deambulando por días grises y eternos... cuando eso pase, tú...

En ese instante, una brisa débil abrió la puerta que rechinó, dejando pasar un viento frío y el ruido de las hojas arras-trándose por la calle como pasos sueltos en busca de un cuerpo.

... no resisto más sin ti. Tú también me has abandonado. Sólo las voces y los golpes, y los llantos y los silencios sombríos permanecen a mi lado.

— ¿Ya sabes qué pasó aquella noche? — la madre vio las pupilas encendidas de ocaso de Abel tiritar.

— Lo intuyo, pero no me he atrevido a leer esa parte. Me estoy yendo por orden.

— ¿En qué fecha vas?

— Junio — respondió lacónico, sin aspavientos.

Los dedos enjutos recorrieron las páginas. Los labios cansinos de la señora balbuceaban algo mientras pasaba las páginas.

Se detuvo en la última hoja del libro. Sus ojos se abrieron oscilando entre el horror y la ternura. Tocó con la yema de sus dedos, dos gotas que pendían de sus ojos, arrebatándoselas de la mirada. Moqueó.

— Cuando termines de leerlo, préstamelo — exclamó con delicadeza al tiempo que cerraba el libro.

— ¿Qué piensas, mamá?

— Me siento muy agotada, mijo. Es muy difícil para mí digerirlo. Todos ellos... — detuvo sus labios en ese instante innombrable.

Abel bajó la cabeza, dejándose acariciar por el silencio crepuscular que anidó en la casa.

— Tu tía y tu tío. Yo también. Todos lo sabíamos, que ellos no eran amigos — confesó errática —, la situación empeoraba en ese matrimonio, pero jamás pensé que estuvieran tan mal. Nunca me lo imaginé.

— ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me dijiste que desaparecieron? ¿Por qué toda la familia lo hizo?

La mirada extraviada de la madre de Abel lo encolerizó.

— ¡Mamá!

— Porque nos negamos a aceptarlo, mijo. Quisimos conservar la esperanza. Nunca encontraron sus cuerpos. Nada.

Abel permaneció atónito, incapaz de articular réplica alguna.

—Hugo logró su cometido. La explosión los borró de la faz de la tierra. No quedó ni una ceniza para llorarles. Nada. De verdad llegamos a pensar que los desaparecieron o que se habían mudado a otro lado. Buscamos explicaciones por donde pudimos.

—Y todas llegaban a donde mismo —agregó Abel sombrío.

—Así es —asintió su madre—. Todas daban con el mismo estruendo, con la misma noche. ¿Quién elige un veinticuatro de diciembre? ¿Quién puede querer empañar una noche tan bella con tanto dolor? ¿Por qué?

¿De dónde sacó tanto odio ese niño? Tus tíos no eran perfectos, pero él era su adoración. Lo consentían de todo a todo, ¿cómo pudo pagarles así? ¿Por qué?

Ambos callaron meditabundos. El desasosiego les impedía pensar en una respuesta lo suficiente buena, algo que los aliviara y los dejara conformes.

—Entonces, ¿nadie sabía que estaban muertos?

—Siempre tuvimos la esperanza de que aparecerían un día. De que quizás alguien nos buscaría para decirnos: “Soy hijo de tal por cual”, que el teléfono sonaría y escucharíamos la voz de tu tía o de tus primos, algo. Que, tarde o temprano, tendríamos alguna pista sobre su paradero. Que también a ellos les dolería extrañarnos y la nostalgia los haría volver. Pero... no... —divagó con la voz entrecortada, entonces, guardó silencio.

Abel se acercó, cauto, y abrazó a su madre que lloraba amargamente.

XIII

A nohecía. Las estrellas brillaban tibias en el gélido firmamento decembrino.

— Ya me voy, mamá.

La madre de Abel se levantó apoyándose de la silla. Él la vio, pensativo, una sonrisa brotó de sus labios hoscos.

— ¡Ándale! ¡Que Dios te acompañe! —respondió, alzando un beso a la mejilla áspera de su hijo quien volteó a verla enternecido.

— Igual. Descansa —respondió dándole la espalda.

Septiembre 15

Traté de alejarme un tiempo de escribir, apartarme de mis pensamientos... de mis recuerdos, pero es imposible. Los gritos persisten, la posibilidad de los golpes acecha día con día. No resisto. No puedo con esto.

A veces me siento culpable de pensarlo. Desaparecernos a todos. Borrarnos de la faz de la tierra suena tan terrible y parece tan cómodo y definitivo a la vez. Una solución absoluta a todo este peso, el estruendo ensordecera sus gritos, los golpes de las paredes. La explosión borraría nuestras manos, nuestros rostros, el fuego nos volverá cenizas y al final, el viento esparcirá nuestros restos por el mundo.

Quién sabe... a lo mejor, Alonso, algún día llegue otra vez hasta a ti y volveré a tocar tu piel, a acariciar tu rostro y tú no sabrás nunca que fui yo o que fue en quien me convertí. Me pregunto ¿qué sentirá mi mamá? ¿mi papá? ¿De niños habrán imaginado que sus vidas serían esta espiral amarga de tragedia? ¿Mis abuelos lo habrán pensado alguna vez? ¿Habrán considerado la posibilidad de que sus hijos no fueran adultos felices? No lo sé. Pensarlo me llena los ojos de lágrimas y una sensación de pesadez invade mi cuerpo y me paraliza en ese instante.

Cuando me siento lúcido y reconozco las voces, los gritos y los llantos, cuando mi piel erizada desprende de sus poros los ecos de los golpes, empiezo a pensar en cómo se sintió mi mamá cada vez que mi papá la golpeaba. Mal tratada por la persona que ama o que amó. No lo sé. Y eso me hace enten-

derla un poco, su necesidad de fiesta, la sonrisa obligatoria. Su soledad. La brutalidad que nos entumeció a todos, incluso a él, quien es también un eslabón de esa cadena frenética de violencia.

Pero después, no entiendo. Nací en el seno de una familia incomprensible, con gente tan distinta, tan ajena, ¿me lo merezco? ¿Se lo merecen ellos? Siempre que esas preguntas me acucian, tu voz aterciopelada las hacía callar inundándolas con su vaivén sedoso acunado en mis oídos.

No lo sé. No lo sé, Alonso, tal vez, sólo tal vez, no haya familias buenas, ni malas. Los alaridos desgarradores de la mujer de blanco, las tiernas palabras de mi madre. Los golpes en la pared, las gentiles caricias de mi padre; ¿sabes? Creo que, al final del día, todos eran uno mismo.

Quizás, Alonso, estos pensamientos, esto que tanto deseo hacer no es por ellos, sino porque no veo en el futuro una posibilidad de ser feliz; la felicidad está abolida aquí y ahora y para siempre. Para mí, para ellos.

Tú también te fuiste y a mí no me quedan más que los recuerdos en este diario, el presente con su angustia irrevocable.

¿Por qué el fuego es la solución? ¿Por qué nunca hubo otro camino?

Septiembre 20

Alonso, vuelvo a escribirte porque, por más que intento renunciar a esta idea, a esta muerte absoluta, no puedo. Mis padres duermen. Mis hermanos también, pero yo no. Son las tres de la mañana. Llevo días sin dormir escuchando al pasado repetirse una y otra vez. Las sombras no cesan. Vienen en una ola descomunal de gritos furiosos que me ahogan.

Quise enviarte un mensaje de texto, pero recordé que ya había borrado tu número y no recuerdo ni un sólo dígito.

En veces, cuando oigo el grito o el golpe reverberar en la noche, salgo de mi cuarto cuidándome de no hacer ruido. Aun-

que me da miedo la oscuridad, apago la luz antes de abrir la puerta y no escucho sino los ronquidos rasposos de mis papás durmiendo. La paz azulada de la casa... pero, aunque ellos duermen tranquilos, yo veo como las sombras se deslizan de cuarto en cuarto como cuando era niño. Hay veces en las que las ventanas se sacuden, aunque no haya aire y alguien grita en la cocina o unos pasos incorpóreos que se alzan desde las losas, cruzan el pasillo para no llegar nunca a ningún lado. Las sillas se arrastran solas para que nadie se siente y unos ojos densos, penetrantes que brillan como la hoja de un cuchillo, me observan desde el fondo del pasillo. En el día, cuando me quedo solo, antes de irme al bachilleres, siento esa mirada clavarse en mi cuerpo.

Antes estabas tú para disminuir su poder, pero desde que te fuiste, recibo aquellos ojos enteros. Cuando llego, rostros borrosos, sin facciones, me persiguen en las pantallas de las teles, el tic-tac del reloj cae a cuentagotas sobre la casa vacía y yo estoy encerrado en mi cuarto iluminado

No sé qué digo. Esto tú ya lo sabes, pero siento la enorme necesidad de decírtelo otra vez. No se van, ni se irán.

Y busco refugio en los Cristos a los que mi mamá les guarda una devoción acérrima, pero me miran con sus ojos azules, con esa mirada tan dulce y tan ciega y me siento peor. Su mirada no me consuela, parece atravesarme o seguirme. Luego, los rostros afligidos, sonrientes, me atemorizan de alegres, de dolientes. Nada más queda el silencio en el que puedo oír la hojarasca crepitar, el tic-tac del reloj avanzando hacia aquél inevitable destino y los ecos, tantos y tantos ecos que parecen murmullos.

Octubre 10

Ya van dos días que no duermo. Creo que es porque se acerca la fecha. Es extraño, todo está en calma, siento como si estuvieran intentando persuadirme de hacerlo. Pero no hay

vuelta atrás. Leo, de vez en cuando el diario y pongo en una balanza los años tórridos y tremendos que hemos vivido y este mes palidece, siento que comparo una pluma contra una bola de plomo. Amaneció. Una llovizna se clava en el pavimento, acaricia las hojas que apenas tiemblan con el peso de las gotas.

¿También sientes como las tardes empiezan a enfriarse y las noches se alargan más y más?

Ojalá que cuando leas esto, puedas perdonarme y entenderme. Alonso, les mostraré cuan tibio es el infierno a comparación de esta vida.

Octubre 11

Estoy solo. Todos se fueron a El Paso de compras. No dormí ayer tampoco. Se fueron de madrugada. Dejé las luces prendidas, pero creo que eso empeoró todo. Ver las habitaciones iluminadas, vacías con la llovizna afuera de fondo y el silencio adentro me provoca algo. Siento como si de repente fuera a escuchar algo, un ruido, un movimiento, pasos, pero no, nomás el refri suena cuando hace hielos y los deja caer. Y los resortes de la cama contrayéndose cuando me doy vueltas. Al amanecer, fui a misa, a la de siete.

Pensé que quizás debía darle otra oportunidad a Dios. No sirvió de mucho. Todo el tiempo que estuve ahí, sólo pude pensar en la luz irisada atravesando los vitrales, en el rostro triste y el cuerpo afligido de Cristo y en ti y el abandono al que me condenaron tus padres y los míos y tú y el odio por el mundo, hacia el destino creció más.

¿Por qué no puedo ser libre de disfrutar un romance con quien yo quiera? ¿Por qué los demás tendrían más derecho a la felicidad que yo? Me hiqué para orar delante de una estatua de la sagrada familia, pero acabé por maldecirla. La luz palpitante de la mañana atravesaba los vitrales. Me fui. Al llegar a la casa, abrí la puerta y el aire frío de la ausencia

me recibió, acompañado de gritos lejanos, de sombras huidizas perdiéndose en el pasillo. Una silueta de niebla aparece en vez de mi reflejo cada vez que paso frente a algún espejo. Veo las sombras dispersarse y no volver. Ya es de noche. No tardan en volver.

Abel hojeó las páginas restantes para ver cuantas quedaban:

— Diez... — exclamó aliviado en un suspiro —. Mañana lo termino y podré concluir esto.

Pasaron casi tres meses desde que le entregaran el diario de Hugo. Se levantó, arrastró los pies hasta el baño y se miró en el espejo: por poco y no logra reconocerse. Su rostro, antes liso y prolijo, ahora anidaba un deslave de ojeras tumultuosas, la barba descuidada, los pómulos saltones y una mirada honda, confusa lo veía desde un rostro que no reconoció en el espejo.

Pensó en Magda.

— Si me hubiera visto así, a huevo que me hubiera cuernado — se dijo, oyendo el sonido rasposo de sus dedos rasgando su axila. Prendió el celular. Le costaba un poco adaptarse a los botones pequeños y a la pantalla lisa y enorme. La hora le sorprendió:

— Cinco de la mañana. Me voy a dar un regaderazo.

— ¡Buenos días! — su compañero lo recibió sonriente —. ¿Ya andas mejor?

Abel asintió observando la pantalla de su computadora.

— Sí, ya — contestó sin mirarlo.

— Oye, ¿y todo bien o qué?

— No, simón. Nomás andaba cansadón. Gracias por preguntar.

— ¡Ay, ay! — exclamó socarrón su colega —. ¿De cuándo acá nos damos las gracias, cabrón? Eso déjaselo a las viejas. Nosotros somos compas — contrajo los brazos y apretó el pecho a modo de flexión —. Ahí te *watcheo* al rato pues. Ya me voy que tengo jale.

Se despidió con dos palmaditas en la espalda enjuta de Abel.

— ¡Este vato! — balbuceó Abel entre dientes y siguió con sus labores. De vez en cuando, con disimulo, se asomaba por encima del monitor para verle el trasero a sus compañeras.

Salió. Frente a él, la plaza de armas y rectoría, por sobre su cabeza el sol inclemente y el aire tibio de diciembre. Cruzó la calle hacia la plaza del ángel, luego, se metió a San Francisco de Asís. Enormes, sus pasos retumbaron como aplastando el jugoso silencio de su hermetismo.

— No es esta. Aquí no hay vitrales — murmuró, después se dio la media vuelta. Subió al auto y agarró la once, dio vuelta en la veinte y, lejos, en su retrovisor, vio la aguja de otra iglesia empequeñecerse con la distancia.

Volvió a la enorme soledad de una casa vacía donde no lo esperaba nadie, ni siquiera el polvo elevándose en el vacío.

Abrió el refrigerador. Todavía tenía comida en unos recipientes. La olió:

— Todavía está buena — dio un portazo al horno de microondas y se sentó a la mesa, solo, oyendo el bufido del horno expulsar aire caliente.

En la mesa, el diario cerrado.

— ¡Puffff! — exclamó fastidiado al verlo. El horno lo llamó con su usual pitido agudo que alcanzaba a escucharse por toda la casa. La comida le supo un poco agria, pero siguió comiendo sin importarle eso. Cucharada a cucharada, limpió el contenedor. Vio su celular de reojo. Encendió la pantalla y se quedó quieto pensando en algo.

— Voy a echarme un rato. Ahorita vengo — avisó al vacío y se dejó caer al colchón de la cama. Prendió la tele, el fulgor azul titilante iluminó de a poco la oscuridad paulatina que se asentó con la llegada de la noche. Atontado, Abel se levantó, en la cocina vio el diario dispuesto en la mesa.

Oyó su nombre lejano, pero en su oído, pronunciado por una voz familiar. Volteó asustado, el ruido de la tele y el titilar de su luz en su cuarto era lo único que había ahí. Todo lo demás era una masa sombría de siluetas azules.

Tomó el diario entre sus manos y lo apretó con furia.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Todo es tu culpa! —intentó retorcerlo, pero parecía que el libro endurecía su piel hasta que oyó algo rasgarse. Entonces, se desplomó en el suelo junto con el libro. Abel se dobló sobre sí mismo, dejó caer sus brazos lánguidos al suelo y empezó a llorar.

Vio la pasta del libro abierta, con una fisura blanca que descubría las páginas.

—Hugo... —susurró y abrió el libro:

Octubre 16

Alonso, ya mero salimos de vacaciones. Espero en tu nueva escuela te esté yendo muy bien. Ojalá alguien te ame en mi lugar, ya que yo no puedo hacerlo. Ya que yo no podré volver a hacerlo. Aunque algún día me busques con llanto y tristeza, nunca más podrás encontrarme más que aquí, entre estas palabras que quizás mientan, que quizás cuenten una historia diferente a lo que fue la verdad.

Abel leyó silencioso aquellas palabras. Sus labios oscilaron incapaces de decir nada. Puso el libro sobre su regazo y debilitó su asir. Releyó el párrafo, sintió como los latidos de su corazón lo quebraban de a poco. Aunque no entendiera e incluso a veces le repugnara el amor de Hugo, en ese momento, pudo compadecerlo. Volvió a pensar en Magda, en su abandono, en lo sola que pudo haberla hecho sentir. Tomó el libro con una tierna fuerza renovada y una sonrisa dulce izándose en sus labios.

Alonso, para el amor eterno no existen segundas oportunidades, sin embargo, espero encuentres a quien amar en mi

lugar. Yo, por mi parte, lo incendiaré todo, lo odiaré todo, lo destruiré todo. Me convertiré en una maldición, un secreto a voces, el rumor que se acalla cuando alguien entra en una habitación. Me transformaré en las sombras que rondan los pasillos vacíos. En esos pasos secos que nunca terminan de llegar, en el murmullo repentino que provienen de ningún lugar.

Que Dios te bendiga siempre, Alonso.

Abel giró su cabeza inspeccionando la casa. Se sintió observado desde el techo, las paredes, a través de los espejos, a pesar de saberse solo. Volvió a sentirse rodeado por una presencia triste. Circunspecto, se alzó del suelo de la sala, apresuró el paso con la vista recta. Evitó voltear, asomarse a algún rincón oscuro; intentó caminar en línea recta y sin escalas, sentía que, en los dobleces de su casa, algo lo esperaba escondido a plena vista. Cerró la puerta de su habitación sin mirar atrás, echó el seguro y siguió leyendo con la piel erizada.

Noviembre 02

Todo está en calma. Mis papás no han peleado, ni siquiera con mi hermano. Oigo la voz de mi mamá tras la puerta. A veces veo como su cigarro cobra intensidad cuando ella inhala y el papel forma un punto anaranjado, palpitante que despide un humo fétido en la oscuridad. Al parecer mi hermano dejó el comunismo y se consiguió un trabajo. Se respira la paz, pero ¿por qué yo no puedo tranquilizarme? ¿Por qué oigo pasos y voces en las noches? ¿Por qué veo como una sombra se detiene en el umbral de la puerta cuando las luces se apagan y todos duermen? ¿Por qué las pinturas de los cristos me acusan?

Por más paz que haya, las visiones vuelven destellantes. Me marean. Los cabellos rizados de mi madre mojados por un líquido rojizo, la mueca rabiosa de mi padre, su figura imponente y la madrugada donde lloramos.

Los gritos no cesan. Las paredes los desprenden como el agua caliente suelta vapor. Y, aunque tape mis oídos, aun si cierro los ojos, lo vuelvo a escuchar todo, lo vuelvo a oír todo con una claridad aterradora, impresionante.

Recordé el primer conflicto comunista entre mi hermano y la policía. Era de noche. El ruido de las sirenas me despertó, su luz entraba a mi cuarto por la ventana, luego, el barandal se estremeció:

“¡Papá!” grité, pero nadie vino. La luz de la sirena seguía entrando y todo se veía aterrador. Las sombras de los muebles, mi propia sombra crecida, proyectada en el techo y la pared hizo que me levantara y me asomé a la ventana. Entonces, alguien forcejeó. Yo veía hacia afuera, la policía se fue y el forcejeo continuaba. Después, unos gritos agudos y más forcejeos. Yo seguía llamando a mi papá, pero ni él ni mi mamá venían.

Nada. Sólo las sombras hinchadas por la luz de la luna y el forcejeo. Llanto. Lloré. Al fin se detuvo el ruido y mi mamá llegó a consolarme. “Tu papá está dormido. ¡sh, sh, sh!”, me dijo en voz baja. Una sombra gigante apareció en la puerta, era él. “Véngase, mijo. Duérmase con nosotros” y fui con ellos.

Nunca supe que ocurrió esa noche, pero recuerdo el pecho caliente de mi mamá palpitando en mi oído, sus manos tibias sobando mi brazo. Luego el silencio. Al despertar la casa estaba como si nada. Mi hermano dormía en su habitación como si nada.

¿Fue una pesadilla? ¿Lo aluciné?

Ayer se repitió. Las sombras, el forcejeo, la calma. No pude dormir.

Noviembre 04

A lo mejor este es un mundo de sueños y la explosión me hará despertar. No he podido dormir. Cierro los ojos, pero

no duermo. Siento que si duermo algo puede pasar. No sé qué, pero lo siento. Prendo la tele y la pongo en silencio para escuchar los hielos del refri caer. Dormito, cabeceo, pero dormir toda la noche me resulta imposible. Mañana en la mañana volveré al sagrado. No sé por qué, pero aquel templo grande y sus ecos, me tranquilizan.

—¡Oh! — Abel pensó en la aguja desapareciendo en la distancia —. Así que ahí es.

Cada vez recuerdo más cosas de las que no estoy seguro querer acordarme. Alonso, quisiera contarte tanto, pero, una vez que te entregue este diario, sólo quedarán estas palabras de mí para ti y no puedo tolerar que mis momentos finales se contaminen con estas quejas. Quiero que recuerdes el amor que te tuve, lo mucho que deseé amarte. A veces pienso en que me hubiese gustado que alguien o algo hubiese podido detenerme... Necesito desquitarme, vengarme contra el tiempo y la vida y mi pasado donde todavía existimos tú y yo, ese pasado que me atormenta con su violencia desbocada. Alonso...

Abel dio vuelta a la página. Notó que estas últimas hojas estaban arrugadas, mucho más frágiles que las otras y algunas letras estaban barridas.

Pasó las yemas de sus dedos por los valles y montañas de la página. Palpó las protuberancias que se deslizaban hasta formar unos cuencos en las hojas. El recuerdo de Hugo sonriente lo hizo sentirse culpable; las historias de fantasmas que antes le fascinaban ahora le resultaron grotescas.

Abel empezó a sentirse mareado y aturdido. Ya no quedaban muchas páginas del diario y, sin embargo, leerlo le resultaba cada vez más difícil.

Lo último que oyó antes de quedarse dormido fue el libro golpear el suelo.

XIV

— ¡Para! ¡No lo hagas! ¡No seas pendejo! —despertó envuelto de sus propios gritos en medio de la tranquila noche. Su respiración agitada permeaba el silencio nocturno.

— Me quedé dormido — entonces, se heló. Estaba oscuro, la tele apagada. Se levantó de la cama en puntillas. Se asomó a la entrada: la puerta estaba cerrada. El barandal intacto. Esperó agudizando el oído. Oyó un ruido que lo sobresaltó: unas hojas arrastradas por el viento a media calle. Después, no hubo más ruido. Inspeccionó la casa, todo estaba apagado y el diario en la mesa.

Los ojos de Abel se abrieron hasta el punto de casi salirse de sus cuencas y un sudor frío resbaló por su espalda. Escuchó, otra vez, una voz distante llamándolo en la noche.

— Hu-g-Hu-go —dijo en voz alta, casi gritando y trémulo—. ¿E-e-eres t-t-tú? —esperó unos instantes. Sentía el corazón subirle por su garganta. La cabeza le retumbaba en las sienes y sus dientes crujían expectantes.

Nada. Silencio apilándose sobre el silencio.

— ¿Alguien? —gritó. Las luces volvieron de golpe. Abel se quedó estático unos instantes en medio de la sala—. ¡Qué pendejo! De seguro se fue la luz —soltó un suspiro largo y volteó hacia la mesa de la cocina. Lisa. El libro no estaba ahí. Regresó corriendo a su cuarto. El libro yacía en el suelo, justo donde se había deslizado de su mano. El color le volvió al cuerpo y pudo volver respirar. Rio. Primero, una risilla sofocada, luego una risotada voraz emergió de sus labios hasta convertirse en una carcajada desesperada que lo dejó sin aliento.

Volvió a escuchar su nombre.

— ¡Me estoy volviendo loco! —hizo hincapié en la última palabra y alzó la vista esperando ver a Hugo, pero no fue

así. Allí estaba la puerta abierta de su habitación con la televisión balbuceando. Abel se enderezó con calma. Miró a sus alrededores. La casa vacía lo puso inquieto.

— Ya casi amanece — se recordó mientras se bañaba. Vio al resumidero tragarse el agua. Por alguna extraña razón, la danza circular del agua lo apaciguó.

Abrió su cartera. Todavía cargaba una foto de Magda. La tomó entre sus dedos para observarla de cerca. Algo intenso emergió de su corazón. Sus latidos se aceleraron, la foto albeante con la mirada aguda de una Magda monocromática mirándolo inquisitiva. Tocó con la punta de sus dedos, los labios tiernos y acarició los pómulos afilados. Era la imagen de una mujer que bien podía no conocer y, sin embargo, tampoco era capaz de olvidar.

— ¡Ay, Magdita, Magdita! — exclamó suspirando. Luego, se fue al trabajo.

“¿Qué pasó, compa? ¿Cómo andamos hoy?” Escuchó a lo lejos a su compañero de la oficina.

— ¡No mames! Me cagué bien cabrón en la mañana — explicó lo sucedido con la luz.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Está buena esa! ¡Qué cagado!

— Sí, cabrón, no mames. Ya no sabía si prefería que fuera un vivo o un muerto.

— ¡No, pos sí está cabrón! Te hace falta una limpia.

En ese momento, Abel se acordó de la iglesia.

— ¡Hijo, sí! Me recordaste que quería ir a misa al sagrado.

— Si te anda haciendo falta, mi chavo. Y una buena vieja.

— Como hacen falta de esas — respondió oteando la oficina.

— ¡Eso que ni qué! Una lata con las cabronas esas.

— ¡Ja, ja, ja! — ese día, Abel se sintió como hace mucho no lo hacía: liviano, aliviado. De nuevo veía con lascivia y gusto a las mujeres de la oficina buscando a alguien en especial. El trabajo, aunque tedioso, no lo abrumó.

—Señorita, ¿andaba perdida? —esgrimió una sonrisa ante el paso de la secretaria.

—¡Compañero! ¡Sosiéguese! —la mujer soltó una risita y se fue pavoneándose. La mirada de Abel la siguió hasta el final del pasillo donde ella dio vuelta y lo vio por el rabillo del ojo.

Abel giró en su silla y pudo ver a la ciudad desplegarse entera en el horizonte, cubierta por una bruma pastosa que caía lento sobre ella. Cerró los ojos y suspiró. Al abrirlos, distinguió en el horizonte desdibujado por la niebla la bóveda y la aguja del Sagrado Corazón. Buscó la hora en su computadora y en su celular:

—Ya mero —dijo con seriedad, después se estiró y volvió a callar con la vista puesta en la iglesia.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegó al templo. Intentó empujar la puerta, pero esta no se movió ni un poco. Sobre el friso, un Cristo negro, con sus brazos abiertos lo observaba.

—Está cerrado —volteó en dirección al Cristo. Unas cuantas palomas se posaron ligeras sobre sus brazos abiertos. Dio una vuelta por las afueras del templo.

—Así que esos son... —expresó al ver los vitrales. El graznido de las palomas y el sonido de los autos colmaba la tarde de ruido, alguna que otra palabra perdida se filtraba entre la algarabía. Abel terminó en el punto inicial: la puerta y, por encima de él, el Cristo abrazando la ciudad. Una ráfaga de viento sacudió a las palomas que levantaron el vuelo estruendosas.

—Magda, yo... —pero ella lo interrumpió. Las expresiones en el rostro de Abel fluctuaban de una a otra sin intermedios, de inmediato parecía que su cara era una bola de plastilina amasada arbitraria y con vigor por las tenues manos de Magda. El torrente de expresiones concluyó en una sonrisa.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Te lo prometo! ¡Okay! ¡Sí! ¡El viernes entonces! ¡Sí, en el Kaldi de la Bolívar! ¡Okay! ¡Okay! —colgó. Volteó a ver al Cristo—. ¡Eso, chingao! —gritó con alegría y guardó su celular.

Abel escuchó ruido en la entrada de su casa.

— ¡Achis! —se apuró a abrir la puerta, pero todo estaba en orden—. ¡A chinga! —exclamó extrañado —recorrió con sigilo la casa. Voces amortiguadas provenían de algún punto inexacto.

Al llegar a su cuarto, descubrió el origen del ruido: la televisión estaba encendida.

— Yo la apagué... —trató de encontrarle lógica al asunto.

— Me levanté, me metí a bañar y me fui. Estoy segurísimo de haber apagado esta cochinada —esa sensación volvía. Esa extraña inquietud de sentirse acosado desde el aire. La atmósfera empezó sentirse pesada, densa. Abel tenía miedo de voltear hacia atrás y descubrir a algo observándolo. Sus hombros estaban tensos y sus nervios a flor de piel. Un crujido lo sobresaltó. Oyó como alguien se sentaba en su cama.

— Las cosas se expanden y se contraen por la temperatura. Eso es —se explicó. Otro crujido igual de fuerte sonó, esta vez en otra parte de la casa. La atmósfera silenciosa, interrumpida de vez en cuando por ruidos extraños, lo inquietó aún más. A pesar de lo tibio de la ciudad, una ráfaga de aire frío le erizó los vellos de los brazos. Abel no volteó. Empezó a dejar de sentirse observado. Dio un paso, luego otro, así hasta devolverse a la entrada de la casa para salir.

— Mamá —su voz quebradiza le impedía guardar total compostura—, algo raro está pasando.

— ¿Qué mijo? —el tono preocupado de la mujer lo hizo intentar tranquilizarse.

— Creo que mi casa está embrujada... por Hugo.

— ¡Ay, Dios! Tienes que ir con algún sacerdote a que te bendigan la casa.

— Más tarde voy a ir. ¿Me puedo estar aquí con usted por mientras?

— Pero pues, ¿qué pasó?

— Siento como si alguien me estuviera viendo. Es una mirada pesada. Ayer me quedé dormido y dejé todo prendido, y, cuando me desperté, estaba todo apagado.

Al ratito se prendió todo de golpe. Yo quise creer que fue un apagón, pero hoy cuando llegué del trabajo, la tele estaba prendida.

— ¡Jesús bendito! —exclamó horrorizada—. ¿Y no será que te estás sugestionando, mijo? A lo mejor son tus nervios.

— Yo también pensaba eso, pero la sensación de que alguien me sigue sólo me pasa cuando estoy en la casa leyendo el diario.

— ¡Ay, Santo Cristo redentor! Ya deja por la paz a Hugo. A lo mejor el diario ese no lo deja descansar. ¡Deshazte de él!

— ¿Y si se pone peor la cosa? Además, ya casi termino —sacó el diario de su maletín.

— ¡Ay, mijo!

— Vamos a terminarlo, mamá. A lo mejor y eso basta.

La mujer miró el rostro desencajado de su hijo. Asintió.

— Déjame preparar café.

Sentados a la mesa, Abel abrió el diario. Las páginas arrugadas crujieron con fuerza.

— Ahí va —avisó Abel y comenzó a leer:

Diciembre 01

Hoy vino un amigo de mi papá, me dijo que como había crecido. Al irme a mi cuarto, alcancé a escuchar que dijeron que lo mío no era la guapura... Me encerré en mi cuarto para verme al espejo con detalle. Es cierto, soy un monstruo. Jamás he sido bello, jamás lo seré.

Tal vez... tal vez por eso no luchaste por mí. Porque no soy lo suficiente hermoso para pelear por mí, para querer conservarme. Por eso es que siempre fui bueno, porque así, al

menos la gente me miraría por mi bondad, no por mi belleza, pero la primera nunca la tuve y sin la segunda no se es nada en este mundo horrible.

Alonso, el fin se acerca: escribo con una mano y con la otra me despido del futuro. Me despido de las personas que eran mi futuro. No sabes cuanta paz siento, cuan tranquilo estoy en estos últimos días.

Borraré mi horrible rostro de la faz de la tierra. Acabaré con esta cadena de violencia, con esta sangre maldita que corre por mis venas. Todo se lo entregaré al fuego. Todo, incluso tu recuerdo y mis lágrimas que no podrán tocar las llamas.

Alonso... nadie quedará vivo.

Abel y su madre se miraron atónitos, incapaces de decir algo que pudiera romper esa atmósfera de miseria.

Diciembre 05

No he podido dormir estos días. Todos aquí están angustiados por la cena de Navidad, por los regalos; siento ternura al verlos. No saben lo que se avecina. El gran silencio que está por llegar. A diferencia de este silencio poblado de alaridos, de golpes, de temor, el silencio que está porvenir es uno de paz, total quietud. Ya casi puedo respirarlo, pero... ¿por qué me siento tan triste? ¿Por qué dudo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Hoy han vuelto a pelear, a gritarse, a blandir los dientes como animales y aun así, dudo... ¿por qué? ¿por qué siento mis lágrimas revolcarse? ¿Temo por mi alma? ¿Justo ahora vengo a temerle a Dios?

¿Qué debo hacer?

Diciembre 10

No puedo dormir. Me aterra cerrar los ojos. Creo que ver con tanta lucidez las consecuencias de mis actos me impide dormir. Siempre que cierro los ojos, pienso en esa noche. Los muros dinamitados, las llamas ondulando como banderas

sobre el asfalto. La noche amoratada por el fuego y el humo alzándose lento entre el crujir del fuego. El silencio de las ruinas, las miradas curiosas de los vecinos, el eco expandiéndose en el cielo estrellado. Las sirenas rondando con su llanto y su luz apresuradas por el estruendo. Y nosotros que ya no estaremos, que habremos dejado de existir para cuando todos se den cuenta.

Habremos cenado, todos dormíamos y de repente, como si alguien hubiese reventado un globo, un estallido ensordecedor despertará al vecindario mientras nosotros dormiremos para siempre sepultados en el esplendor del fuego. Hasta ese entonces, fuimos una familia amorosa que disfrutó su Noche Buena sin contratiempos.

Es maravilloso, ¿no lo crees, Alonso?

Diciembre 16

Un torbellino de gritos y chillidos oscuros me envuelve al pensar en el pasado. Largos alaridos de niños penetran en la calma. Son míos. Los reconozco. Soy yo el niño llorando en la oscuridad. La borrasca se cierne sobre mí cada noche. Ya no hay paz, ni siquiera su posibilidad. Los fantasmas saben que pronto tendrán que mudarse a otros pasillos, quizás a oídos lejanos que no sepan de nuestra existencia. Lo saben, lo presienten. Han estado más activos estas últimas noches; sus sombras espectrales atraviesan los pasillos con prisa. Entran y salen de los cuartos.

Hay pasos toda la noche, golpes en las paredes. Se aproximan. Los cristos los miran en silencio, impotentes. Esos ojos azules inmóviles y penetrantes son oscurecidos por las siluetas vertiginosas.

Las puertas se abren a la menor provocación. Aunque no haga aire, se abren lento y dejan pasar a los espíritus que revolotean por sobre nuestras cabezas.

Ellos saben que pronto quedarán libres de las cadenas que los atan a estas paredes. Ya no golpearán los ladrillos desde adentro, ni harán gritar a la noche.

Diciembre 18

Los ecos se oyen con más fuerza. Los recuerdos pasan uno tras otro como destellos. No sólo los de los golpes. Los abrazos, los besos, las risas, todos pasan. Ayer vi las fotos viejas de la familia. Nuestros cumpleaños. Yo en la mesa, partiendo el pastel, a un lado mi tía, mis hermanos, mi mamá inclinada, con su mano sobre la mía, ayudándome a cortar el pastel y mi papá sonriente. Risas mudas, sonrisas congeladas, tiempo abolido. ¿Por qué no pudieron mantenerse así para siempre?

La puerta cerrada me aterra. Me recuerda a todas esas ocasiones en las que sólo escuchaba los golpes y el llanto y no sabía que ocurría. Hoy apenas vengo a imaginarlo y me pone a temblar.

Diciembre 20

Alonso. No quiero morir, no quiero que mueran; quiero que sean felices, pero no veo posible que lo sean, que lo seamos. ¿Cuánto más seguirán atacándose? ¿Cuánto más pueden soportar una vida tan hostil? Alonso, ¿por qué no volviste? ¿Por qué? Yo creí que nos amábamos. Pensé que esta espera era una prueba más para nuestro amor, pero no es así. Nunca hubo nada entre tú y yo. Nada. Todas esas veces en las que nos juramos amor, toda tu compañía fue una mentira. ¡Te odio! ¡Ojalá te mueras! ¡Ojalá sufras!

Alonso... ¡Alonso! ¡Eres un maldito!

Abel y su madre cruzaron miradas. Las páginas estaban cada vez más arrugadas, con las letras más arrastradas e ilegibles.

—Queda una página —señaló la señora.

—¿Lista?

— Ya supe lo que tenía que saber — respondió solemne — . Ni mi hermana ni su familia volverán. Sólo falta ponerle fin a este embrollo.

Abel puso la vista en la página. Otra vez, sintió el ambiente ponerse pesado. Algo sonó en el baño.

Voltearon a verse con una expresión desenchajada.

— ¿Lo escuchaste tú también?

La mujer apenas y asintió, con el rostro perturbado. La puerta de su habitación rechinó abriéndose con lentitud. Ambos se miraron incrédulos, atónitos.

— ¿Hu-Hu-go? M-M-Mijo, ¿eres tú? — las palabras trémulas de la mujer fueron respondidas por un silencio tenso y expectante. Los ojos de ambos se abrieron aterrorizados.

— ¿Lo oíste tú también? — preguntó Abel.

— ¡Sí!

Un débil soplo de aire pasó la página.

Diciembre 24

Yo soy Hugo Castillo Hernández. Este diario es mi confesión, aquí están mis misterios, mis remordimientos, aquí se resume la persona quien fui. Soy un asesino que no tuvo la oportunidad de serlo. Este es mi testamento para el tiempo. Me declaro culpable de la muerte de toda mi familia. Yo escogí nuestro fin. Quizás sólo así podamos empezar de nuevo. Quizás, de este modo, apagaré los recuerdos y destruiré los fantasmas que me atormentan por las noches desde que era niño.

Nadie pudo haberme detenido, ni siquiera él. Esto era una broma del destino que nos sonríe con crueldad cuando intentamos desobedecer sus designios.

Pues bien, les mostraré cuán tibio es el infierno a comparación de esta vida.

Mi amada familia, espectros que moran en esta casa, voces descarnadas que habitan los pasillos, vayámonos juntos. A

lo mejor en la otra vida, mi familia y yo podamos encontrar consuelo.

Esta es la última página de mi vida.

Hasta siempre, Alonso. Espero la vida te pague toda la felicidad que me regalaste con creces. Por mi parte, sólo puedo darte este diario en el que encontrarás la verdad y nada más que la verdad. Nunca olvides que te amo y estas palabras perdurarán hasta la eternidad si cuidas bien de estas frágiles hojas de papel.

Soy Hugo, he aquí nuestra historia. Este es su final.

Hasta siempre y nunca más...

Abel cerró el libro. El aire volvió a la normalidad. La atmósfera inquietante fue remplazada por un vaho triste y el rezumar de la luz entrando con suavidad por la ventana de la cocina. Ninguno pudo decir algo. Abel volteó el libro y ambos permanecieron en silencio, con la mirada clavada sobre la portada.

Unas cuantas lágrimas borbotaron silenciosas de los ojos de la madre de Abel.

— ¡Qué terrible! — expresó cabizbaja.

Abel permaneció con los labios sellados, envuelto en su hermetismo y distancia con una expresión seria en el rostro. Levantó la cabeza con lentitud:

— Voy a misa, mamá.

— No creo que él te vaya a molestar más, hijo.

— Lo sé, pero... — no supo cómo continuar. Sentía el corazón pesado, como una bola de plomo hincándose en su pecho —, ¿quieres ir?

— Déjame alistarme para ir.

Entraron en el templo que se llenaba de a poco. Abel miró hacia arriba. Los vitrales parecían llamas de colores al ser tocados por la luz intensa del crepúsculo. Sentados en las

butacas, oyeron el rumor de la gente entrando; los pasos, las voces seseando y poco después, inició la misa.

XV

— ¡Don Alonso! ¿Cómo está?

— Bien, bien, muchacho, ¿y a ti qué tal te va?

— Bien, bien. Oiga, pues vengo a devolverle el diario — explicó Abel y extendió el brazo, apurando el libro a la mano del anciano.

— ¡Pasa, pasa! — le dio la espalda y entraron a la casa.

Sentados cada uno en un sillón, la certeza de no saber cómo empezar con el tema los unió a ambos.

— ¿Qué piensas? — preguntó el viejo después de un largo rato de silencio.

— Me es difícil explicarme, ¿sabe? Enterarme de todos los pormenores de la vida de mis tíos, de su vida y la de Hugo, está cabrón.

El anciano le sonrió desde el otro lado de la sala.

— Pero hay algo que no entiendo... ¿Qué había realmente entre ustedes?

— ¡Puf! — resopló el viejo y tomó la foto de Hugo entre sus manos —. Tiempo después me di cuenta de lo que sentía... Al principio todo comenzó como una broma. Ya sabes, los amigos lo retan a uno a hacer cosas y pues, hay que ser valientes. No sé cuándo pasó, pero, lo empecé a querer y yo no me iba a permitir ser maricón, ni por él, ni por nadie. Mis amigos empezaron a burlarse de mí y pues, se corrían chismes y habladurías.

— Que resultaron ser ciertas — intervino Abel molesto.

— Yo no podía soportarlo. Así que decidí ponerle un hasta aquí y dejé de hablarle. Hice de todo para que él viera que era asunto olvidado, — Abel suspiró conteniendo su ira, — pero me di cuenta de que eso me lastimaba más a mí que

a él. Ya cuando pensé en remediar las cosas, en hablarlo con él, era demasiado tarde y él ya había muerto pensando en que todo había sido una mentira.

Él se enamoró muy rápido y muy intensamente de mí. Yo no. Yo todavía luché mucho por esconder mis sentimientos hacia él. Hugo tenía mucha fe en que la bondad reinaría por sobre todas las cosas, en que algún día nuestros amigos nos aceptarían y dejarían de burlarse. Yo no. Aunque él pensaba que el amor lo podía todo, yo no lo creía así. No creía que nuestro amor valiera la pena todas las consecuencias.

Abel volteó a verlo acusante. El anciano bajó la cabeza sin saber qué decir o hacer.

—O dígame usted, joven, aunque este mundo no sea más que una mentira, ¿que se gana uno con arriesgarlo todo e ir contra corriente?

—A lo mejor si se hubieran conocido en estos tiempos...
—explicó Abel parsimonioso

Alonso asintió.

—Quizás otro gallo nos hubiera cantado. Pero nos conocimos cuando tuvimos que conocernos. La cruel sonrisa del destino nos mostró sus dientes sin contemplación alguna.

Todo este tiempo yo también lo he pensado, pero el momento y la familia en la que uno nace son irremediables.

—¿Y usted cómo se sintió al leer las últimas páginas del diario?

—Al principio sentí mucho asco por los sentimientos de Hugo; lo repudié. Me reproché el haber hecho “esas cosas” con él y luego, cuando vi las noticias, no supe qué hacer, no supe cómo sentirme. Al principio sentí mucha culpa, aún hoy tengo noches en las que no puedo dormir dándole vueltas al asunto. A pesar de todo nunca le deseé el mal a Hugo, y él murió lleno de rabia y confusión. Eso me puede tanto. Y sé que, en parte, fui culpable de haberlo hecho sentir así, tan solo, tan abandonado. Pero ya me lo toparé en el más allá y

le explicaré todo. Solo Dios podrá juzgarme y darme lo que me merezco. Ese es mi único consuelo.

— Ya veo.

— Quédate con el diario — dijo súbito.

— No puedo. También lo estuve pensando — explicó apretando el diario y mirándolo entristecido. — Es suyo. Él se lo regaló a usted.

— Yo ya soy viejo, no quiero que nadie sepa de esto. Capaz y un día de estos no amanezco. No quisiera que el diario se extraviara y que alguien cercano a mí lo leyera. Además, al final de cuentas, esto es de tu familia.

Abel calló unos instantes, suspiró y guardó el diario en la bolsa de su saco.

— Tiene razón.

— Ándele, muchas gracias —. Respondió el anciano entre risas.

— Bueno — se levantó—. Creo que ya me voy. Muchas gracias por todo.

— No hay de qué. Ya sabe que aquí tiene su casa para cualquier cosa.

— Muchas gracias.

Estrecharon la mano y Abel se retiró.

Condujo por el canal, dobló en la calle veinticinco, recorrió la once. Vio el palacio de gobierno ocultar el sol, la plaza con su ángel coronando la punta de la torre, los árboles rascos con sus hojas sobre el suelo. La gente de Chihuahua caminaba inadvertida de los descubrimientos de Abel. Llegó a la casa. Tocó la puerta de la vecina, pero no le respondió.

Frente a él, la casa de su tía empezaba a levantarse sola. Unos ladrillos transparentes se alzaron de la nada. Las briznas doradas de pasto desaparecieron y en su lugar aparecieron unos rosales frondosos, llenos de flores carnosas, bañadas por el rocío.

Los ojos de Abel se llenaron de lágrimas. Volvió a oír la música de fiesta, hasta él llegó el aroma de la comida, el alboroto de las risas traspasó los muros y él caminó hacia allá.

Su tía lo invitó a pasar con una sonrisa de oreja a oreja:

— ¡Ya se me hacía que no llegaban!

Su tío le tendió la mano para abrazarlo y la casa estaba llena de gente y alegría, de gente y luz y música y él volvió a ser un niño y corrió con lágrimas en los ojos para encontrar a Hugo.

Abrió la puerta: ahí estaba él, con una mirada inocente jugando videojuegos.

— Ven — Hugo palmeó su cama indicando donde podía sentarse —. Siéntate, juega conmigo — y sonrió complacido.

Aquella noche, Abel se despidió para siempre de esa parte de su familia, de la tragedia sin descanso que los mantenía en vela.

— Adiós... Hugo —susurró dándose la media vuelta. Y oyó la música apagarse, a sus espaldas, el silencio volvía a asentarse, amainaba el atardecer que no tardaba ya en volverse noche. En el silencio, oyó con claridad la voz de Hugo decirle algo que sólo él pudo oír y que prometió guardarse en secreto.

Eran las siete y media. El horizonte le pareció más brillante, más gentil. El porvenir había cambiado, sí, ¿de qué modo? Sólo él, sólo su familia, ahora viva, podrían descubrirlo. Y quizás sea mejor no saberlo.

Por lo pronto el viernes volvería a encontrarse con Magda. Antes de subir al auto, Abel miró una última vez hacia aquel terreno baldío que ahora estaba totalmente en paz.

Alguien lo miró retirarse desde el fondo del lote baldío. Una sonrisa iluminó el rostro brumoso de aquella silueta hecha de niebla antes de desvanecerse para siempre entre la brisa suave del otoño chihuahuense.





Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

